

ANTONIO CREMADES

EL CADÁVER
QUE SOSTENGO



Ediciones
Alféizar

EL CADÁVER QUE SOSTENGO

Antonio Cremades



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

*A mi padre, mi héroe.
A Marcos, el motor.
Ya Miriam, la luz.*

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

SEGUNDA PARTE

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

TERCERA PARTE

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

CUARTA PARTE

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Estaba desnudo, tumbado boca arriba y cubierto por una sábana hasta el pecho. Apoyaba la cabeza sobre una mano, y con la otra me estaba peinando las cejas. En cuanto a mi picha, descansaba inerte sobre el muslo derecho, como un lagarto tomando el sol sobre una roca. Era la habitación de una chica a la que había conocido poco más de una hora antes. Se llamaba Marisa. Había sacado para mí un viejo colchón que guardaba debajo del suyo, supuse que para ocasiones como ésta. El colchón estaba ahora en el suelo de la habitación, a un metro de su cama. Ella se estaba lavando los dientes.

Llevaba minutos en el baño y el grifo no dejaba de sonar. Me imaginé que se estaba dando una ducha rápida, o quizá lavándose el papo en el bidet. Me pareció un gesto solidario, me había comido cien chichis que olían a pis y a sudor tras toda una noche de copas.

Yo había salido a tomar cañas con Hilario aquella tarde. Siempre que salía con él, ligaba. Él, nunca. Y eso que era él el que entraba siempre a las tías, pero lo hacía de una manera arrogante y agresiva que indefectiblemente las ponía en guardia. Pese a esto, él jamás se planteó cambiar de táctica. Yo creo que le gustaba más provocar que seducir.

Lo peor de salir con él era que siempre se acercaba a las pavas por la calle, y a mí eso me ponía incomodísimo. Lo hacía frenéticamente, sin parar. Si una pasaba de él, entraba a la que venía por allí, y luego a la siguiente. Yo no podía justificar de ninguna manera, ni ante las tías ni ante mí mismo, el hecho de que las hubiéramos entrado: no podía haber otra razón que porque queríamos ligar con ellas, y eso les otorgaba un poder sobre nosotros, desnivelaba la situación, no combatíamos en igualdad de condiciones.

Era preferible que no estuvieran seguras de si uno estaba interesado en ellas o no, y eso sólo era posible en situaciones aparentemente casuales: las dependientas, las camareras de las cafeterías, las compañeras de clase. Tenía que haber un escenario que amparase mi relación con ellas, algo que justificase que estuviera hablando con ellas. Que yo pudiera pasar tiempo con ellas por algo que teníamos en común y que no implicase que la tía me molase.

En realidad, ese día sólo habíamos estado bebiendo. No habíamos salido con intención de mojar. Eran las seis de la mañana. Volvíamos andando por una calle del centro, hacia la parada del autobús, que ya empezaba a circular a esas horas. Estábamos hablando sobre las puertas que te abre el hablar idiomas, e Hilario decía que se había quedado pasmado alguna vez que me había escuchado hablar en francés. Yo no lo hablaba muy bien en realidad, pero estaba demasiado cansado como para discutir.

De pronto, vio venir a dos tías en sentido contrario y se lanzó a por ellas. Me dijo que le siguiera la corriente, desoyendo mis súplicas para que nos volviésemos tranquilos a casa. Entonces empezó el circo para él. Le encantaban los enredos, las situaciones pintorescas. Les preguntó si les apetecía desayunar con él y con su amigo francés. A la más bajita se le encendió la cara. Me preguntó en francés que si era francés, y le dije con una sonrisa tímida que en realidad era belga.

Entonces la conversación se bifurcó, y echamos los cuatro a andar hacia donde iban ellas, sin confirmar si se iba a desayunar o no. La bajita y yo íbamos delante hablando en francés, e Hilario

iba detrás con la otra. Yo me reía para mis adentros oyéndolos. Hablaban más alto que nosotros. Hilario estaba diciendo que me había recogido esa tarde en el aeropuerto y que yo iba a pasar unos días en su casa.

Decía que le venía de perlas cada vez que yo lo visitaba porque yo tenía mucho dinero y no reparaba en gastos, así que cada vez que yo me presentaba él se daba la vidorra a mis expensas. Le aseguró que podíamos pegarnos los cuatro un desayuno inolvidable, que total, iba a pagar yo. A la alta no parecía hacerle gracia.

Mientras tanto, Marisa me iba explicando que ella había estudiado tres años de francés en la escuela de idiomas y que su sueño era vivir algún día en París. Como ella también estaba oyendo lo que decían los de detrás, me preguntó si yo confiaba en mi amigo, y que si hacía mucho que lo conocía. Yo le contesté con una sonrisa ingenua, como de turista japonés, que sí, que confiaba ciegamente en él, que la amistad para mí era lo más importante.

Entonces me dijo que tuviera cuidado, que había algo en él que no le gustaba. Aunque Hilario no entendía ni jota de lo que ella me estaba diciendo, su discurso por detrás no hacía sino reafirmarla: ya estaba en que los tres podían, si se lo sabían montar, vivir los próximos quince días del bobo de su amigo.

Para entonces acabábamos de llegar a otra parada de autobús. La que iba con Hilario dijo que ella se iba, que no le apetecía desayunar. No se quería ni siquiera despedir de Hilario, que disfrutaba pidiéndole un beso que todos los presentes sabíamos que no le daría. Le dijo a Marisa que se iba, que si la iba a acompañar o qué. Estaba algo tensa.

Marisa me miró con dulzura y me preguntó en francés que dónde iba a dormir. Yo le dije que con mi amigo, claro. Entonces me dijo que ella tenía sitio en su casa y que no se quedaba tranquila si yo me iba con él. Yo le pregunté si estaba segura de que no molestaba, y ella me dijo que no, que lo prefería. Me despedí de Hilario y nos encaminamos despacio hacia su piso.

Capítulo II

Al abrir su puerta vimos la luz encendida y escuchamos la tele. Me dio un pequeño respingo. No había contado con que pudiesen estar las compañeras de piso, y no me apetecía nada. Tendría que sonreír y quedarme ahí como un trofeo de caza, sintiendo las miradas de las compañeras.

En este caso no había sino un jovencito afeminado que me miró con aire distraído cuando ella nos presentó. Estábamos en la puerta de la habitación de él. Le dijo que yo era belga y que no hablaba ni papa de español, y al jovencito le divirtió la situación. Me miró con indisimulada picardía, dijo que era mono y preguntó que qué tal sería en la cama. Marisa le llamó la atención aguantándose la risa y el jovencito dijo que qué más daba lo que dijeran, que yo no me iba a enterar. Dijo que seguro que yo tenía un buen pollón, y los dos se empezaron a reír a carcajadas.

Yo permanecía ahí al lado de Marisa, con una sonrisa beatífica, y le pregunté que qué había dicho tan gracioso. Me dijo que nada, que yo le recordaba mucho a un cantante. Yo asentí sonriente con la cabeza y por fin nos largamos de allí.

Entramos en el salón. Sacó un atlas y me pidió que le señalase de qué parte de Bélgica era exactamente, porque antes no había entendido el nombre de la ciudad.

Señalé un punto cualquiera en el atlas. No me apetecía mucho prolongar la situación porque podía ser desenmascarado en cualquier momento. En el fondo, no me preocupaba tanto perder un polvo como hacer sentirse engañada a una buena chica que, a su vez, había intentado que no me engañase mi amigo. Claro que todo eso era palabrería, habría que ver si se habría ofrecido a llevarme a su casa si yo no le hubiera parecido atractivo.

Me preparó una cama en el sofá del salón. Se notaba que no le apetecía que yo durmiera en el salón, pero le daba vergüenza ofrecerme que durmiera en su habitación. No quería parecer una *fresca*. Cuando ya casi tenía lista la cama, le dije que me violentaba un poco dormir en el salón estando su compañero en casa, sería incómodo para ambos.

Entonces dijo que era verdad, que me podía poner una cama hinchable en su propia habitación, si a mí no me molestaba no disponer de una habitación entera para mí solo, en lugar de tener que compartirla. Ambos fingíamos que no éramos un tío y una tía durmiendo en la misma habitación.

Así que ahí estaba ahora, esperando en la cama hinchable a que volviera del baño. Al fin pasó por encima de mi cama improvisada y se tumbó en la suya. Dijo que estaba muy cansada. Cruzamos alguna palabra más, pero la situación decaía. Por fin, apagó la luz.

A los pocos minutos, me levanté en silencio y me metí en su cama. Ella no fingió sorpresa, ni pidió explicación alguna. Se movió hacia su izquierda para dejarme espacio. La abracé y me correspondió. Me dije que iba a ser así de dulce hasta el final.

Nos acariciamos mutuamente. En un momento dado, le metí la mano por dentro del pantalón. Tenía el culo tal y como me lo había imaginado, blando, suave. Lo amasé como un panadero. Me apreté más contra ella. Ninguno de los dos decía ni mú. Le levanté la camiseta.

Las tetas eran mejores de lo que me esperaba, redondas, con dos pezones oscuros como las guindas de las pastas que me daba mi abuela de niño. Empecé a chuparlas. Le terminé de quitar la

camiseta y le acaricié el pelo. Era curioso porque nuestros cuerpos se trataban como si nos quisiéramos muchísimo, como si fuéramos dos recién casados.

Habitualmente, cuando yo me metía en la cama con una tía nueva, siempre mantenía la cabeza fría, hacía exactamente todo lo que yo creía que ella esperaba, irreflexivamente, como un artificiero desactivando una bomba. Sólo pretendía que ella pensase que se me daba bien, era una cuestión casi exclusivamente técnica.

Bajar la mano por su espalda hasta apretar ligeramente la nalga izquierda, apoyar las palmas en los pechos, hacer círculos con ellos, acariciar el cuello, mordisquear levemente una oreja, besar la cara. Así hasta llegar al chichi, palparlo con decoro, sin faltar al respeto, quitarle las bragas despacio y echar un vistazo rápido y fingidamente desinteresado y casual.

Con una rápida maniobra se incorporó hasta quedar de rodillas a la altura de mi ombligo y se metió la picha en la boca en un parpadeo. Me arrellané sobre las almohadas. Se la sacaba de la boca, la miraba con los ojos entornados, tragaba saliva, se peinaba el pelo por detrás de la oreja y se volvía a poner a ello. Me encantaba su pelo, era castaña clara o pelirroja, y tenía hoyuelos en los mofletes. También me encantaba su sonrisa, abierta, clara, divertida, con los dientes grandes. Era como una estudiante deseando hacer pellas para ir al centro comercial con las amigas a fumar pitillos y probarse vaqueros.

Nunca me miraba, ni para buscar mi aprobación ni para lanzarme una de esas torpes miradas de complicidad. Estaba a lo suyo, lo que me permitía a mí estar también a lo mío. Era fantástico. Yo no tenía que sonreír, ni acariciar, ni asentir, ni respirar fuerte, ni hacer nada de nada, podía disfrutar sin más, yo solo, como un niño con su juguete ajeno a que sus padres hacen números a unos metros de él y comentan preocupados que no les da.

También me encantaba el que cada tanto tragase saliva. Era muy poco frecuente. Eso sí que delataba confianza en mí, cariño por mí, mucho más de lo que lo hubiera hecho una sonrisa lela. Como una mujer limpiándole el trasero a su anciano padre, que ya no puede valerse bien pero que tanto la ha querido desde niña.

En un momento dado, se arrodilló sobre el colchón. Me cogió las manos y se las puso en sus pechos. Se sentó encima de mí y la picha entró sola, como una mano en el viejo guante de béisbol. También el pepe era estupendo.

Cómo me había engañado la tía, con ese abrigo de poliéster y ese punto ñoño. Desde aquella primera sonrisa luminosa, y durante todo el paseo hasta su casa, yo había creído que me diría que no con cariño, con una humanidad infinita: me quitaría las manos de sus tetas y me las mantendría cogidas, apoyando su cabeza en mi pecho y sonriendo benévola, como si yo hubiera sido un borracho tratando de tocar a su propia hermana y ella, que lo quiere a pesar de su enfermedad, no se lo tomaría a mal.

Por momentos, la pava golpeaba realmente duro dentro y fuera, y el culazo chasqueaba sonoramente contra mis muslos. Pero le gustaba más cuando la mantenía dentro y se restregaba adelante y atrás. Soplabla por la boca con fuerza. Me agarró de los pectorales. También las manos eran de cerdito, igual que la naricilla.

Las tetas bailaban lo suficiente como para que fuera un espectáculo bonito. Yo había estado con

mujeres con menos pecho que yo, y nunca conseguí dejar de mirarlas por encima del hombro, como si su opinión fuese menos válida que la de una chica con tetas. También había estado con alguna tetuda de cojones, y había visto entrechocar por encima de mi cabeza dos alforjas estriadas, como dos botafumeiros.

Se corrió de una manera menos apoteósica de lo que yo había previsto, a juzgar por el marchamo que llevaba el tema. Se lanzó sobre mí, me mordió en el cuello, me tiró del pelo con la mano derecha y emitió un gruñido hondo y sordo, como si estuviese intentando tirar de un camión con una cuerda entre los dientes. Después rodó sobre sí misma y se quedó a mi lado, mirando al techo y jadeando.

Tras unos segundos, se levantó sin mirarme. Se tambaleó un poco, pero se mantuvo en pie. Rodeó la cama, llegó hasta mi lado y me tendió la mano. Al dársela, me levantó y me condujo hasta el baño. Me colocó frente al retrete, se puso detrás de mí, me besó en el cuello, me acarició el cabello sudado con la mano izquierda, y con la derecha me la empezó a cascar.

La erección había decrecido desde su orgasmo, pero en dos segundos estaba rígida como una barra de pan de dos días. Me acordé de cuando, de pequeño, me levantaba en plena noche con ganas de vomitar, y mi madre se colocaba detrás de mí para tranquilizarme y ayudarme, rodeándome con los brazos por la cintura.

Era una mano diestra, firme, sabía muy bien lo que se hacía. Tardé un par de minutos en correrme. Lo hice con tal potencia, que el semen no salió hacia abajo para caer en la taza, sino que salió despedido en paralelo al suelo, o incluso hacia arriba, sobre la cisterna y los frascos de champú y de colonia que había detrás, y sobre la maquinilla de afeitar del mariquita. Me dio la vuelta, me dio con el puño cerrado en el pecho, me miró seria y jadeante, y volvimos a la cama.

Capítulo III

Estuve media hora tumbado a su lado. Enseguida me levanté, me puse la misma ropa del día anterior, salí con sigilo y cerré la puerta tras de mí. Ni siquiera comprobé si se había quedado dormida o seguía despierta, no me apetecía despedirme. Quería volver al apartamento para darme una ducha y desayunar.

El ascensor no venía. Me preocupaba un poco que me estuviese buscando dentro de su casa. Se abrió la puerta. Me vio como un cabrón ahí, esperando para bajar. Joder, tenía que haber bajado por las escaleras. Me sonrió y se mordisqueó el labio otra vez. Se acercó a mí y me dio un beso en la oreja. Me preguntó si tenía mucha prisa. Pensé en algo cortés que contestar. Un par de segundos después todavía no había contestado nada. Me dijo que me fuera si quería, pero que lo había pasado muy bien.

Al llegar al apartamento, le pegué un toque a Santi. Le dije que le invitaba a desayunar. Me dijo que ya había desayunado, que sí sabía qué hora era. Entonces le dije que le invitaba al aperitivo. Cuando entró por la puerta eran las dos de la tarde. Venía con una botella de vino tinto en una bolsa de papel. Le conté lo ocurrido la noche anterior y no se lo creyó.

Estuvimos bebiendo hasta la noche. Seguía empeñado en que yo tenía que empezar a escribir una novela. Siempre que se ponía trompa empezaba con eso. Yo no tenía nada que contar porque todavía no me había pasado nada. Él me decía que sería tan fácil como que me pusiese delante de las teclas. Que empezase, que todo vendría por sí solo. Que mi sola manera de hablar ya removería los estamentos lingüísticos. Se ponía algo pesado. Yo le dejaba hablar porque sabía que me apreciaba, y porque era lo suficientemente atractivo como para poder salir con dos chicas y que él le gustase a la amiga. Le pregunté si se quedaba a dormir, aunque sabía que no lo haría.

Capítulo IV

Me encantaba el apartamento. Mi amigo Manuel lo había dejado unos meses antes para volverse a su pueblo. Céntrico, pequeño, interior, poco iluminado, mal ventilado y con suelo de moqueta. Habíamos pasado allí muchas tardes bebiendo cerveza y empantanados en encendidos debates en los que yo nunca participaba, pero que disfrutaba mucho presenciando. Lo veía como el sitio ideal para esconderse, para guarecerse, como una madriguera. Escribir y follar: he aquí mis dos horizontes por entonces, mis ejes de coordenadas.

Los primeros días fueron un poco deprimentes. Me sentía bastante solo en aquel agujero. Yo nunca lo había visto así de vacío, porque Manuel siempre tenía cinco o seis invitados y la casa llena de trastos absurdos. Ahora se lo había llevado todo y yo sólo había puesto una cama, una silla, una mesa y un transistor encima de una caja de cartón.

Poco a poco lo fui adecentando, haciéndolo mío. Mientras empujaba los muebles o colocaba los libros que traía de casa de mis padres, me imaginaba cómo sería el traerme tías allí. Por fin dejaría de depender de la suerte de si había gente en su piso, o incluso de si ella contaba o no con un piso. Tampoco tendría que estar haciendo malabarismos, como cuando las llevaba a escondidas a casa de mis padres: podría ser a plena luz del día, a la hora que fuera, se podrían quedar todo el tiempo que quisieran y hacer lo que les saliera de las pelotas.

Al día siguiente encontré en una parada de autobús el teléfono de una estudiante inglesa que buscaba un intercambio lingüístico. Llamé. Esa misma tarde la tenía delante de mí, en una cafetería cercana al estudio. Yo me había puesto unos vaqueros desgastados y una camiseta ajustada.

Tenía dos pechos razonables y un culo redondo magnífico, aunque de cara no me gustaba. Pero ay, en cuanto empezó a hablar, amigo mío. Todo lo que en mí era sintético, resorte, adiestramiento, lo tenía ella de natural y genuino. Yo había aprendido a sonreír con franqueza sin ser franco, y a fingir que se me ocurrían determinadas conversaciones que en realidad yo recitaba ya de carrerilla con cada pava, como un vendedor de seguros.

Mi eterna tarde en la que, supuestamente, se fluía: siempre la misma, casi las mismas frases, las mismas poses, las mismas idioteces. Sólo cambiaba la tía. Pero parecía haber destilado una pócima perfecta, siempre acabábamos dándonos el palo. Mi hermana siempre le quitaba méritos a mi guiñol y decía que las tías me elegían a mí, no yo a ellas. Que tuviera claro que si se entregaban a mí no era porque yo le hubiera dado la vuelta a una disposición inicial negativa, sino porque ya las pillaba con ánimo de enrollarse, y se hubieran enrollado con cualquiera que no hubiera sido jorobado.

Sea como fuere, allí estaba la pibita. Por suerte, cuando se quitó la chaquetilla resultó que no tenía pecas en los brazos. Cuántos buenos cuerpos no se echaban a perder cuando la tía se desvestía y tenía granitos, lunarcitos, puntitos, manchitas o cualquier cosa que no fuera una piel lisa y tersa, que era lo único que yo aceptaba. De lo contrario, pretextaba un madrugón al día siguiente y pies para qué os quiero.

Tenía unos brazos largos y delgados. Hacían un contraste majo con sus carnes sonrosadas. No era la inglesa burra que a mí me hubiera apetecido aquella tarde, sino, en realidad, toda una

señorita. Educada, amable, culta, correcta, templada, inteligente. Todo lo que yo fingía ser.

Me gustaba verla comer. Cómo sostenía los cubiertos, cómo levantaba el bocado, cómo masticaba. Todo era tan fácil. Sonreía divertida, todo lo diferente le inspiraba curiosidad. Conforme la veía crecer ante mis ojos, más y más pequeño me iba haciendo yo.

Siempre me pasaba eso. Al final me liaba con muchas tías que técnicamente estarían bien, y así lo decían los que me veían con ellas, pero a mí no me gustaban. En cambio, las que me gustaban se me hacían cuesta arriba, se me desenroscaba el sentimiento de inferioridad. Cómo te vas a fijar tú en este pobre gusano, y tal.

Le pregunté si le apetecía venir a mi casa a tomarse el cafelito después de la comida, y dijo que vale. Yo nunca captaba las presuntas señales de las tías, o digamos que nunca las daba por válidas aunque todo apuntara a que querían decir eso. Es posible que mucha otra gente en mi situación hubiera pensado que si la pava estaba subiendo a mi casa, sabiendo que yo vivía solo, era porque quería lío. Incluso había conocido tías que se ofendían si me lanzaban esas señales, presuntamente tan explícitas, y no me daba por enterado, como si fuera humillante para ellas el exponerse y que nadie recogiese el guante.

Ya estaba ahí arriba, con esa mezcla de sencillez y sofisticación, sentada en mi sofá. Se llamaba Anne. Parecía tan tranquila que estuve cerca de desarmarme en varias ocasiones. Me movía nervioso y torpe por el salón, si es que le podía llamar así al cubículo donde tenía todos los muebles principales. Calenté leche y puse café en polvo. Era un café infame, sobre el que mis amigotes siempre bromeaban, pero se lo tomó tranquila, en silencio, sin una mala palabra ni un mal gesto. Por si acaso, me abstuve de preguntarle qué tal estaba. De todas formas, yo estaba tan tenso que ni siquiera caí en la cuenta de que quizá debía preguntarlo.

Me dijo que tenía varios alumnos a los que daba clases particulares de inglés, se sacaba unas perrillas mientras terminaba su año de estudios en el extranjero. Luego volvería a su país, aunque le estaba gustando tanto el mío que estaba segura de que volvería más adelante. Eso sí, antes quería conocer muchos otros. Le apetecía ver mundo y disfrutar de la vida, ahora que era joven todavía.

Yo me lancé al ataque y le dije que no entendía por qué la gente siempre decía que aprovechásemos ahora. Que yo era ahora más feliz que cuando era más pequeño, y que estaba seguro de que iba a ser más feliz todavía en unos años. Yo no me sentía en la antesala de nada negativo. Para mí no estábamos en una cuenta atrás que terminaría el día que nos hiciéramos adultos, tuviéramos trabajos serios, hijos y responsabilidades. Para empezar, yo ni siquiera quería vivir de esa manera tan convencional, ni quería un trabajo serio.

Pensaba viajar hasta que me pudriera de viejo, escribir sin parar y darle al asunto sin tregua. Conocer las costumbres arraigadas en todas las partes del mundo. Mi prisma era muy reducido, yo estaba necesariamente anclado al sitio y a la época en los que había crecido, y quería descubrir otras formas de ver las cosas, y localizar pueblos enteros que ni siquiera habían oído hablar nunca de cosas que en mi casa se daban por sentadas, pero de las que se podía prescindir perfectamente, como demostraba el propio hecho de que esos pueblos siguieran adelante sin saber de mí, ni de mi familia, ni de mi generación, ni de lo que se decía por ahí.

No descartaba tener una mujer e hijos, pero no necesariamente me amarrarían una y los otros a

una vida gris y sedentaria. Quería superarme constantemente, tener siempre nuevos retos, no dejar de probar cosas diferentes y hacer el ganso hasta el día del juicio. Nuevos sabores, colores, olores, sensaciones, no dejar nunca de exponerme al riesgo y no complacerme en la rutina, en la seguridad de lo ya conocido, de lo ya dominado, de lo ya aprendido.

Me miró con cierta sorna y me preguntó que cómo podía ser tan ingenuo. Yo creía que mi discurso la estaría incendiando por dentro como me estaba haciendo a mí, y al verla tan fuera, al comprobar que me estaba haciendo lo que yo siempre les hacía a los demás, esto es, asistir como un científico a sus muestras de humanidad, me enfadé un poco, aunque intenté que no se me notara mucho para no echar a perder un posible polvo a medio plazo.

Con la respiración aún agitada por mi propio entusiasmo, solté una risa nerviosa y se me puso cara de llorar, lo notaba sin mirarme en el espejo. Le pregunté que qué quería decir, para irme rehaciendo mientras ella se explicaba, y me dijo que nada, que las mujeres crecían antes que los hombres, y que en no demasiado tiempo vería las cosas de otra manera. Había una condescendencia y un maternalismo en sus palabras que me jodían no sabe usted cómo.

De golpe y porrazo, me irritó que estuviera ahí, sentada en mi sofá, y que se hubiera tomado mi café. Le pregunté que qué tal el café, y me dijo que estaba bueno. Yo le dije que sí, claro, que qué cojones iba a estar bueno. Le indiqué que a mí me gustaban las tías que hacían y decían lo que les salía del coño. Se levantó sin mirarme y dijo que se tenía que marchar ya. Se colgó el bolso, abrió la puerta y se fue.

Capítulo V

Me pasé las siguientes dos o tres semanas reconstruyendo mentalmente la escena de la discusión, y no había parado de reprocharme el no haber mantenido la cabeza fría. Yo tenía que aprender a no enfadarme con todo aquél que no se quedase impresionado en cuanto yo abría la boca, pero todavía no lo había conseguido.

Me las daba, incluso ante mí mismo, de persona de espíritu aventurero y humildad intelectual que quería aprender de las cosas sencillas, pero en realidad sólo era un engreído ávido de concentrar las miradas sobre sí y que se creía con mucho que enseñar a un auditorio entregado, como un actor que se quita importancia en el discurso de recogida de un premio, pero que se pone furioso con el pillete de la primera fila que le dice que es verdad, que lo que ha hecho lo hace cualquiera con la minga.

Me llamó unas tres semanas después. Ya había dejado de esperarlo, la verdad. Decía que la perdonase, que también ella perdía los nervios a veces. Que si no seguía resentido con ella, le gustaría invitarme a dar una vuelta. Me puse a bailar por la habitación, me subía al sofá con los zapatos y saltaba desde allí intentando tocar la lámpara. Canturreaba y daba palmas, y patadas en el aire como un bailarín ruso.

O sea, que a eso le llamaba ella perder los nervios. Si ni siquiera había contestado nada, la cabrona, y mucho menos levantado la voz o tirado algo al suelo. Y que si yo estaba resentido con ella, jajaja. Si no había dejado de desearla desde entonces, aunque no me creyese digno de ella. Y cojones, aunque no me gustase. Pero me había doblegado en el pulso, me había puesto en evidencia ante mí mismo y, por extensión, se había ganado mi respeto y mi admiración.

Para mí, las tías eran antes rivales que objetos de codicia. Si una tía me demostraba que era lerdia, perdía todo el interés por ella, aunque en un primer momento me hubiese gustado. Incluso una risa de tonta o una frase suelta y sacada de contexto que yo le oyera a una decir a una amiga, podían ser suficientes para que yo abandonase su conquista. Y al contrario, las que me ponían en mi sitio, las que ampliaban mis horizontes, las que me hacían recapacitar o me ayudaban a darme cuenta de que estaba equivocado, se ponían en mi punto de mira.

Había algo vengativo en mi proceder. Yo era muy orgulloso, y entendía que seducir a una mujer, conseguir que me entregase su corazón, era lo mismo que haber vencido su resistencia, haber descifrado la clave de su caja fuerte, lo que a su vez se traducía en que yo era más listo, o incluso mejor, que ella.

No se me ocurría contemplar la posibilidad de que las tías también sacaran algún provecho de meterse en la cama conmigo, ni la de que me estuvieran utilizando ellas a mí. Era posible que hubiera tías que pensasen para sus adentros, o con sus amigas, que yo era un poco raro, que tenía la cabeza llena de ruido y de palabrejas, pero que tenía un buen polvete, y que me lo iban a echar a pesar de todo lo que yo decía o hacía. Y sin embargo, yo siempre me lo traducía al revés: la he timado, lo conseguí, ha mordido el anzuelo, ella me lo va a dar todo, me va a abrir las puertas de su ser, y yo, en cambio, estoy aquí tan frío, no le entrego nada a cambio.

Mi amiga María siempre me decía que estaba equivocado cuando decía que yo conocía la psicología de las mujeres, que en realidad no las conocía en absoluto. Yo las veía como

guardianas de su virtud, y ella se carcajeaba y decía que de qué guindo me había caído, que eso era de las novelas rosa, que las pavas hacían y se dejaban hacer todo por interés, por intercambio, exactamente igual que los tíos.

Al día siguiente me vi con Anne en un parque céntrico. Me pareció más guapa que el primer día, aunque probablemente fuera por los nuevos ojos con que la miraba yo. Ambos llegamos con ganas de agrandar. Bueno, en realidad ella también me había sonreído de oreja a oreja la primera vez, pero ahora no había ni rastro de aquel gesto adusto con que se había marchado de mi apartamento.

Dimos un largo paseo. Le encantaba pasear, y la naturaleza. Yo odiaba ambas cosas, pero no dije ni mú, porque venía resuelto a mostrarme poco: le había cogido miedo. Pensaba dejarla hablar y ver por dónde podía entrarla. Ella lo notó enseguida, era evidente que no se chupaba el dedo. Me dijo que yo le gustaba como persona, que podía ser yo mismo, que tranquilo. Por supuesto, me puse más nervioso. A ella le divertían las torpezas que yo cometía cuando estaba tenso, aprendió rápido a no tomar mis achaques como algo personal. Qué inseguro me sentía, joder, pero me gustaba estar con ella.

Yo estaba fuera del único juego que yo conocía, que era además el único al que me gustaba jugar: yo impresiono con mi personalidad multicolor, tú te pones cachonda, yo te follo y tú te vas a casa tan contenta, dando gracias a tu suerte por haberte cruzado conmigo. Ella lo había notado al instante, pero se había fijado, decía, en lo que se adivinaba de mi verdadero yo detrás de mi tinglado. Me sentía como si estuviera sentado en un laboratorio y un hombre ceñudo me observase y anotase sus conclusiones en un cuaderno de anillas. No era dueño de la situación, y no sabía redefinirme en la nueva, no sabía cómo comportarme.

Me dijo que le había hablado de mí a una de sus alumnas, y que ésta se había interesado por mí. Yo a quien quería gustarle era a ella, no a su alumna, aunque seguí sin decir nada. Le pregunté que qué era lo que le había llamado la atención a la alumna. Se rió y me dijo que ella le había dicho que estaba haciendo intercambio con un chico guapo, un poco desorientado pero inteligente y muy divertido. Fue extraño no sonrojarme al oír que le parecía guapo. Joder, me sentía como un panoli, la tía me estaba llevando por donde le daba la gana. Ni siquiera sabía bien cuándo me había arrebatado el bastón de mando, o si yo se lo había entregado.

Añadió que la otra le había preguntado con un codazo que qué intercambio estábamos haciendo, y ella contestó que ninguno incompatible con el que podía hacer yo con la alumna.

No entendía por qué la alumna hablaba tan explícitamente de que quería ligar conmigo, a mí me gustaba que eso fuera un enigma hasta el momento clave, o incluso palpar una resistencia clara que yo tuviera que vencer. Me crecía ante las dificultades, mientras que las que se ofrecían me parecían de lo más vulgar.

Capítulo VI

Unos días después, me llamó la alumna de Anne. Se llamaba Nuria. Decía que tenía dieciocho añitos, los ojitos azules, que era morenita y que le había dicho un pajarito que yo estaba buenísimo. Todo con diminutivos. Me volví a creer el machote que había creído ser hasta que conocí a Anne, aunque me sentía un poco tonto por contentarme con una tía así.

Nos llamamos durante tres o cuatro días. No parecía tener muchas luces, pero probablemente podría reconstruir a costa suya mi vanidad maltrecha. Me la imaginaba como las niñas que veía los viernes por la noche por las calles del centro, andando en grupos de cuatro, pintadas como puertas, oliendo a colonia a kilómetros, vestidas con mal gusto, hablando a gritos, cantando, riendo y moviéndose enérgicamente.

Siempre me ponían de mal humor, me caían mal, quizá porque eran el tipo de tías que se reírían de mí en mi cara con la amiga boba, sin entender ni jota de lo que yo decía, mientras que cuando las entrabas de una en una simulaban que también ellas tenían inquietudes, cosa que se demostraba falsa a la tercera frase.

Me dije que podría al fin saber a qué sabía una chavalilla de esas, a qué olía, y por supuesto qué tal follaba. Probablemente lo haría mal, sería precipitada y ansiosa, y así podría yo perdonarme a mí mismo, desoír mis propias críticas sobre que si no me hacía a una de esas es que no podía hacerme a la que quisiera. Tan pronto como fracasase la velada, me diría que no me había estado perdiendo nada y que había hecho bien en apostar desde el principio por las leídas, como si fuera yo el que había rechazado durante años a las zafias, y no ellas a mí.

Al fin, llegó el fin de semana, y quedamos en cierta parada el viernes por la tarde. Me dijo que la reconocería porque llevaría vaqueros azules y la parte de arriba, blanca. Iba a ir con una amiga. Yo iría con mi amigo Rober. Tres horas antes, estaba con él en el apartamento. Toda la mesa llena de botellas, y varios paquetes de tabaco. Por entonces, yo fumaba una barbaridad, dos paquetes las noches que salía.

Nos lo estábamos pasando de puta madre. Siempre aplacábamos los nervios bebiendo como orangutanes. Era curioso, porque si estaba muy atacado, no me ponía trompa, sino que pasaba a quedarme relajado, dueño de la situación. Por su parte, Rober sí que hacía esos cada vez que se levantaba al baño, aunque no perdía la cordura, ni se le notaba en el habla.

La tía me llamó una hora antes de la cita diciendo que no sabía qué hacer, si ir o no, que seguro que yo era guapísimo, y que ella no era un pibonazo, que digamos. Se estaba acojonando conforme se acercaba la hora.

Era obvio que Nuria no iba a jugar limpio. Un vaquero y lo de arriba blanco, jajaja, anda que no era abierto eso. Probablemente nos observaría desde enfrente y si yo no era lo que Anne le había contado, no se presentaría y tan amigos. Una polla con cebolla. Rober era más guapete que yo, estaba claro que si ella veía desde su escondrijo a un pavo como Rober, comparecería, y luego ya habría tiempo para reconducir la situación. Le dije a Nuria que yo llevaría una camisa de cuadros y unos vaqueros con un roto en una de las rodillas, que era lo que llevaba él: nos cambiábamos los roles. Él sería yo, y yo sería él.

Él estaba encantado de que la responsabilidad recayera sobre sus hombros, de lo contrario se hubiera sentido demasiado poco protagonista en la situación. Y yo, por mi parte, siempre me lucía más viniendo desde atrás, en papeles secundarios. Me gustaba que los focos apuntasen hacia otra dirección.

Nos presentamos allí cinco minutos después de la hora, y no había nadie que coincidiera con la vaga descripción, como habíamos estado temiendo. Pese a todo lo que habíamos bebido, yo seguía algo incómodo. Seguro que nos estaban observando desde cualquier parte, las muy putas.

Hablábamos entre nosotros y sonreíamos, pero en realidad no decíamos nada. Al fin se dirigieron a nosotros dos chicas realmente jóvenes y un niño de unos doce años. Rober se presentó con mi nombre y Nuria dio un paso al frente.

Tenía unas tetillas que le querían empezar a salir, pero que todavía sólo eran una promesa. El culo era como para conformarse con él, cualquier pava de esa edad tenía, mal que bien, un trasero relativamente redondo y agarrable, pero vamos, no vaya usted a pensar que era como para descubrirse. Tenía unos ojos azules enormes y redondos, daban un poco de miedo. La piel, de un moreno artificial. Y el pelo liso y moreno, quizá algo grasiento, y con una trencita horrible de las que te ofrecían en los puestecillos del paseo marítimo.

La amiga era más callada, parecía más joven. Era delgadita, pequeña, tenía unos ojos negros y pequeños, achinados. Sonreía sin enseñar los dientes, con timidez pero también con picardía, como una indígena. Pero me daba como un poco de escrúpulo imaginármela desnuda, no debía de tener ni dieciséis años, por dios santo.

Por último, el tercero en discordia era el hermano pequeño de Nuria. Miraba a todos como con aire de no se os ocurra pensar que soy pequeño, soy uno más del grupo, que nadie me mire ni me diga nada. Era achatado, como un bolo, peinado con raya, con un bigotillo de pelusa sin afeitar, una camiseta negra de un grupo heavy y unas zapatillas de deporte con la lengüeta por fuera de los pantalones. Expresión adusta.

La pintoresca comitiva echó a andar hacia la calle de los bares. Eran las siete de la tarde. Nos cruzábamos con gente de la misma edad que nuestras acompañantes. Delante iban Nuria con Rober, y ella le decía que no se lo imaginaba así, que le había entendido a Anne que era moreno. Él decía que cuando le daba el sol, se ponía más rubio.

Se mostraba deliberadamente insolente, le preguntaba si Anne le había comentado algo de su culito, se levantaba los faldones de la camisa y se lo mostraba. Ella lo miraba y decía que estaba bien, tratando de afectar desenvoltura. Él apuntaba que todas las novias que había tenido le habían dicho que era lo mejor que tenía, pero él creía tener todavía otra cosa mejor, y ella decía que ajá, dándole caladas al cigarrillo, como una niña que le roba el maquillaje a su madre.

Yo me descojonaba oyéndolos. Es posible que si la tía me hubiese molado, hubiera estado sufriendo al ver que Rober me dejaba en mal lugar al hacerse pasar por mí, pero dada la situación, me parecía de lo más divertido que podíamos hacer con la tarde. Me estaba relajando.

Intentaba darle conversación a la amiga, Irene. Por supuesto, yo me había presentado con el nombre de Roberto. Era tímida, pero parecía menos hueca que Nuria. También era verdad que yo era muy propenso a la fantasía, y en cuanto una tía hablaba poco, yo coloreaba su silencio y lo

llenaba de materia, sin llegar a saber, en un momento dado, si ella tenía dentro lo que yo le veía, o lo había puesto yo de mi cosecha. Incluso me podía enamorar del holograma que yo creaba y era capaz de reprocharle luego a la tía no ser lo que yo me había inventado.

Entramos en un bar de raciones. Tenía dos plantas. Nos sentamos en la de arriba, en la mesa del fondo. Vino un camarero de sesenta tacos. Estaba lejos de atravesar su mejor momento. Rober y yo pedimos cerveza; las amigas, un zumo; y el hermano dijo que quería un sol y sombra. No podía ser de otra manera. Yo esperaba algún exabrupto por parte del camarero, o aunque fuera un comentario sarcástico, pero ni se inmutó: debía de ser lo que pasaba cada viernes.

Nuria y Rober se habían sentado en el otro extremo de la mesa, y yo estaba recostado contra la pared. Ya estaba en lo que más me gustaba: asistiendo con una entrada preferente al embrollo, sin tomar parte en él. Nuria me lanzaba miradas furtivas cada vez que decía algo con presunto peso. Me inspiraba ternura su manera descarada de buscar entrar en el club de los mayores, de dar un paso al frente en términos de madurez. No me hacía sentir importante el hecho de que nos considerase la élite a la que había que interesar, sino que me hacía gracia: yo era otro trozo de carne fofa, y a mi vez tenía mis propias proyecciones desmedidas y mis palos de ciego.

Unas cuantas rondas después, dijeron que se tenían que ir ya, que tenían que estar en casa a las diez. Cruzamos hacia las paradas de autobús y les dijimos adiós con la mano. Luego nos fuimos nosotros dos de copas. Rober se partía, decía que vaya pavas, que eran unas niñas pero que estaba seguro de que follaban.

Yo le dije que no tendrían más de quince años, pero él decía que no, que estaba seguro de que tenían diecisiete o dieciocho. Yo pensaba que si hubieran tenido esa edad, no habrían tenido que estar en casa tan temprano, pero él insistía en que había tenido varias novias jóvenes hacía un tiempo, y que eran más o menos de esas características.

Un rato después, llamamos a su casa desde una cabina. Lo cogió ella. Rober le preguntó que qué le había parecido, que si le había gustado. Dijo que le había parecido distinto en las conversaciones de los días atrás, pero que le había caído muy bien. Rober insistió, y le preguntó expresamente si le había gustado, si se lo haría con él.

Tardó un poco más en contestar. Dijo que no se enfadase, que quería que siguiesen siendo amigos toda la vida, pero que le había gustado más mi amigo Rober, que era yo en realidad.

Rober se descojonaba. Me decía que yo era un cabrón, que encima de que había estado ahí sentado como un pasmarote, sin hablar con los otros dos, me había hecho a la tía, y él, que no había parado de rajar, se quedaba ahí a dos velas.

Le propuse que se intentase ligar a la amiga, que tenía pinta de ser más lasciva que Nuria, y me dijo que unos cojones, que la amiga no hablaba nada y que iba a ser un coñazo quedar con ella. Me pregunté si le había gustado un poco Nuria, a pesar de que no habíamos parado de burlarnos de ella desde que las habíamos dejado.

Volvimos a llamar y esta vez me puse yo al teléfono. Le dije que estábamos de suerte, porque Rober era yo, y yo era Rober, o sea que le había gustado, precisamente, el chico con el que había estado hablando toda la semana. Ella no se lo creía, decía que sí, claro. Finalmente la convencí, y quedamos para la tarde siguiente en la plaza donde estaba mi apartamento.

Seguí de copas con Rober todavía unas cuantas horas. Era un verdadero colega. Cuando salía con él me lo pasaba fenomenal. Era el más parecido a mí de mis amigos. El compañero de copas ideal tenía que ser suficientemente atractivo como para no suponer un lastre, pero tampoco estar cañón, porque entonces el contraste me habría perjudicado a mí.

Tenía que ser, o bastante más hablador que yo, para poder adoptar yo el rol del callado pero atractivo, o bastante menos, para fomentar que yo me saliese de mi consabido ensimismamiento y asumiera las riendas. No debía gustarle hacer amigos nuevos en el fulgor de las copas, cosa a la que muchos otros eran tan proclives, y debía ser todo un camarada que no se enrollaba con la amiga si yo no había tenido suerte con la mía, a menos que yo le diera el consentimiento expreso. Y, por supuesto, debía ser un bebedor total, capaz de tragar más y más y más sin perder la facilidad de palabra y de mezclar todo lo mezclable sin tener resaca al día siguiente, lo mismo que yo.

Dormí muy complacido. Aunque me lo quisiera negar a mí mismo, me sentía como el amo del mundo porque Nuria me hubiese elegido a mí sobre Rober, y el hecho de que yo no hubiera movido un dedo para conseguirla redoblaba mi satisfacción. Hombre, también era verdad que Rober se había descartado a sí mismo deliberadamente con sus paridas, pero bueno, si ella había mantenido su interés pese a sus tonterías, que al final eran de los dos, era porque el interés era inamovible.

Comí solo al día siguiente, con cierta ansiedad. Siempre acudía a cualquier encuentro con tías con una copilla encima, para resultar más ocurrente, pero en ese momento las condiciones no eran propicias. Vodka, ron o whiskey con la sopa de sobre, pues qué quieres que te diga.

Cuando bebía en un parque con más gente, cierto tiempo atrás, siempre sembraba el estupor de todos bebiendo de un cartón de vino, sin mezclarlo con nada. Se me ponía la lengua morada, eructaba hasta poner los pelos de punta al personal y me divertía como un auténtico jabalí, pero ahora, cuando estaba a punto de subir una adolescente calentorra, se imponía un discurso rotundamente distinto.

Bajé hecho un flan y sin una gota de licor en el cuerpo. Allí estaba ya ella, hablando con un chaval de su edad. Me recorrió un pequeño escalofrío. Esperaba no tenerme que hacer ahora el simpático con el otro. Cuando me presenté, me dijo que éste era su compañero de clase, Rodrigo, que tenía que comprar algo por allí cerca y la estaba acompañando hasta que llegara yo. Nos despedimos de él y pusimos rumbo al apartamento.

Capítulo VII

Me adelanté imperceptiblemente al entrar en el portal. Quería subir las escaleras delante de ella para que pudiera mirarme el culo durante unos segundos sin reparos. Yo iba hablando de cualquier cosa, del calor que hacía, y la oía responder ahí debajo. Hablando de calor, me miré los sobacos y tenía dos ronchones de sudor. Me cagué en la puta. Me encantaba esa camiseta porque se me marcaban los pectorales, pero era de un color claro, y en cuanto yo estaba un poco nervioso, o tanto como entonces, me dejaba en mal lugar, me delataba, me traicionaba.

Nada más entrar en casa, mientras ella avanzaba hacia la única estancia, abrí un armario, tiré la camiseta y me puse otra limpia, más oscura y más amplia. Total, para entonces ya me habría pegado un repaso y el efecto ya estaba conseguido.

Serían las cinco y media de la tarde y hacía mucho calor. Le pregunté si le apetecía una cerveza. Qué bien poder empezar a beber, en un ratillo todo sería coser y cantar. Bebía rápido, para pasar sin mucha dilación a la siguiente etapa. Ella también privaba que daba gusto. Me quité los zapatos para dármelas de desenfadado.

Buscaba a tientas una justificación para poder quitarme la camiseta o los pantalones, una de las dos cosas, pero no se me ocurría nada que no fuera forzado. Quizá ella también estuviese algo nerviosa. No dejaba de jugar con la trencilla del pelo, y no me mantenía la mirada. Por suerte para mí. De lo contrario, hubiera podido leer en mis ojos mi desorientación, mi estupor.

La bebida iba haciendo efecto, poco a poco. A la sexta o séptima cerveza, me levanté y fui hacia el baño. Dije expresamente que iba a mear, empleé esa palabra para parecer un protomacho, y dejé a propósito la puerta abierta para que oyese caer el chorro y se excitase con el sonido.

Al volver, tuve que maniobrar bruscamente para no chocarme con la estantería. Ella se estaba levantando para ir también, y al salirme yo inopinadamente de mi carril, le cerré el paso. Había sucedido por casualidad, pero durante un segundo estuvimos a unos centímetros. Me empujó hacia atrás en broma, con una mano en cada pectoral, y cuando ya me había rebasado, le di un azote en el culo. No dijo nada: había sonado el pistoletazo de salida. También meó con la puerta abierta, la muy zorra, y era yo quien se ponía cachondo con el soniquete. Si sería cerdo, y proyectaba en la pava mi perversión. Qué divertido era ser joven y estar cachas.

Cuando volvió, se dirigió al sofá en el que había estado sentada todo el tiempo, perpendicular al que ocupaba yo. Según pasaba por delante de mí, la agarré de la muñeca y tiré de ella hacia mí. Se sentó encima de mí, a horcajadas, más mareada que atrevida. Le puse las dos manos en el culo y le pregunté que ella, qué. Dijo que cómo que ella qué, y la besé en los labios. Entonces ella me acarició la cara con unas manos algo agrietadas y también me besó.

Pasó tal cual lo había imaginado yo: tenía una lengua larga y voraz y besaba con unas ganas impostadas y algo violentas. No podía estar tan excitada nada más comenzar, no era verosímil. Le pasé la mano por el pelo. Tan sucio como la noche anterior. Entonces se quitó la camiseta. Llevaba un sujetador negro. Las tetas no eran mucho más grandes de lo que me había parecido cuando nos conocimos.

Mientras se las besaba, todavía con el sujetador puesto, me quitó la camiseta a mí. Me agarraba

los pectorales como si fueran mamas también, y me decía que joder, qué bueno estaba. Le pregunté si me parecía a lo que decía Anne, y me dijo que lo superaba. Se estaba consiguiendo mi mezuino objetivo para esa tarde.

Nos besamos unos cuantos minutos. No era ninguna maravilla besando, pero yo quería darle una tarde que ella pudiera contar a las amigas, una tarde con su héroe de revista juvenil. Me chupaba los pezones y los pellizcaba. Tenía una florecita en una de las uñas.

En un momento dado, y también de una manera algo forzada, se levantó, se quitó el sujetador y se dispuso a quitarme los pantalones.

También ella era como una atleta olímpica siguiendo paso a paso la coreografía que había trazado su entrenador, lo hacía todo por tiempos y al final de cada maniobra sólo le faltaba cuadrarse con los brazos en alto. Pero bueno, qué coño, era una chavalita dispuesta a hacerme de todo, yo estaba más guapo calladito y dejándola hacer lo que parecía saber hacer tan bien.

Le pregunté que cuántos años tenía. Quizá no elegí un momento oportuno. Se puso un poco seria y me preguntó que por qué. Le dije que no tenía que hacer nada que no quisiese. Joder, sería idiota, mi boca decía cosas que mi cabeza no quería que dijera. Me sentí como un padre cansado y calvo diciéndole a su hija que esa falda era demasiado corta.

Se sacó del bolsillo de atrás del pantalón la cartera y me tendió el carnet de identidad. Le dije que no me tenía que enseñar nada, que sólo quería que se sintiera a gusto. Justo a la vez que yo estaba diciendo eso, ella decía por debajo que tenía dieciocho y cuatro meses. Cuando se calló escuchó lo que yo decía, y entonces me dio un beso en el cuello y me dijo al oído que cómo no se iba a sentir a gusto conmigo. Bueno, primera bola de partido salvada, primera cagada subsanada.

Ahora fui yo el que quiso darle un tratamiento de mujer, quizá para compensar lo ofensivo de mi actitud. Me sentí en deuda con ella, que estaba siendo mucho más valiente que yo hasta el momento. Me levanté, le di un beso profundo y la tiré en el sofá. Quedó tumbada boca arriba. Me senté junto a su cuerpo tendido y le desabroché el pantalón. Ahora me miraba a los ojos. Hice el intento de quitárselo y ella levantó el culo para facilitarme la maniobra.

Esos gestos de colaboración me ponían mogollón. Demostraban que ella sabía lo que estaba pasando allí, era muy dueña de su coño, ya lo había enseñado más veces, y no había sombra de aprovechamiento por mi parte. Es como si yo me hubiera estado sintiendo algo culpable sin saberlo de liarle con una niña, y ahora me quedaba más tranquilo. Además, joder, que no era una niña, que había cumplido ya los dieciocho, lo acababa de decir.

Di carpetazo a mis voces interiores bajándole las bragas. Eran unas bragas bastante chulas, lisas, blancas, con ribetes negros en el arranque de los muslos, y un dibujo animado a la altura del higo. Vaya muslos más majos, no lo había adivinado el día anterior. Musculados, bien formados. Se lo dije y me dijo que salía a correr con una amiga todas las mañanas. Le di la vuelta y le miré el culo. Era verdad, vaya culito de deportista. Joder, cómo le perjudicaban los vaqueros que llevaba el día anterior, qué torpemente había elegido sus armas para una cita a ciegas.

Me gustaba mucho eso de que comentásemos mutuamente lo que nos gustaba del cuerpo del otro, y lo mirásemos y lo tocásemos sin cortarnos un pelo. Me hacía sentir unos años atrás otra vez. Eso sí que era propio de una pava tan joven. Las que eran un poco mayores ya iban como

locas a por la polla y a por el orgasmo, y tonterías, las precisas.

El coño también estaba en su cénit. Descorchado ya, perdido el miedo de que se estropeará, como el coche nuevo cuando por fin te hacen un rayajo y en el fondo te liberan de la esclavitud de mantenerlo impoluto, pero todavía suficientemente nuevo como para que a ella se la llevaran los demonios en cada trallazo y al cabrón que se la clavara le pareciera que se la estaban agarrando con una manopla de cocina.

Metí un dedo dentro y, efectivamente, todas las paredes se cerraron sobre él. Apenas tenía que moverlo mínimamente para que la pava viera las estrellas. Y ahora sí estaba siendo sincera de cojones, o lo parecía por su expresión. Resoplaba, aunque le daba vergüenza gritar.

La masturbé durante más de quince minutos. Se notaba que era lo que más hacía con sus amiguitos. Tras ese rato me senté a tomarme medio vaso de cerveza que quedaba sobre la mesa. Se levantó y fue al baño. Nadie hizo alusión a si se iba a follar, ambos lo dábamos tácitamente por terminado.

Capítulo VIII

Las siguientes semanas nos lo pasamos fenomenal. Se venía por las tardes al apartamento, con modelitos que probablemente habría elegido tras horas delante del espejo. No se vestía para mí, me imaginaba, sino para sí misma, todo lo que había en las tiendas le sentaba bien a la cabrona. Siempre venía, como tampoco podía ser de otra manera, requetemaquillada y oliendo a perfume. Terminó por gustarme todo aquello.

Vaya culito, madre mía de mi vida. Cuando ella no estaba presente, me masturbaba sin orden ni concierto pensando en él. Era duro como la madera, tostado, respingón. Nunca me atreví a intentar metérsela por ahí, ni siquiera le metí nunca un dedo. La respetaba más que a tantas otras, quizá nunca me llegué a desprender del complejo mío y sólo mío de que estaba con una niña.

Pero empezamos a tener sexo desde la tercera o cuarta cita. Ella siempre traía preservativos en su bolsito. Un bolsito pequeño, rosa, salpicado con brillantina, del que sacaba los condones, y un día sacó un lubricante con sabor a plátano. Fue estupendo. Era muy despierta y tenía buena memoria, e iba siempre más allá de lo que yo le decía.

Tenía muy claro lo que era, y también que no dejaba de serlo por darse el filete con un tío. Vivía despojada de falsas creencias sobre la honra que tanto lastraban a todas las tías que yo conocía. A ver quién tenía los cojones de criticarla, nadie era más mujer que ella de entre todas las que yo había tratado. Ahora recordaba mis tapujos iniciales sobre su madurez y me reía de mi idiotez, le daba cien vueltas a las liberales de boquilla.

Eso sí, yo nunca fui capaz de dejar que me vieran con ella por la calle. Sus tonterías me provocaban vergüenza ajena, y sólo seguía quedando con ella porque follaba como una perra.

En cuanto habíamos ido trabando confianza, yo había dejado de esconder el hecho de que me parecía demasiado torpe, pero ella no se sentía dolida en absoluto, cosa que a mí me llenaba de admiración. Si a mí una tía me hubiese dado a entender que yo le parecía tonto, habría montado en cólera y no hubiese querido volver a verla.

En cambio ella decía que si yo lo veía así era mi problema, que no iba a cambiar, que yo era un abuelete y un reprimido y que sólo seguía viéndome porque *le ponía mazo*. No me sentía insultado por ella, su análisis me parecía al final más certero que el de las universitarias frías de después. Al final los dos nos sentíamos como peces en el agua con el otro, no recordaba haber sido tan sincero con una tía con anterioridad.

Poco a poco, me fui comportando ante ella tal cual yo era, con toda la monstruosidad de mis prejuicios y mis represiones. Me hizo ver que, aunque yo me las daba siempre de abanderado del disfrute y de comerse la vida a mordiscos, sólo era un plomo encerrado en su estudio claustrofóbico, intentando conquistar a tías que me rieran la gracia y me hiciesen sentir seguro. Me lo decía con un cariño y una compasión exactamente iguales que las que yo sentía cuando le decía que me parecía tonta del culo. Tener a alguien que podía mostrarme eso de mí mismo sin hacerme daño, era oro puro.

Me divertía cada vez más a su lado. Sin buscarlo expresamente, me encontré de bruces con el ideal que antaño yo había trazado sobre el papel. Una tía que me conociera mejor que yo mismo,

que me pusiese en orden, fuese mi mejor amiga, y encima follase sin sucedáneos.

No era cierto que yo tuviese más amigas que amigos, como yo siempre sostenía. Mis amigas eran, o bien tías que me gustaban en secreto y a las que yo no me atrevía a decir que me gustaban, y me conformaba con su compañía, o bien tías tan interesantes que me encantaba verlas, pero tan poco atractivas para mí, que no me las follaría ni a punta de navaja, y que yo sospechaba que estaban detrás de mí.

Pero mis supuestas amigas sólo estaban ahí para escuchar mis aventuras, mis proyectos, mis tonterías, y decirme que yo era el mejor. Por mi parte, nunca las escuchaba, ni me sabía los nombres de sus novios, ni cuántos hermanos tenían, ni me interesaban más allá de lo que tenía que ver conmigo mismo.

Con Nuria empezó a ser diferente. Empecé a sentirme responsable de cambiar su manera de mostrarse en público. Ella se cachondeaba de mí, decía que parecía que yo vivía en un pueblo pequeño. Impostaba una voz grave, imitando la mía, y decía que Nuria, ese escote, Nuria, dale un beso a la abuela, Nuria, no te pongas al teléfono si te llama ese zagal.

Ella, por su parte, nunca luchó por cambiarme. También era verdad que yo era expeditivo a la mínima insinuación de corregirme. Ella se divertía, de hecho, fingiendo que me iba a cambiar las cosas de sitio, para ver cómo saltaba yo a mantener el orden establecido.

Su bobería, por supuesto, también se manifestaba en el terreno sexual. Le ponía a mi picha la misma voz grave que cuando me imitaba a mí, y a su chichi una vocecita chillona que, por cierto, le iba que ni pintada. Les ponía nombres, creó incluso un auténtico dialecto para ellos dos. Los veía como algo distinto de ella y de mí, como nuestras criaturas.

Les fui cogiendo cariño a sus ojos de androide y a sus tetas que no eran tetas. Le decía que a ver qué coño íbamos a hacer cuando tuviéramos niños y quisieran que se les diera teta, y ella contestaba que les daríamos la de la vecina. Nos emborrachábamos casi todos los días, yo me hice bastante coleguita del pavo que vendía las botellas ahí abajo.

Empezó a decir en su casa que se quedaba en casa de una amiga, y se venía a dormir. Yo me sentía como si estuviéramos en un campamento de verano. Se traía unos pijamas absurdos, de lunares, o incluso un mono, como uno que yo tuve cuando tenía cuatro años. El de ella era rosa y con la panza blanca. Yo le bajaba la cremallera y me la comía de la cabeza a los pies.

También fue cambiando en lo de gritar. El primer día, cuando le metí aquel dedo corazón, había respirado muy fuerte, incluso gemido un poco. Ahora daba unos alaridos acojonantes. Ella fingía abiertamente y no me lo escondía, y cuando yo le pedía que no lo hiciera se descojonaba y decía que lo sentía mucho, que si yo quería seguir metiendo, ella iba a gritar como una descosida, y que le ayudaba hacer eso.

Sus gritos no estaban motivados por el placer que yo le procuraba, sino por su necesidad de dar el cante. Quizá nunca se llegó a correr conmigo, pero yo tampoco me echaba esa responsabilidad a la espalda. Ella se arrojaba al sexo por curiosidad sobre sus propios límites, y los del sexo en general.

Las noches que se quedaba no pegábamos ojo, y no necesariamente porque lo estuviéramos haciendo. Me encantaba ver pelis sofisticadas con ella. A pesar de que la cabrona las entendía

perfectamente, y sin esfuerzo, hacía comentarios estúpidos para sacarme de quicio.

Ver pelis de autor con una piba a la que quería zumbarme era una de mis tácticas más antiguas, y más rancias. Yo hacía observaciones profundas cada cierto tiempo y la tía asentía con la cabeza muy seria, decía que ajá, y seguíamos. Ahora ella me hacía ver una vez más lo idiota que yo era. Me vi obligado a tomarme a mí mismo menos en serio cada vez, y fue de lo más saludable. Llegué a caricaturizarme a mí mismo, diciendo más o menos el mismo comentario profundo, pero con la voz grave con que ella me ridiculizaba, y la pava se partía.

Fui encontrando el humor que le hacía gracia, tan diferente del mío. Cómo me jodía al principio que a ella no le hiciese gracia mi humor, quizá por eso emprendí esa cruzada sobre lo tonta que era. Me sentía menos anciano, menos gastado, y una vitalidad real empezó a sustituir dentro de mí, sin que me diera cuenta, a la que yo siempre enarbolaba.

Yo me llenaba siempre la boca con que el sabio aprendía más del tonto que el tonto del sabio, pero no me lo creía ni yo, el ser tonto era para mí lo peor que podía ser alguien, lo condenaba sin paliativos. Y mire usted por dónde, se había cruzado en mi camino una tonta del culo que me hacía sentir tan tonto a mí, que sólo me faltaba el cencerro.

Capítulo IX

Eso sí, durante los meses en que estuve follando con Nuria, nunca dejé de quedar con Anne. Casi parecía que todo el tiempo que no estaba con una, estaba con la otra. Sus abismales diferencias iban más allá de su edad. Al lado de Nuria, gansa, gamberra, y también un poco machorra, Anne parecía una niña. Con ella, yo seguía representando cierto papel, y con él, todas las tonterías que con Nuria ya habían dejado de ser necesarias. Íbamos a galerías de arte, a exposiciones, a películas en versión original.

Bebía mucha cerveza para ser una tía, a pesar de lo cual nunca perdía sus exquisitos modales, y su dentadura siempre era de un blanco radiante, aunque siempre tenía un cigarrillo en la mano. Naturalmente, yo me había imaginado cien veces qué tal follaría, y no me salían las cuentas, no me la imaginaba abandonándose ni disfrutando de nada a pleno pulmón.

Si el caso era que se estaba a gusto con ella, la tía era de un sarcasmo feroz, y parecía plena y feliz dentro de su universo en el que nunca se levantaba la voz ni se hacía nada extravagante. Nunca tenía frío ni calor, siempre estaba suficientemente abrigada o suficientemente fresca. Siempre iba estupenda, nunca más arreglada de lo que requería la ocasión, pero tampoco nunca, por supuesto, hecha un desastre. Supongo que se anticipaba a todo, lo calculaba todo, el momento y el lugar nunca la cogían por sorpresa. Yo no sabía si sentir admiración o un poco de terror.

Sabía que yo me veía con Nuria. Lo que no estaba claro es si sabía que follábamos como cerdos. Nunca me preguntó sobre el particular, y yo nunca lo mencioné tampoco. Yo siempre me comportaba con ella como el novio íntegro y consciente de que ella no podía acostarse con alguien a las primeras de cambio, qué se podía esperar de una tía que se iba a la cama con cualquiera tan pronto, y bla, bla.

Se suponía que ella quería hacerlo, más adelante, pero había que esperar a conocerse mejor. Me parecía absolutamente contradictorio, yo opinaba que ningún camino era más corto para conocer a alguien que el del sexo, pero, por supuesto, decía que amén. Qué otra cosa podía hacer. Ella, por supuesto, sabía que yo estaba más salido que el pico de la mesa, y nunca fingía creer que los dos estuviésemos de acuerdo en que había que esperar. Pero como era cosa de dos y ella todavía no podía, pues qué le íbamos a hacer.

No me hacía esperar por putearme, ni por poner a prueba mi amor, sino, simplemente, porque para ella eso tenía que fluir de manera natural, cuando ella lo sintiera así, cosa que todavía no había ocurrido. Cómo argumentar contra eso.

A veces me hacía el enfurruñado y decía que si para ella el sexo era consecuencia del amor y nunca había sexo, sería porque no me quería. Ella se reía de mi torpe y desganada argucia y me decía que claro que me quería, y me daba un pico o me apretaba la mano.

Eso era todo lo que fui capaz de irle arrancando con los meses, pequeños picos, besos furtivos cuando se volvía o en la despedida, llegando ya a su calle. Era horrible, opresivo, no hubiera podido aguantarlo de no ser porque por las noches le hacía de todo a Nuria.

Visto desde fuera, ambas aventuras se contrapesaban. Yo me decía que la castidad a que me veía obligado con Anne podría ser un buen entrenamiento para cuando, más adelante, en cualquier

momento, tuviese que prescindir de las relaciones por motivos de salud, o de trabajo. Pero no, me contestaba a continuación, nunca trabajaría tanto que no me quedasen tiempo o ganas de meter.

Un día la vi por el centro dando una vuelta con un tío algo mayor que nosotros. Cuando me crucé con ellos, el tío estaba diciendo que hoy en día era difícil encontrar un buen aparejador, y ella asentía interesada. Les sonreí y seguí de largo. Por la noche le pregunté a Nuria si Anne tenía muchos amigos y me dijo que no paraba de hablar de uno y de otro. Le pregunté si hablaba de mí: con ella ya no me andaba por las ramas. Se rio y me dijo que yo le interesaba, pero que tenía otros amigos. Yo intentaba ocultar mi irritación, pero ella me conocía demasiado bien.

Se sentó a horcajadas sobre mí, como aquella primera vez, y me preguntó que qué me pasaba, que si me gustaría follármela. Me besó con lengua. La aparté, la senté a mi lado y me serví una copa. Le dije que sí, que me encantaría. Me dijo que hombre, que era mona. Dio un sorbo y añadió que eso sí, que tenía que ser un desastre en la cama, y se echó a reír.

La conversación me interesaba de golpe y porrazo. Le pregunté si ella lo creía así. Le hice observar que se movía con una elegancia acojonante, le recordé con qué clase masticaba, fumaba o paseaba. Me dijo que todo lo que yo quisiera, pero que ella creía que a Anne le habían metido el palo de la fregona por el culo. La imagen me puso cachondo. Me dijo que dando clase era extremadamente rigurosa, que no consentía una pronunciación parecida, una aproximación: que decía que siempre había que buscar la perfección. Joder, le pegaba un montón decirles eso a sus alumnos.

Su suavidad, su relajación, su sonrisa dulce, su capacidad de adaptación si la cita cambiaba eventualmente porque nos encontrábamos con la gente más dispar, la manera en que se quitaba las sandalias en las terrazas y ponía un pie descalzo en la silla, escondían un temperamento de hierro y una voluntad infinita. Nunca se conformaba con menos que la excelencia. Era como un violinista o un atleta. Qué lejos de la onda en la que yo estaba, aunque qué cerca de lo que yo buscaba como pareja, para poder enseñársela a mis amigos y a mis padres y quitarme importancia cuando se hablase de mi suerte o de mis dotes de seductor.

Esa conversación me calentó la cabeza. Nuria se marchó pronto porque tenía que ver a una amiga en el hospital, y me pasé toda la noche poniéndome copas y pensando en una y en la otra. Se entremezclaban en mi delirio y me parecía que era Nuria la que no aflojaba ni a la de tres y Anne la que se dejaba joder como una cerda.

Disfrutaba todavía más de lo que parecía disfrutar Nuria. Bueno, qué coño, es que Nuria no llegaba a su plenitud, me parecía a mí, mientras que, en mi sueño semiconsciente, Anne se volvía loca. Gritaba y blasfemaba, se quedaba sin voz y se le ponía un tono ronco que resultaba bastante excitante. Decía cosas en inglés. Luego se acurrucaba a mi lado y me decía que iba a abandonar la disciplina en la que había sido educada, que iba a empezar a hacer lo que le saliera del coño, como a mí me gustaba. Y me daba un beso en la oreja.

A mí me daba la risa floja, pero en realidad me daba rabia que abandonase lo que tantos años le había costado levantar, intentaba de corazón disuadirla de que cambiase por mí. Le garantizaba que si lo supeditaba todo a mí se iba a llevar una decepción, le decía que yo me iba a cansar de ella en cualquier momento y la iba a dejar en la cuneta.

No era estrategia, de veras no quería que aflojase su ritmo si era capaz de mantenerlo. Lo decía

por ella y también porque me jodía que se truncasen rachas que venían de lejos, pero sobre todo porque no quería que recayese sobre mí la responsabilidad de la situación. Si dejaba de lado algo tan valioso, sería porque esperaba algo grande al otro lado, y no quería ser el estandarte de la decepción.

Pero como la tía insistía e insistía, me lamía la cara, se ponía pesada, me acariciaba las piernas, los brazos y la cara, al final mi virtud se quebraba y le metía un morreo. Besaba mucho mejor de lo que yo había esperado, y de lo que Nuria había pronosticado.

Las tetas, efectivamente, eran de un tamaño razonable, y lo que era mejor, de un blanco lechoso que contrastaba vivamente con unos pezones oscuros y tan grandes como galletas. Le encantaba que se las comiera, nunca había visto una tía a la que le gustase tanto. Tenía un lunar en una de ellas, y a pesar de que yo aborrecía hasta la náusea los lunares, en mi sueño me entregaba a ello sin pensármelo. Me rebozaba la cara contra ellas, las azotaba, las lanzaba una contra la otra, las estrujaba como si fueran de algodón.

Nuria, que, por supuesto, estaba presente, me preguntaba que qué pasaba, que por qué no dejaba las tetas y me la follaba de una vez, que si no tenía cojones. Yo nunca recogía ese guante, nunca hacía lo que me pedían que hiciera bajo la amenaza de que si no lo hacía no tendría cojones, pero es que, en ese caso concreto, era un deseo tan viejo y tantas veces aplazado, que me decía a mí mismo que qué coño, que para eso estábamos.

Me tumbaba encima de ella y le echaba las bragas hacia un lado. Llevaba unas bragas azules marino. Sin tiempo de mirar el pepe ni nada, se la metía de un tirón. Ella no decía ni hacía nada, se quedaba con la cara echada hacia un lado, como si la estuvieran violando. Le preguntaba si estaba bien, y decía que sí, que no se lo podía creer, que por fin estaba pasando lo que tanto había soñado.

Manteníamos una conversación cabal mientras lo hacíamos. Yo le decía que nadie hubiera dicho que lo estaba deseando, que yo había sacado el tema cuarenta veces y ella siempre había dicho que nones, y me decía que eso era lo que se hacía en su país, que aunque la tía que te dijera que no, podía estarlo deseando perfectamente.

En un momento dado sonó el teléfono, y me sacó de mi alucinación. Era Anne, precisamente. Quería preguntarme si me apetecía ir a un concierto con ella y unos amigos. Le dije que no podía, y le pregunté que qué hora era. Me dijo que las once y media de la mañana. Le dije que me iba a dormir en esos momentos, y se echó a reír. Le dije que estaba de mal humor, pero seguía bromeando.

Entonces aposté fuerte y le dije que no iba a poder verla más. Dejó de reírse, y me preguntó que qué me pasaba. Le dije que ya lo sabía. Me puse una cerveza con la mano con la que no sostenía el teléfono. Me dijo que no, que no tenía ni idea. Había cierta alarma en su voz, cosa que me afianzó: la estaba llevando a mi terreno. Seguí por ahí. Le dije que la amaba como no había amado a ninguna otra mujer.

Me interrumpió para decirme que no empezara, pero seguí hablando por encima de ella para decirle que yo sabía que ella nunca iba a amarme así, y esa relación no me convenía, me estaba haciendo mucho daño.

Ahora no se oía nada al otro lado del teléfono. Esperé un segundo, una *pausa valorativa*, que dirían en el teatro aficionado, y proseguí. Le dije que no estaba bien, que estaba empezando a dudar de mí mismo como persona, de mis posibilidades en la vida. Me dijo que no fuera idiota, que yo valía un montón y lo sabía. Le dije que tenía que colgar, y lo hice.

Sonó el teléfono un par de veces, pero no lo cogí. Era la primera vez que sentía que lo había llevado bien, y que le tocaba mover ficha a ella. No le iba a dejar hacerlo, que seguro que al final me devolvía al redil y, encima, contento.

Capítulo X

Esa misma tarde me vino a ver Hilario. Lo agradecí mucho, porque la amiga de Nuria no había evolucionado favorablemente y ella iba a pasar esa tarde también en el hospital. No me apetecía pasar otra noche solo: seguro que me iba a acabar agarrando otra mierda y haciéndome otra paja pensando en las dos, yo no tenía mucha imaginación.

Hilario venía con una de sus propuestas rimbombantes. Estaba a punto de volverse a su país, apenas le faltaban veinte días, y no sabía si volvería alguna vez. Quería hacer un viaje loco, que poder contar a sus nietos, por sitios muy diferentes de lo que conocía hasta ahora. No quería gastarse mucho dinero, aunque tampoco quería estar con agonías, y desde luego quería ir conmigo.

A mí me quedaba poco dinero ahorrado. Si quería conservar mi picadero, tendría que coger otra porquería de trabajo en las próximas semanas. Nada me apetecía menos. Hicimos números. Me quedaba, más o menos, lo justo como para pasar otro mes en el apartamento, antes de tener que ponerme a trabajar, o, visto desde otro punto de vista, lo justo como para hacer un viaje de unos quince días por un país relativamente remoto, sin apretarnos demasiado el cinturón. Esto segundo supondría volver a casa de mis padres a la vuelta del viaje.

Me pregunté qué me convenía más. Nunca me preguntaba qué me apetecía, sino qué me convenía, así me habían enseñado a pensar. Hilario, que no me conocía tan bien como él creía, decía que no me hacía bien estar encerrado todo el día bebiendo, que me iba a hacer alcohólico, que se empezaba así. Yo, que me conocía como si me hubiera parido a mí mismo, sabía que estaba quemando una etapa, y que en unos meses, cuando todo eso hubiera quedado atrás, cuando hubiese matado cierto gusanillo al que no sabía poner nombre, pero al que reconocía en términos de sensaciones, nunca volvería a emborracharme compulsivamente.

Mi razonamiento iba en otra dirección. Lo bueno del apartamento era que podía follar con Nuria todos los días del señor. Pero al final era una tía, y cualquier día, más tarde o más temprano, uno evolucionaría más que el otro, o cada uno en una dirección diferente, y dejaríamos de encajar, o cualquiera se aburriría. No se podía follar toda la vida, yo lo tenía ya comprobado.

En cuanto a Anne, estaba resuelto a no volver a verla, y yo no era alguien que lo dijera y a los cinco minutos se arrepintiera de haberlo dicho. Tampoco era como mi madre, que odiaba desdecirse y se veía obligada a hacer mil cosas que no le gustaban sólo porque había dicho que las iba a hacer.

Simplemente, Anne era historia para mí. Era como si la fantasía étlica me hubiese permitido ver claro. Yo perseguía una quimera, ella nunca me follaría, y en realidad qué cojones importaba, sería por tías. Al final, qué era la compañía de las tías. Te quiero, te amo, mi vida, muac, cogerse de la mano, sonreírse, regalarle un colgante, follar en la cama de sus padres. Era repetitivo.

Yo sólo quería vivir una y otra vez el mismo cuento. Además, era distinto cada vez. Distintas tetas, distintos culos, distintos coños, distintas bocas, y también distintas formas de vestir, distintas clases sociales, distintas reacciones en el momento del orgasmo, distintos niveles educativos, distintas expectativas en la vida, distintas formas de estar en el mundo.

Pero siempre me había parecido estúpido perder la cabeza por una tía en concreto y pensar que

sin ella la vida no tenía sentido. Yo era un optimista redomado, siempre archivaba la experiencia y pensaba en cómo sería la siguiente. Ésa era la palabra, para mí era ilusionante que me dejaran. Me daba corte dejar a la peña porque siempre se sucedía una escena coñazo en la que había que hablar con trascendencia, como si algo importara algo.

En cambio, cuando me dejaban, la pelota estaba en mi tejado, así que siempre abreviaba la escena cuanto era posible sin romper la verosimilitud, haciéndome el afectado, y cuando dejaba a la pava en la parada de autobús o donde fuera, me daba media vuelta y me decía que bueno, amigo mío, una página más, otra a la que recordar antes de dormirme, otra para el recuento de los días en que no haya que hacer nada, y ahora a ver qué me sale al paso.

Y me preguntaba si podría ser una mucho mayor o mucho menor que yo, o una casada, o divorciada, o viuda, y de qué profesión sería chulo que fuera, y cómo se manifestaría en la cama que ella tenía esa profesión. Y si sería extranjera, como esta idiota a la que ahora dejaba atrás.

SEGUNDA PARTE

Capítulo I

Estuvimos quince días fuera. Como Hilario tampoco hablaba inglés, no pudo hacer gran cosa en lo que a las tías se refiere. Yo tuve un rollete con una nórdica que no estaba mal. Tenía la nariz de cerdita, cosa que a mí ya me predisponía a la concupiscencia. Además, le sobraban cuatro o cinco kilos. Parecía feliz de cojones.

Me convertí en responsabilidad suya mientras estuve en su ciudad. Para mí, no había nada mejor en la vida que ser el objeto de protección de una tía. Qué divertido, qué bien se les daba. Era un entorno sin peligro, saltábamos con red, no había en realidad nada que motivase el que estuviesen encima de mí, pero qué monas estaban sintiéndose dueñas. Se las veía en su papel.

Me resultaba un poco ridículo que un tío tratase de asumir el mando en su pareja. Un hombre limitando a su mujer, acorralándola y reduciendo su radio de acción me parecía tan aberrante como un perrito sacando a hacer pis a su amo y echándole de comer en una palangana. Siempre pensé que era la mujer la que tenía que llevar al hombre atado en corto.

Gerardo se descojonaba cada vez que yo decía eso. Santi, en cambio, se ponía negro. Yo continuaba. Que si el hombre no veía más allá de sus narices, que si sólo era capaz de amarse a sí mismo, que si estaba cegado por su ambición, esposado por su necesidad de acaparar reconocimiento social y laboral. La mujer lo amaba, más que a sí misma en muchos casos, y encima tenía la grandeza de retirarse a un segundo plano. Por si eso fuera poco, le sobraba enjundia para hacerse cargo de que el idiota del hombre necesitaba su apoyo moral, y se lo brindaba desde su rincón.

Santi me interrumpía con la vena del cuello hinchada. Decía que si se retiraba no era porque no necesitase el reconocimiento, sino porque se veía obligada. Las demás mujeres la empujaban a ello. En el fondo, no querían una posición predominante. Lo que querían, decía, era verse relegadas a un segundo plano. Decían que se las había postergado por las malas y así podían fingir que eran víctimas. Y ahí entonaban el discurso de que los hombres sólo eran superiores en fuerza física y bla bla.

Nos enfrascábamos en discusiones bizantinas de ese tipo durante horas. A veces, Santi se levantaba enfadadísimo y daba un portazo. Otras se le conseguía apaciguar y entonces sacábamos lo mejor de él. Inteligente, inquieto, ávido, trabajador, sarcástico y apasionado. Bebía como un cabrón, aunque, a diferencia de Rober, y de Gerardo, y de tantos otros, se ponía pedo desde el principio. Y no era cierto que le saliera más barato, sino que bebía hasta el final con los demás.

Ahora yo volvía a vivir en casa de mis padres, y todo eso volvería a ser ocasional. Sólo llevaba unas horas bajo su techo y los recuerdos del piso ya me parecían algo remoto, prehistórico.

Mi madre me dijo nada más entrar que, a lo largo de esos días, había llamado dos veces una mujer preguntando por mí. Ésas eran siempre las mejores noticias que yo podía esperar, las únicas que me interesaban. Le pregunté si tenía acento inglés. Me dijo que no. Bueno, que podía ser, pero que no. Tampoco me supo decir si sonaba a trabajo o si podría ser alguna amiga. En realidad, no podían ser ni Anne ni Nuria, ninguna de las dos tenía el número de casa de mis padres.

Estaba contándoles a todos en casa algo sobre el viaje cuando sonó el teléfono. Me jodió porque estaba a punto de rematar una de las anécdotas más graciosas. Lo cogió mi padre. Era para mí.

Me puse pensando que iba a ser Anne. Era Nuria. Le pregunté que de dónde había sacado ese número, y me dijo que lo había buscado en la guía. Yo tenía un apellido muy poco frecuente, eso era cierto, habría llamado a los cuatro o cinco que nos apellidaríamos así en la ciudad. Estaba enfadada porque me había largado sin decirle nada, y al presentarse en el apartamento le había abierto otra persona extraña que no daba razón de mí. Le pedí disculpas, le dije que me había ido de viaje con Hilario, que ya se había marchado directamente a su patria querida.

Se le pasó el enfado de repente. Siempre me admiraba eso de ella también, no necesitaba que se le pidiera perdón de rodillas ni que se fustigara uno. Estaba por encima de eso. Era la polla. La verdad es que ahora era yo quien tenía ganas de compensarla por ser tan cojonuda. No sabía si era una táctica, no lo creía; pero desde luego, si lo era, era muy efectiva. Había despertado en mí una necesidad más sincera de hacer algo por ella que si me hubiera montado el numerito de rigor.

Como yo ya no tenía el apartamento, las siguientes veces nos vimos por la calle. Era un coñazo, porque cuando no estábamos follando, la tía tampoco daba mucho juego. Hombre, me comprendía y bla, bla, pero yo quería meter. El quiqui con la nórdica había tenido su cosa, pero echaba de menos chupar a una tía hasta que no se supiera dónde empezaba mi boca y dónde acababa su ano. Ahora pensaba que quizá tenía que haber mantenido el picadero, haberme puesto a trabajar y todavía estaría follando como un señor.

Uno de esos días, fuimos a casa de sus padres. Se habían ido de viaje con el hermano pequeño, volvían al día siguiente. Era en las afueras, tuvimos que tomar varios autobuses. Llegamos sobre la una de la tarde. Menudo chaletón. Me dijo que no tocara nada. Le puse la mano en el chocho y le pregunté si eso tampoco lo podía tocar. Me sonrió y me dijo que eso sí. Me encantaba esa sensación de propiedad, de pertenencia.

Le desabroché el pantalón y, sin bajárselo, le metí la mano dentro de las bragas. El felpudo mullidito, aplasté el vello. Y acto seguido, metí el dedo corazón dentro de la raja. Estaba húmeda. Al palpar dentro, chapoteó un poco.

Saqué el dedo y se lo metí en la boca. Lo chupó mirándome a los ojos. Le dije que la había echado mucho de menos. Se rió y dijo que ella también quería follar. Se quitó la camiseta. Llevaba un sujetador rojo. Le pedí que se la volviera a poner, y me preguntó que por qué. Le dije que le quería comer el coño mientras estaba vestida de cintura para arriba.

Se quitó el pantalón y las bragas y se fue escaleras arriba. La seguí. Le pregunté que adónde iba mientras la miraba subir. Fue ver su culo y ponérseme tan tiesa que me dolió. Me dijo que le apetecía hacérselo en la cama de sus padres. Lo dijo como si me dijera que le gustaba el olor de la hierba mojada tras la tormenta. Se acomodó entre los almohadones y se abrió de piernas con un descarro muy típico de ella. Ay, Nuria, Nuria. Me entregaba su honra tan pancha. Qué fácil era ser feliz, cuánta complicación innecesaria.

Me tumbé boca abajo y mi cara quedó a la altura de su sexo.

Tenía que reconocer que no era especialmente bonito. Lo sentía en el alma, pero no. Se separó

los labios con las manos. En ese momento sonó su teléfono. Me sorprendió que se levantase a cogerlo, le dije que qué hacía. Me dijo que esperase, y atendió la llamada.

Hablaba con familiaridad, era alguien conocido. Contestó que estaba conmigo. Me pregunté si les había hablado mucho de mí a sus amiguitas, y con cuánto detalle. Me pregunté si las amiguitas serían como ella, o si sería que ella era un zorrón desorejado. Me pregunté si le podría plantear sin rodeos la posibilidad de que me presentase alguna amiguita.

Colgó sonriendo y me preguntó que a que no sabía quién era. Era Anne. Me dejó como adormecido saber de ella de repente. Le había dicho que me dijera que le gustaría que nos viéramos, ella y yo. Me gustaba que me siguiera buscando, pero yo sabía ya lo que había tras esa casilla del panel de la suerte.

Bueno, también era verdad que ella no me había hecho nada malo, y tampoco había motivo para negarme tan en redondo a verla, y durante tanto tiempo. Le dije a Nuria que vale, que nos concertase una cita para uno de esos días. No le terminé de comer el coño, ni follamos en toda la tarde.

Capítulo II

Allí estaba, delante de mí otra vez. Mi ira se había ido apaciguando. Me sonreía como pidiéndome disculpas por vivir, así que yo me puse automáticamente en el rol de perdonavidas. Echamos a andar. Tenía ese aire grave que tienen los que tienen algo que decirte.

Me dijo que había estado pensando mucho desde nuestra última conversación. Que ella quería que yo tuviera claro que yo era muy importante para ella. Me sonaba a discurso preparado. Que siempre había visto cualidades en mí y que le hervía la sangre al ver que no las desarrollaba, que me autodestruía bebiendo en ese cuchitril, y que se refugiaba en el sarcasmo.

Decía que era duro ver que alguien a quien aprecias no se saca partido, que yo tenía el deber con todos los que me habían cuidado desde pequeño, y conmigo mismo el primero, de llegar hasta donde estaba capacitado para llegar.

Yo había esperado que me dijera que lo había pensado bien y que en lo sucesivo me iba a dejar meterle mano, y en lugar de eso me caía este chaparrón. Le pregunté hasta dónde creía ella que estaba capacitado para llegar. Me dijo que yo podría ser un gran escritor, un actor de primera fila, o algo similar.

Me chocó un poco que tuviese tan delimitadas mis metas. No había estado hablando en términos generales, me ubicaba en esas dos cosas en concreto. Me atraía lo de ser escritor, decir lo que me diera la gana y que me pagasen por ello. Seguro que si llegaba a hacerlo suficientemente bien, no tendría que aguantar a nadie, no se atreverían a corregir mis textos porque yo sería el artista y el otro, el tipo gris sin la genialidad necesaria para escribir. Que se atrevieran, montaría en cólera con el que sustituyese una palabra por su supuesto sinónimo, y también con el que quitase un punto para poner un punto y coma, o mierdas de ésas.

Ser actor también podía estar chulo. Yo era muy atractivo físicamente, y además tenía una voz seductora. Por si fuera poco, tenía una personalidad magnética, emanaba algo que hacía que los demás me mirasen y quisiesen ser como yo. Sería bonito ser actor, decir las frases del guión como sólo yo las sabría decir, y que la gente hiciese largas colas para comprar entradas para las películas que yo protagonizase.

Aunque era bastante tímido en el fondo, y bastante complicadete. Me gustaba más la idea de escribir, la idea de una tribuna de orador, un púlpito, una atalaya sin bidireccionalidad. Yo quería expresar mi opinión sin derecho a réplica, toda réplica sería escuchada desde un escepticismo tenso, y probablemente sofocada de manera furibunda.

Yo no creía en el enriquecimiento mutuo a través del intercambio de ideas, ni en el diálogo como forma de llegar a conclusiones colectivas. Yo sólo quería soltar mi verdad y no llegar a enterarme nunca de si la gente estaba de acuerdo o no. Claro, me enteraría si veía que mis libros no se vendían mucho, pero no habría una respuesta directa, un tío diciéndome que para él lo que yo pensaba era una sandez.

En cambio, como actor tendría que estar concediendo entrevistas absurdas en las que me preguntarían paridas como que cuál era mi plato favorito o si tenía algún ritual antes de rodar. Bueno, quizá como escritor también me harían preguntas estúpidas, pero yo tendría una

consideración pública de intelectual que me conferiría cierta aura de protección. Los actores, sin embargo, eran algo público, todo el mundo se creería con derecho a tocarme, a pedirme una foto, a gastarme una broma. Al margen de que la cantidad de gente que veía la tele era mil veces mayor que la que leía libros, por lo que un actor era alguien mucho más presente en la vida vacía del ciudadano estándar.

Ella me dejaba hablar. No eran sugerencias, estaba empeñada en que me pusiese manos a la obra. Sabía que a mí se me iba la fuerza por la boca, que yo era un fanfarrón de tertulia de café, un hombre que hablaba de la grandeza y la miseria y que luego esperaba pacíficamente hasta que la mujer le sirviera la sopa caliente, con sus cápsulas en el borde del plato.

Anne era testaruda, de hecho se ponía muy mona cuando se empecinaba en algo, y no iba a parar hasta que yo empezase a dar forma a todo aquello. Ella creía que mi vida cobraría sentido cuando yo trabajase en aquello que ella creía que se me daba bien. Yo pensaba que, si mi vida tenía que encontrar un sentido, no sería, desde luego, a través de un trabajo.

Por otra parte, me parecía pretencioso el que un memo como yo, o como cualquiera de nosotros, buscase un sentido a las cosas. Mentalmente, intelectualmente y también emocionalmente éramos todavía una especie demasiado raquítica para aspiraciones tan elevadas, tendrían que llegar desarrollos más evolucionados, dentro de miles de años, que fueran capaces de ello, y nos tendríamos que dar con un canto en los dientes si por entonces aún existíamos y la especie posterior nos tenía como sus mascotas, su divertimento o sus bestias de carga. Eso, si no habíamos reventado el planeta con nuestra codicia, nuestra mediocridad y nuestra cochinería.

Se echó a reír y me dijo que no me pegaba nada el tener una conciencia ecológica, que mi forma de estar en el mundo no era solidaria en ningún otro aspecto, y sí bastante destructiva, por lo que tendría que estar hermanado con el despilfarro y la devastación. Le dije que se fuera a la mierda, que yo no iba a estar amonestando a la señora que no reciclaba los plásticos, pero que sí me jodía ver a los humanos como unos seres repulsivos, malolientes y despiadados a los que les regalaban un bloc de hojas en blanco y unas cuantas ceras de colores y lo único que sabían hacer era comerse el papel y meterse las ceras por el ano con malsano deleite.

Me dijo que, me diera cuenta o no, mis palabras estaban demostrando que yo era partidario del buen hacer, de la belleza y de la bondad, de todo aquello a lo que podía tender el ser humano de la misma manera en que, desgraciadamente, tendía otras veces hacia todo lo que yo estaba diciendo.

No cejaba en su empeño. No se detendría hasta hacer de mí una persona de pro. Yo me hacía el remolón de cara a la galería, para mantener fuerte mi posición en la negociación, pero no me importaba rebajar mis pretensiones hasta cierto punto con tal de que se colgara de mi brazo. En realidad, yo no defendería a capa y espada mis ideas contra lo que fuese necesario defenderlas, ni muchísimo menos. Y ella lo sabía.

Se podía llegar a un acuerdo, yo renunciaría gustoso a mi credo en un tanto por ciento, si la tía merecía la pena lo suficiente, como era el caso, y si toleraba un número suficiente de cláusulas como para que yo sacase mi tajada y mi posición no se debilitase demasiado.

Capítulo III

Total, que unos días después nos pusimos los dos a la ingrata tarea de que yo encontrase un trabajo. En los pocos meses que llevaba en la ciudad, la pava había hecho varios contactos que podían serme de utilidad. Entre ellos, el de la directora de una revista de moda. Yo no tenía ni zorra idea de nada, y me resistía a creer que mi compleja sintaxis, abigarrada, pudiera interesar a las lectoras de la peluquería, pero ella insistía en que era un buen punto de partida.

Me concertó una entrevista con la directora para unos días más tarde. Se llamaba Sofia. Era una mujer de unos cuarenta, alta, rubia, con algo de artificial que me tiró para atrás, pero también con algo de natural que me hizo sentir a gusto.

Mi primera impresión fue que a los veinte años había sido una tía de puta madre, de las que tienen amigos tíos y juegan al baloncesto y se ríen si pillan a un pavo haciéndose una paja, en lugar de cerrar de un portazo y poner cara de asco y hacerse cruces. Sin embargo, con los años había puesto los pies en la tierra y entrado en la rueda del mundo adulto, esa misma a cuyas puertas yo iba a empezar a llamar, y sin darse cuenta había adquirido hábitos imprescindibles cuando estás en dicha rueda: sonreír en las recepciones a la gente a la que deberías conocer pero no recuerdas, preguntar a las personas influyentes por sus familiares enfermos, apretar amistosamente a los subordinados y aparentar que está todo bajo control con los superiores.

Tenía un punto crispado, pero en el fondo de sus ojos aún se veía a la joven que se tomaba una cerveza contigo y tus amigos y negaba sonriente con la cabeza cuando uno de ellos eructaba como un ceporro. Me tendió un ejemplar de su revista y me pidió que lo estudiara y la llamara diciéndole cómo pensaba que podía serle útil.

La verdad es que fue muy enrollada, me tendía la mano cuando yo había llegado allí sin verdaderas referencias, ya me dirás tú qué coño representaba que una amiga le hubiera dicho a la otra que yo era muy majo y escribía muy bien, cuántos así no habría por ahí y se tenían que poner las pilas ellos, no los recibía el director de una revista en su despacho y les señalaba el camino a seguir.

La sección que más me interesó fue la de cine. Era la única sobre la que yo podría decir algo que no revelase mi ignorancia y desinterés absolutos, además de que era un tema muy abierto, que requería de pocos tecnicismos y que podría llenar con tópicos y algo de literatura. Le envié un artículo tipo sobre el perfil de un actor conocido.

Me contestó pocas horas después que era más que suficiente para el nivel de redacción que tenía la gente a su cargo, que si me parecía empezaba el mes siguiente. Convinimos un precio que me pareció una barbaridad por un trabajo que yo iba a desempeñar con la punta del nabo.

Cuando se lo conté a Anne, me abrazó. Sus tetas se aplastaron contra mi tórax. Definitivamente estaba haciendo lo correcto. Me preguntó que a que no había sido tan difícil. Parecía entusiasmada, me pareció que se sentía como si estuviera consiguiendo que se rehabilitase un drogadicto. Me resultó un poco ridículo.

Me dijo que eso era sólo el comienzo, que dentro de un tiempo habría dejado de negar la evidencia y me sentiría mucho mejor creando que mirándome al ombligo. Me sonó a la típica frase

que diría mi madre, aunque ella nunca elogiaría que alguien crease, era posible incluso que renegase de ese concepto.

A la mañana siguiente me llamó Nuria. Me dijo que sus padres salían de excursión para todo el día, volverían a última hora de la tarde. Que podía ir para allá, comer con ella y luego ver una peli. Que me llevase bañador porque me podía bañar en la piscina. Tenían un pedazo de piscina en la propia casa. Cuando ya estábamos allí, abrazados dentro del agua, le comenté que no parecían pasar por dificultades económicas.

Me dijo que estaban forrados, que el padre era un alto cargo en una empresa importante, y que si me casaba con ella sería todo un braguetazo. La agarré por el trasero y le pregunté si ella pensaba en casarse, y me dijo que sí, que mañana mismo. Se salió del agua y se tumbó en una toalla. Yo también me salí y me quedé de pie a su lado. Me preguntó si me importaba que se quitase la parte de arriba del bikini para tomar el sol, y se echó a reír.

Me puse tan caliente que se me levantó casi al instante. Se dio cuenta y se volvió a reír a carcajadas. Me preguntó que cómo era tan guarro, se incorporó hasta quedar de rodillas y me desabrochó el nudo del bañador.

Me lo bajó hasta los pies y se puso a mirar la picha, todavía sonriente. Le preguntó que qué tal estaba, como si se lo preguntara a una abuela algo sorda, y puso la voz grave de la picha para decir que estaba contenta porque le gustaba cuando la sacaban a tomar el sol.

A mí esas chorradas nunca me hacían gracia, me daba vergüenza ajena que hiciese esa estupidez. Ella lo sabía y normalmente pasaba de mí, pero en ese momento se le rebajó un tanto la sonrisa. Se levantó y me dijo que venga, que íbamos a comer.

En la cocina recuperó su mejor humor, que, en realidad, nunca le fallaba. Hizo huevos fritos con salchichas, y, por supuesto, cogió una salchicha y simuló que estaba chupando una polla, como yo había esperado que hiciera. Volvía a reírse. Yo, quizá sin motivo aparente, estaba poniéndome de mal humor. En cuanto terminamos de comer le dije que me iba a echar la siesta diez minutos, que enseguida bajaba para estar con ella otra vez, y me dijo que vale, que me pusiera en la habitación de la derecha, la suya.

Me tumbé en su cama y me pregunté qué hacía con esa tía, quizá estaba empezando a disfrutar menos con ella. Me coloqué boca abajo y me empecé a restregar contra el colchón. Me quedé dormido sin darme cuenta. Me desperté cuando se tumbó a mi lado y me preguntó que qué me pasaba.

Me estiré y le dije que hubiera preferido despertarme cuando ya estuviera descansado, que hubiera tardado pocos minutos en bajar. Yo pensaba que nos habíamos separado hacía cinco minutos, pero me dijo que llevaba más de cuarenta y cinco durmiendo y que para eso hubiera llamado a alguna amiga. Le dije que no se preocupara, que ya me iba, que llamara a la amiga que quisiera.

Me incorporé para irme. Ya nos reconciliaríamos en otro momento, ahora sólo quería largarme.

Mientras me abrochaba las sandalias, me decía a mí mismo que tampoco tenía gran cosa que hacer. Me vi sentado con un libro en el sofá de casa y mi madre pasando por delante con gesto de desaprobación. No era tentador. Me paré en seco y la miré. Tenía la vista al frente, seria. Me

parecía recordar que era la primera vez que la veía enfadada.

Cambio de dirección drástico. Volantazo. Me senté a su lado en la cama. Me sentía un poco ridículo pidiéndole perdón, con todo lo que nos conocíamos no debía ser necesario. Por otra parte, sabía que a poco que hiciera se empezaría a reír otra vez y la montaría de nuevo como a una jaca. Le tiré suavemente de la coletilla. Hizo una mueca de enfado. La rodeé con el brazo y le di un beso en la cara.

Se separó y me dijo que le estaba empezando a joder un poco que no la tomara en serio nunca. Que una cosa era que se riera hasta de su sombra y otra que yo la usase como me saliese de la polla. Al final me enteré de que lo que pasaba era que había hablado con Anne mientras yo estaba dormido y ésta le había contado que yo le estaba empezando a gustar de verdad. Que me veía menos obcecado, más abierto y razonable, y también más feliz.

El tiempo se detuvo para mí en ese momento. No podía creer que se estuviera abriendo la compuerta, la cámara acorazada. Era tan fácil como hacer lo que ella quería. Qué puta de mierda, pero qué afortunado era yo. El más afortunado del mundo.

Me levanté como un resorte, pero inmediatamente me di cuenta de que no era conveniente que me mostrase alegre. Me pareció que Nuria no había advertido mi reacción, y le dije con la cara más seria que pude que lo único que pasaba era que yo había cogido un trabajo en la sección de cine de una revista y que ella se había mojado de la cabeza a los pies. No pudo evitar reírse, pero reprimió la risa al instante. Quería seguir haciéndose la enfadada. Muy bien, veríamos adónde llegábamos en ese tira y afloja. Pero yo ya estaba tranquilo otra vez, con la sartén por el mango.

Le pregunté si estaba celosa, poniéndome tontorrón. Se rió y me preguntó que qué hacía, que yo nunca hablaba así, que con ella no tenía que actuar como con la otra. Me gustaba verla celosa, nunca pensé que fuese una persona celosa. Le dije que la otra era una tía majísima que a ella la apreciaba un montón. Me dijo que era una puta guarra que me quería follar vivo pero que no tenía los huevos de decirlo.

Le di un lengüetazo en la cara, como un perro, y le dije que teníamos que follar antes de que llegasen sus padres. Se secó la cara riéndose, todavía presuntamente enfadada, y me dijo que me fuera con la inglesa. Le dije que estaba seguro de que la inglesa no sabía ni dónde tenía el parrús. Ahí sí se empezó a reír con complicidad conmigo.

Disfrutamos durante un rato ofendiendo a la pava, a quien nos ayudaba a los dos a encontrar nuestros respectivos lugares en el mundo. Fuimos francamente cabrones. Cuanto peor la poníamos, más nos íbamos calentando. Al final le arranqué las braguitas del bañador de un tirón y se las até en la cabeza, vendándole los ojos. La tiré en la cama de un empujón. Le metí el pepino de una sola vez, sin contemplaciones, bien lejos de aquellos preliminares que yo seguía a rajatabla en mis primeras veces, como una tabla de ejercicios.

Gritó como si le hubiera retorcido el brazo. Le di tres o cuatro topetazos, pero le seguía doliendo un poco. Entonces la saqué y se la pasé por las narices. Se incorporó sobre los codos, tumbada boca arriba, como si fuera a beber agua después de una pesadilla, y se la metió en la boca.

Le estuve follando la cara unos minutos. Ella mantenía la cabeza quieta y yo penetraba la

cabeza, como unos niños metiendo un palo en un panal de miel para molestar a las abejas. Me gustaba cómo se le hinchaba el moflete en cada pollazo. Después se la metí otra vez en la vagina. La tía se había ido poniendo a tono y ahora entraba sola. Me la follé durante unos diez minutos. Para ella todo era oscuridad, una oscuridad en la que se la estaban follando.

En un momento dado me dijo que parase y se colocó a cuatro patas. No mantuvo el lomo paralelo al suelo, sino que hundió la cabeza entre las almohadas y levantó el culo. Nunca lo habíamos hecho en esa postura, pese a ser una de las más comunes. A los dos nos gustaba que hubiese mucho contacto entre los dos cuerpos.

A juzgar por cómo gritaba y por lo que decía, le estaba encantando. Yo le azotaba en los glúteos mientras se la metía. A veces me echaba sobre ella y al abrazarla por la espalda, me encontraba con sus tetillas. Le tiraba de los pezones. Parecían tetinas de biberón. Luego, sin soltarla, dejé caer a los dos cuerpos de costado sobre el colchón, y seguí metiéndosela por detrás.

Le empecé a dar realmente fuerte a la cosa. Noté que se excitaba más de lo que en ella era habitual. Dijo que se cagaba en la puta y que si seguía follándomela así se iba a enamorar de mí, como Anne. Le dije, entre jadeos, que a Anne nunca me la había follado todavía, y me dijo que la avisara cuando me la fuera a tirar para espiarnos. Le pregunté que por qué. Me dijo que ella no se perdía cómo la otra se corría como una golfa. Y cuando dijo eso, se corrió.

Capítulo IV

A primeros del mes siguiente me puse con el artículo de cine. Aunque me las quisiera dar de escritor maldito ante mí mismo, me hacía ilusión ver publicado algo con mi nombre en una revista. Me puse música del país del que era el actor, leí relatos cortos de sus escritores preferidos, vi unas cuantas de sus pelis más conocidas y hasta me fui a la embajada de su país en mi ciudad para buscar el teléfono de algún nativo de allí que estuviese por aquí durante el curso académico. La idea era que me hablase por encima del día a día de un sitio como aquél, sus costumbres, la manera de pensar de alguien corriente extraído de allí.

Conseguí dos números: Gladys y Roberto. Roberto se ofrecía para dar clases particulares de matemáticas, física, química o inglés. Gladys se ofrecía para cuidar niños en horario de tarde. Casi mejor llamaba al tío. Parecía que al final yo iba a tener una oportunidad real de ser novio de Anne, y además podría seguirme follándome a Nuria, para qué quería meterme en más berenjenales. Marqué el número de Roberto. Mientras sonaban los tonos y él todavía no lo cogía, me imaginé a mí mismo sentado en una cafetería con Roberto, a quien no había visto nunca.

En mi visualización de décimas de segundo, Roberto era una persona tímida, simpática, un enamorado de la vida, deseoso de agradar a los demás. Estaba calvo, era bastante grueso, llevaba gafas con los cristales un poco sucios, una camisa de manga corta como las de mi padre, pantalones de vestir y zapatones camperos. Llevaba un libro bajo el brazo, una novela con mensaje, o incluso un libro de poemas. Horror.

Descolgó Roberto. Tenía una voz grave. Preguntó un par de veces que quién. Colgué. Llamé a Gladys. Atendió una voz zalamera y musical. Le expliqué en pocas palabras todo lo referente al reportaje, y le dije que no quería robarle más de un par de horas. Me dijo que no tenía tiempo, que tenía que trabajar. Le dije que, si le parecía bien, yo le podía pagar lo que fuera que ella cobraba por una tarde cuidando niños. Me dijo que tampoco sabía qué contar. Le dije que yo tampoco quería información muy específica, sólo charlar un rato.

Yo notaba que se iba quedando sin excusas pero que no quería venir, sencillamente porque no. Quizá no se fiaba, le parecería un poco raro todo el asunto, ella se había anunciado para cuidar niños, a santo de qué le tenían que venir con historias. No quise seguir insistiendo, le dije que gracias, y colgué.

Unos días después le hice llegar a Sofía el artículo. Tardaba en responderme, así que la llamé por teléfono. Yo pensaba que el texto era la polla, pero su tardanza me hizo dudar de mí mismo. A lo mejor no era tan bueno. Mientras esperaba a que se pusiera, me acordé de todas las veces que mi hermana me decía que yo no era nada consciente de mí mismo.

Se choteaba de que yo dijese que estaba cachas. Reconocía que lo había estado hacía años, cuando hacía gimnasia, pero ahora tenía tripilla. Decía que le hacía gracia verme pasar en bañador por la piscina con una cara como de que no quería que se me echasen todas al cuello a la vez, como un famoso de prensa rosa, cuando lo que verían las tías desde sus toallas era a un tío ya algo mayorcete y con algún que otro michelín. También me acordé de mi hermano diciéndome a gritos, durante una discusión, que nunca tendría el talento que tenía él, que dejase de intentarlo.

Al fin se puso Sofía al teléfono. Le dije que sólo quería saber si había recibido el texto y si era

publicable. Me habló con energía, con una voz clara, como siempre. Me dijo que por supuesto que era publicable, que no me había dicho nada porque no había pensado en que yo esperase confirmación, pero que estaba muy bien.

Me sentí un poco tonto por estar ahí preguntándole a mi jefa si estaba bien, como si estuviera en el colegio con el cuaderno de caligrafía delante de la mesa de la profesora. Colgué, me sonreí y me dije que cómo no iba a estar bien. Me frotaba las manos con la mirada ansiosa y perdida.

Llamé a mi padre, que ni siquiera sabía que yo tuviese un contacto en una revista. La noticia lo cogió un poco a contrapié, así que se lo volví a explicar todo desde el principio. Me preguntó que cuánto me pagaban, cosa que me molestó un poco. Lo único que le importaba de mis trabajos era cuánto me iban a pagar.

Se me pasó por la cabeza montar en cólera y explicarle lo que para mí representaba ser escritor, decirle que lo hubiera hecho gratis, o preguntarle que cuánto le pagaban a él. Pero me dije que íbamos a discutir y le iba a amargar un buen momento, porque, pese a su absoluta falta de sensibilidad, él se alegraba mucho de que a mí me pasase algo bueno. Por eso le llamaba siempre, aunque era frecuente que me arrepintiese luego un montón de veces de haberle llamado. De hecho, antes de llamarle estaba seguro de que me iba a terminar jodiendo, pero hacía balance y me compensaba, ya me quitaría yo luego el mal sabor de boca por otro lado.

No le gustaba leer, nunca lo había visto con un libro en las manos. Jamás podría explicarle el volcán que rugía dentro de mí, lo que suponía estar vivo dentro de mi cuerpo, de mi cabeza, desde mis ojos. Él podía desactivar la marabunta que se iba a precipitar por mi boca con una simple pregunta como ésa. Me demostraba en cuatro palabras que hablábamos idiomas totalmente diferentes, que emitíamos en frecuencias distintas. Lo que para mí era verde, blanco o rosa, para él ni siquiera eran colores.

Todo aquello que a mí me hubiera hecho llorar de alegría le pasaba totalmente desapercibido. Cuando intentaba forcejear con él sobre el particular, me decía con tranquilidad, aunque también con algo de suficiencia, que él tenía cincuenta y ocho años, y que cuando yo tuviera su edad vería las cosas de otra manera. Yo le decía que esperaba no ver las cosas como él aunque cumpliera ciento cincuenta años, y él me decía que eso era imposible, que nadie vivía tanto.

Después llamé a Anne. Tal y como esperaba, se puso como unas castañuelas. Yo no podía entender que la gente se alegrase por las cosas buenas que me pasaban a mí tanto como si les hubiesen pasado a ellos mismos. A mí siempre me alegraba más lo que me pasaba a mí, lo de los demás me parecía anecdótico. Me dijo que me invitaba a cenar para celebrarlo.

Me pasé toda la tarde en un extraño estado de satisfacción. Me sentía completado, saciado emocionalmente. No me faltaba nada ni me sobraba nada, estaba en mi punto. El sentido del deber, que siempre me tiranizaba y nunca me dejaba estar tranquilo, estaba como dormido. Sentía que no tenía que hacer nada más, que ya había cumplido con mi parte, que me había desarrollado hasta mi límite, ya no tenía que crecer más ni esforzarme en ningún sentido.

Quizá me conformase con poco, porque al final se trataba de ocho páginas en una revista, pero para mí era el reconocimiento ajeno de que lo hacía bien. Yo había escrito muchas páginas hasta entonces, varios diarios, y las tontinas a las que les escribía siempre decían que les gustaban mucho mis cartas, pero yo siempre escuchaba lo que me decían con conmiseración. Me decía que

cómo no les iban a gustar, pobrecitas mías, si ellas no sabían ni por dónde les daba el viento.

Yo buscaba la aprobación de gente entendida. Era cierto que una tía con una revista de moda tampoco tenía por qué tener mucho criterio literario, pero al final me estaba empezando a ganar la vida con lo que escribía, aunque fuera con muchos matices, que, por supuesto, me esforzaba en pasar por alto.

Cenamos en un restaurante francés. Vivir para ver, yo ahí sentadito haciendo y diciendo todo aquello que siempre había caricaturizado. Anne estaba más guapa que nunca. Y me sonreía sin reservas, puede que por vez primera desde que nos conocíamos. Qué dulce era ahora que estaba mostrándose a corazón abierto. Y qué contraste con el erizo que solía ser, que nunca aceptaba un cumplido, que siempre mantenía a raya a los aduladores.

Fue la primera vez que me pareció realmente femenina. Y eso que siempre se sentaba muy erguida y con las dos piernecitas muy juntas y siempre con esos modales impecables. Pero era la primera vez que se dejaba querer, y también la primera que se depositaba en mí. En realidad, la primera que se depositaba en alguien que no fuera su padre, a quien idolatraba, y a quien probablemente consideraba el auténtico y el único hombre de su vida.

Yo siempre tenía la sensación de que me comparaba con él. Nos comparaba a todos con él. A los que no le gustaban ni por el forro y a los que teníamos motivos para aspirar a ella. Ninguno resultaba ser tan valiente, ni tan íntegro, ni tan apuesto, ni tan fuerte, ni tan maduro, ni tan divertido como él.

Yo evitaba toda comparación, nunca entraba al trapo. Siempre dejé claro que no podía competir con la imagen que ella tenía de él y que no iba ni a intentarlo. Me convenía crearle otro modelo distinto, hacerle ver como fuera que se podía ser atractivo siendo poco apuesto, cobarde, aburrido y un poco hijo de puta.

El primer día del mes siguiente, me presenté en la redacción para recoger un ejemplar de la revista donde venía mi artículo. Ahí estaban puestas formando una columna. Me llevé siete u ocho, y salí a la calle con ellas. Todo era bonito, me resultaba muy fácil ser comprensivo con el pedigüeño que me miraba inexpresivo, y con los que andaban delante de mí tan despacio que me obligaban a dar pasitos cortos. No les adelanté para dar las zancadas que el cuerpo me pedía dar. En cualquier otro momento lo hubiera hecho, y probablemente les hubiera mirado iracundo una vez que les hubiera adelantado. Convertí mis pasitos en un bailecillo, giraba sobre mí mismo y daba saltos sobre un pie. Había empezado la lucha para mí.

Capítulo V

El paso en falso con Gladys me sugirió la idea de probar con pibitas de todas las nacionalidades. Me pateé todas las oficinas de prensa, embajadas, liceos y bibliotecas recopilando teléfonos. Llamaba a tías de los lugares más diversos y les decía que iba a escribir un reportaje sobre el cine de su país, y que si no sería mucha molestia quedar un par de horas para asesorarme.

En algunos casos, tuve que pagar por su tiempo. En otros, mostraban verdadero entusiasmo por ayudarme. Con algunas hubo suerte y mojé. La mayoría me dio largas con educación, e incluso hubo alguna que se puso un poco gilipollitas con que de dónde había sacado el teléfono y con que de qué iba yo y tal. Me volcaba especialmente en la conquista de las que me habían cobrado por la información, un poco por recuperar mi dinero, y también la honrilla. Me jodía que me cobraran, qué insolidarias y qué interesadas.

La vigésima o trigésima con la que contacté era ecuatoriana. Se llamaba Tatiana. Tenía una mata enorme, rizada y espesa de pelo moreno cardado, recogido con un pañuelo. La piel de color café, ojos marrones, labios finos, pequitas. Era anchota, con dos pechos puntiagudos y separados, como dos calcetines vueltos del revés, y un culo gordo, pero todavía con forma de culo.

Se reía a carcajadas con cualquier idiotez que yo decía. Era una risa contagiosa, pero a la sexta o séptima vez me empecé a preguntar qué cojones le hacía tanta gracia, así como por qué relinchaba de esa manera tan brutal.

Me dio una ristra de datos impresionante. Me dije que alguien así de puesto debía ser quien escribiese en una revista, y no un jeta como yo. Lástima que no estuviera nada buena, porque estaba seguro de que si le proponía follar me iba a decir que sí.

Una noche fuimos a ver una peli. A la salida paseamos un rato largo, la noche estaba tranquila y hacía muy bueno. Me daba bastante pereza tomar el autobús nocturno, estábamos lejos de cualquier parada, y no tenía dinero para un taxi. Me dijo que estábamos cerca de su casa, que tenía una colección muy buena de cine hispano que quizá podía complementar todo lo que me estaba contando.

Era un tercer piso y no había ascensor. Subí las escaleras detrás de ella. Vaya patorras gordas, como columnas. La casa era fría, pero tenía algo que hacía que me encontrase a gusto allí. Me tendió una tableta de chocolate con almendras y se dejó caer en un sillón cerca de la tele con una tarrina de helado. Vimos dos pelis sobre militares y políticos, a cuál más insufrible. A la mitad de la segunda yo me estaba quedando frito.

Cuando me desperté vi en el reloj de la pared que eran las tres y media de la mañana. Vi que ella también estaba roque en su sillón, así que me levanté con cuidado y me metí en la habitación vacía. Había una cama individual. Habíamos bebido un poco con la peli y estaba algo cachondo. Pensé en Nuria y lamenté no tenerla a mi lado.

Me desperté sobre las nueve o nueve y media. Estuve merodeando durante unos segundos por el salón. Me gustaba cómo entraba la luz a través de las persianas. Allí estaban todavía los platos y los vasos de la noche anterior. Me vestí rápidamente y ya estaba llegando de puntillas a la puerta

de entrada cuando la oí canturrear mi nombre desde su dormitorio.

Volví sobre mis pasos y abrí la puerta de su habitación. Se giró hacia mí cuando entré, con los ojos todavía entrecerrados y respirando hondamente. Se empezó a estirar mientras me sonreía, con una camiseta rosa de tirantes. No tenía pelos en los sobacos, contra todo pronóstico. Estaba tapada por las sábanas hasta la altura del ombligo. Un corpachón como el de un elefante herido, sobre una cama de matrimonio.

Me preguntó que adónde iba, y que si me iba sin darle un beso. Me senté en el borde de su cama y le pasé la mano por la cabeza. Una cabezota redonda, como una pelota de playa llena de carbón. Se había cortado el pelo hacía un par de días y ahora lo llevaba muy corto, más corto que yo. No me gustaba nada que las chicas llevaran el pelo así de corto.

Me sonreía con esos ojos llenos de vida. Siempre que me sonreía así me sentía como un gilipollas huraño, me sentía culpable por no ser más feliz, tan feliz como ella. La odiaba y la envidiaba. Sonreí yo también.

Le iba a dar un beso en la mejilla, pero ella giró la cara a última hora y se lo di en los labios. Intenté separarme, aunque también me daba pena que ella notase que me quería largar ileso de allí, así que me separaba flojito. Me resistía, pero poco. Ella hacía fuerza para atraerme de nuevo hacia ella con ese brazo de puercoespín.

Me dio otro beso en los labios. Para mí era prioritario que no me metiese esa lengua de caimán. Me preguntó si quería desayunar. Si quería que nos desayunásemos el uno al otro. Era francamente violento. Ella estaba dando por sentado que yo estaba ahí porque me gustaba. Supuse que cualquiera en su lugar lo habría dado por sentado, y que había sido imprudente por mi parte dormir allí. Le había lanzado, sin pretenderlo, una señal que ahora no me atrevía a desmentir para no hacerle daño.

Pero la alternativa de jodérmela, madre mía, no sabía si sería capaz. Hombre, ya me lo había hecho en el pasado con otras pavas que no me gustaban del todo. Cerraba los ojos y me imaginaba que estaba con otra que sí me gustaba. De hecho, siempre pensaba en tres o cuatro a quienes yo había deseado con locura y a quienes nunca había conseguido. En mi fantasía, se me entregaban tan ardientemente como lo estaba haciendo encima o debajo de mí el adefesio de turno.

Todavía estaba debatiéndome sobre el tema, cuando me tumbó a su lado de un zarpazo. Pensaría que era tímido, en lugar de que me parecía más fea que pegarle a un padre. Entonces, sin transición, se arrodilló junto a mi cuerpo tendido y me pasó por encima de la cara la pataza de rinoceronte. Me pareció que se iba a sentar en mi cabeza.

Se puso a rebuscar en mis pantalones mientras me había puesto el chichi en la cara. Me los bajó hasta las rodillas. Me sentí como un lisiado al que la enfermera cambiase cuando se lo había hecho todo encima. Se puso a chuparla con glotonería. Sorbía tan fuerte que parecía que la quería aspirar. Qué ansiedad. Era como un mendigo royendo unos huesos de pollo de la basura.

En cuanto al chocho, olía como un pescado de la semana pasada. Tenía por las nalgas tres o cuatro granos de un color violeta intenso. Cuando los vi, me costó reprimir una arcada. Noté el sabor de la bilis. Me preguntó desde allí abajo si me gustaba lo que me hacía. Lancé un gemido ininteligible para contentarla. Que siguiera a lo suyo, que yo bastante tenía con lo mío.

Sabía que ella estaba esperando que se lo comiera. Apreté los ojos con fuerza. Me imaginé a una jovencita con una melena rubia larga, recogida en una coleta, con vaqueros rajados a la altura de los muslos y la parte de arriba del bikini. Pasé la lengua. Era una superficie áspera, como gres. Se conoce que se habría pasado una cuchilla hacía unos días, preferí no comprobarlo con la mirada.

Me di cuenta de que si lamía y dejaba luego la saliva entre los dientes, sin tragármela, no resultaba tan penoso. Además, aquello no podía durar toda la vida, lo mejor que podía hacer era pasar la lengua unas quince o veinte veces más, sin pensar, hasta que todo hubiera acabado.

Fui contando los lametones. Me acordé de cuando el profesor de gimnasia contaba en voz alta las flexiones que hacía cada alumno delante de todos los demás, el día del examen. Salía allí, al centro del polideportivo, con todos los de la clase sentados en el suelo, mirándome.

Me sentía pequeño, pequeño, en el círculo central de la pista. La voz del profesor era metálica, despojada de toda humanidad. Si no llegabas hasta abajo, no contaba la flexión, y el tío cabrón repetía el mismo número que la vez anterior. Cuatro, cuatro, cuatro. Y uno ahí echando el bofe.

Así estaba yo ahora. Lamía y lamía, pero una voz sarcástica me gritaba por dentro el número siete una vez tras otra. No sabía durante cuántos minutos más tendría que lamer. Empecé a sistematizar el movimiento. Parecía que la lengua estaba pasando ya a ser algo ajeno a mí, un mecanismo como de relojería. Un trenecito eléctrico como los de las películas de navidad.

Al fin, se me levantó de la cara. Aspiré oxígeno hasta el fondo de los pulmones, como si saliera de debajo del agua. Noté la humedad en mi piel, y la luz de la lámpara del techo me hizo achinar los ojos. Era como si me hubieran quitado el saco de la cabeza unos secuestradores.

Giró patosamente por el colchón, como un hipopótamo con un tutú. Cogió mi minga y empezó a zarandearla. Me sorprendió conseguir una erección, pero así fue. Tan pronto como la tuve, se la enchufó para dentro. Con sus manos sujetaba mis muñecas. Era más fuerte que yo, apenas podía moverme. Se restregaba contra la cola. Pensé que en esa vaginaza de yegua no tocaría ninguna de las paredes. Ella tenía una cara de concentración como si estuviera enhebrando una aguja.

No pude soportarlo más. Me corrí brevemente dentro de aquel boquete tragón. Sólo llevaba unos diez segundos dentro, o menos. Fueron apenas unas gotas, una manita llamando a la puerta de un castillo. Después se echó pesadamente a mi lado, como el cuerpo del delito que los gánsteres tirasen en el muelle. Sudaba abundantemente. Me mareé. Le dije que no me encontraba bien, pero apenas me escuchaba.

Le dije que me tenía que marchar ya. Me puse la ropa sobre el cuerpo pringoso. Me sentía derrotado, desmoralizado. Tenía ganas de llorar. Como un atleta que lo había dado todo pero que había perdido, y no tenía ni fuerza ni ganas de hacer declaraciones a los periodistas. Intenté pensar en cosas tristes para poder llorar y compadecerme a mí mismo.

Me acordé de la tarde entera que me pasé dibujando el plano de Asia, con banderas y colores. Seis horas o siete. Me quedó fenomenal. Al día siguiente, el gilipollas del profesor me dijo que qué bien dibujaba mi padre. Me pasé toda la tarde enfurruñado, sin querer contarle a nadie qué me pasaba.

También me imaginé a mis padres muriéndose, y a mí mismo reprochándome amargamente no

haber sido más indulgente y cariñoso con ellos.

Capítulo VI

A la tarde siguiente quedé con Nuria. Sus padres estaban fuera otra vez, benditos fueran. Con ella nunca me andaba por las ramas para follar, ni me perdía en preliminares. Eso me lo guardaba para las pibitas a las que les quería dar alguna imagen ficticia. Para las que era preciso que creyeran que para mí el sexo era algo sano, y cosa de dos.

Con ella podía ser yo mismo, o sea, jugar con mis juguetitos, su coñito, sus tetitas, su culito. Ella era sólo el soporte, el baúl de los cachivaches. También yo era para ella la prolongación de la cola, lo que estaba al otro lado de la picha. Era maravilloso.

Meterme en las sábanas de sus padres fue como volver a comer la cocina de la abuela tras meses de viaje zarrapastroso por el mundo. Me sentí en casa. Cuando me puso el culo en la cara, di gracias de corazón por seguir vivo, por tener la oportunidad de contrarrestar la experiencia anterior. Me lo eché al gznate como un tazón de cereales. Me apeteció incluso que me cagase en la puta cara, aunque no lo dije.

Para ella era un polvo más de tantísimos que habíamos echado, y aunque no había nada mecánico en su proceder, sí que tenía algo de rutinario. Gratificante, pero rutina, como la de un levantador de pesas. En cambio, para mí era el polvo con mayúsculas. Como un paralítico que volviese a andar. Estaba ansioso, me lo notaba, algo acelerado.

La mordía en todas partes, se rió y me preguntó que qué me pasaba hoy. Le dije que la había echado mucho de menos. Que no volvería a pasar tres días sin ella, que necesitaba follar con ella todos los días de la semana. Me dijo que ya podía vender muchos artículos, así iríamos a un hotel. Le pregunté que qué más daba, si sus padres estaban siempre fuera.

Las sábanas olían a suavizante. Me puse la almohada encima de la cabeza mientras me chupaba el culo. No era posible que me estuviese gustando todo tanto.

Al fin, la agarré por los sobacos y la puse boca arriba en el colchón. Me puse encima y se la metí. Sonreí. Vaya vaginita, de muñeca hinchable. Qué diferencia con la de Tatiana. Cuántos polvos le quedaban todavía.

Le di un primer zurriagazo. Me preparé para una larga cabalgada. La saqué casi del todo para lanzarme con el segundo, cuando noté que me corría. Dije que mierda, mierda, mierda, como si se estuviese quemando el agua caliente de la ducha. La saqué y me corrí abundantemente en sus muslos y en la cama.

Se echó a reír y me dijo que qué me había pasado. No dije nada. Miraba la mancha de semen en el colchón. Se incorporó sin mirarme e insistió en preguntarme. Le dije que no tenía ni idea. Se puso a besarme y acariciarme, estaba bastante caliente y quería lo suyo, pero a mí se me había pasado la excitación de golpe con la eyaculación. La aparté con educación.

Comimos sin hacer alusión al tema. Después de comer nos fuimos al sofá del salón. Se me sentó a horcajadas y me empezó a acariciar los pectorales. Me dijo que esperaba que me hubiera recuperado con la comida, porque faltaba el segundo asalto. Me empezó a chupar la oreja.

No me apetecía demasiado, pero se lo debía. Por los viejos tiempos, y por la comida. Le metí

las manos dentro de las bragas por detrás, agarrándola por los glúteos. Luego, moviendo las muñecas y con su ayuda, le quité los pantalones y las braguitas. Se me había quitado la tontería. Se ensartó en mi picha y empezó a restregarse.

Se movió hacia delante y hacia atrás un par de veces. No me lo podía creer, pero ahí estaba otra vez esa horrible sensación de incontinencia. La empujé justo a tiempo de ver salir un poco de semen, pero ya poco y con poca fuerza, un chorrito con más pena que gloria.

Tuve la mala suerte de que, con el empujón, se sentó durante un segundo en la mesa de cristal que había delante del sofá, y al momento se cayó y se dio un culetazo en el suelo. De los que joden: cayó con la rabadilla, a plomo. Por supuesto, se puso de una mala leche que para qué. Se levantó y me dijo que qué coño hacía, y me pegó en el brazo.

Le dije que no quería correrme dentro, y me dijo que la podía haber avisado, que tenía piernas para levantarse, que se había hecho mucho daño. Le dije que lo sentía y me acerqué a ella pero me apartó con desprecio. Se fue a mirarse el golpe en el espejo del baño.

Por supuesto, yo sólo pensaba en mi segunda corrida instantánea. Me acerqué y me enseñó el golpe. Se le había pasado un poco el enfado. Tenía un círculo un poco rojo. Sí, hija, sí, muy triste, pero qué le parecía lo mío. Me pasaban cuarenta cosas por la cabeza.

Yo nunca había tenido eyaculación precoz, había empezado a follar bastante joven, con chicas mayores que yo, y siempre había ido todo como la seda. No sabía qué coño pasaba. Me preguntó que si me había vuelto a pasar. Le dije que a ella qué le parecía. Ahora no se reía, como la primera vez, y no era sólo por el golpe. Se daba cuenta de que a mí no me hacía gracia.

Me abroché los pantalones y me senté en una silla. Me sentía como un gilipollas. Un idiota, tonto del culo. Me intentaba decir a mí mismo que era un cuerpo humano, impredecible y susceptible de fallar, de perder. También me decía que mucha gente no llegaba ni a un cincuenta por ciento de polvos exitosos, y que incluso aunque ahora me pasase otros cuantos años sin poder follar, me quedaría por encima de ese cincuenta por ciento.

Me levanté agitado. No me consolaban mis propias mentiras, la indulgencia nunca me bastaba. Mi trayectoria tenía que ser perfecta, sin mácula. Era horrible ver a la tía ahí al lado con mirada comprensiva, llamando a la paciencia. Eso no podía ser. Eso, para los fracasados, para los perdedores.

Me preguntó que por qué me había quedado tan serio, y tan callado. La miré desde una seriedad y un silencio tales, que bajó la vista. Me dijo que nunca me había visto así. Dijo que hijo mío, que tampoco era para tanto, que a todo el mundo le pasaba. La interrumpí con un grito. Le dije que no quería seguir hablando de eso.

Se me quedó mirando, un poco extrañada. No sabía si reírse. Dijo que era un poco ridículo que me pusiera así. Pasaron unos segundos y añadió, como buscando la gracieta, que ahora que follábamos tan rápido, tendría más tiempo para estudiar.

Me levanté y le dije que me tenía que ir. Me abrazó riéndose, diciendo que no fuera tonto, que de verdad que no pasaba nada, que ya habría más ocasiones, pero no la escuchaba. Me escurrí como pude y me marché casi contra su voluntad.

No dejé de pensar en ello en las siguientes cuarenta y ocho horas. La volví a llamar. Estaba algo seria. Me dijo que sus padres ya estaban de vuelta, que no tenía sitio donde quedar. Le dije que podíamos ir a un hotel, como había sugerido ella. Me dijo que como yo quisiera, que la llamara con lo que fuera. Pero que no me fuera a poner gilipollitas como el otro día. Le dije que no se preocupara, y que lo sentía.

Le pedí a mi hermana el dinero y fuimos a un hotel de cinco estrellas. Ella nunca había estado en uno. Yo, después de ir con unas cuantas tías a pensiones inmundas para parecer bohemio, había empezado desde hacía un tiempo a ir a sitios de alto copete. No había color.

La tía alucinó con el baño, y con la cama. Se revolvió en ella como si estuviera en una pradera. No había rastro de la discusión del otro día. Nos dimos unos cuantos besitos y nos bebimos las botellitas de licor que había en el minibar. Luego dijo que se iba a dar una ducha, que se moría de ganas de probar la bañera.

La llenó de agua y se metió. Era un día de mucho calor. Yo también me metí. Casi me resbalo al meter el pie dentro de la bañera. Se rio. Luego se sentó encima de mí y me siguió besando. Me la estuvo tocando unos segundos. No parecía que me viniese la eyaculación. Sonrió. Se dio la vuelta y se puso a cuatro patas dentro de la bañera.

Me la estuve comiendo desde detrás. El pelo del chichi se había apelmazado con el agua y caía de él un chorrillo de agua discontinuo. Azoté unas cuantas veces los glúteos, y al final le metí la polla. Me puse de rodillas y le abracé la tripa. Di un par de trallazos y me vino el orgasmo. Me corrí en el agua. El semen dibujó formas curiosas, como palomitas de maíz, que se entrelazaron y se fueron hundiendo hasta tocar el fondo.

Nuria se dio la vuelta y me sonrió sin decir nada. Sabía que yo lo vivía como el fracaso de los fracasos. Poco podía decir. Si decía algo, seguro que yo me lo tomaba a mal.

Durante el resto de la tarde y de la noche no volvimos a follar. Ella hizo un par de intentos en dos momentos determinados, pero yo la rechacé. No se ofendió porque sabía que no era por ella, pero vamos, que para eso, comentó cuando apagué la luz, nos podíamos haber ahorrado ese dineral.

Capítulo VII

A la mañana siguiente quedé con Anne. La invité a un desayuno opíparo. Le encantaba desayunar, se volcaba como una hija de puta. Luego almorzaba moderadamente y apenas cenaba. Los días que salíamos a cenar sólo pedía un entrante. Pero en el desayuno no se cortaba un pelo.

Me dijo que me veía realmente distraído, descolocado, ausente. Que no era propio de mí. Que mi estado natural era de alerta. Y de insatisfacción, y de frustración. Pero que me convenía quedarme en ellas, desde ellas sería capaz de crear algo bello.

Yo le dije que una polla, que yo lo que quería era sentirme satisfecho. Pero me dijo que nunca lo estaría, y que era positivo que no lo estuviese, porque seguiría creando más y buscando más, sin detenerme. Me dijo que el inconformismo era lo que más le gustaba de mí. Que hoy por hoy todavía no era más que una promesa, pero llegaría a ser algo, a diferencia de tantos otros más precoces pero que se estancarían sin remedio.

Para ella la vida era una carrera de fondo, y no importaban las alternativas de poder a lo largo de los años, sino quién se mantuviera a flote cuando a los demás ya les entraba agua por todos lados. Dijo que confiaba mucho en mí.

A mí ya me estaba aturdiendo, como siempre. Yo quería gustarle ahora, no que estuviese conmigo porque dentro de diez años yo fuera a ser lo que ella quería. A ver si no se iba a dejar trincar hasta que yo hubiese cristalizado, no me jodas. Además, le dije, yo no quería asumir la responsabilidad de cristalizar, seguro que si luego no sucedía, ella se sentiría estafada por mí, cuando yo no me estaba comprometiendo a nada.

Se echó a reír y me dijo que no me preocupara, que si iba viendo que yo me iba a quedar en nada, haría mutis por el foro sin que yo me diera ni cuenta.

Pagamos y nos largamos de allí. Hacía muy buen día. Me dijo que para dentro de un par de meses ya le podría pedir a Sofía una relevancia mayor en la revista y un incremento salarial acorde. Le dije que ni de coña, que ya bastante había hecho la tía dándome una sección entera en la revista, que eso representaba más confianza de la que yo necesitaba.

Me dijo que la confianza siempre tenía que pagarse, y si no, que cogiese a otro que le sacase el trabajo adelante por tan poco. Siempre me pinchaba, me azuzaba para que no se aprovecharan de mí, pero a mí me daba corte reclamar mis derechos, prefería que abusasen de mí a tener que reclamar.

Nunca nos poníamos de acuerdo sobre eso. Para mí, escribir era la cosa más fácil del mundo, y todo el dinero que me dieran por ello era demasiado para el poco esfuerzo que me suponía.

Pero ella decía que, aunque a mí me saliese solo, era algo objetivamente difícil, y que muchos le dedicarían más horas que yo para hacerlo peor, y que yo tenía que cobrar por esas facilidades que le estaba dando a la tía, que me asignaba los temas con muy poca antelación y en función de la extensión del resto de reportajes de la revista. Que si no me valoraba yo, no me iba a valorar nadie.

Yo no tenía ningún interés en desarrollarme en el sentido al que ella se refería. Precisamente, yo

traía ya de serie tal carga de autoimposición, de lucha intestina por mejorar, de desasosiego, de ansiedad por salir adelante mientras los demás se caían en cualquiera de las vueltas, que no necesitaba más presión desde el exterior. Ni instrucciones, ni pautas.

Todavía no tenía ni zorra idea de lo que quería, pero sabía que lo llegaría a saber en cualquier momento, cuando menos lo buscara. Y cuando lo supiera, encontraría también la forma de llegar a ello. Y entonces nada me detendría.

Se rió, me abrazó y me tocó en el culo. Me sorprendió muchísimo. Lo hizo con naturalidad, como si fuera un gesto muy típico de ella, quizá como lo hubiera hecho Nuria. Yo había esperado que cualquier gesto por su parte con connotaciones sexuales tuviera algo de forzado, de postizo. Pero no.

Mientras lo hacía, me dijo que lo que más le atraía de mí era lo ingenuo que era. Que era a la vez como un vaquero del lejano oeste y un niño en una habitación llena de juguetes. Lo normal era que yo me hubiera enfadado con su condescendencia. Ése sí que era uno de sus rasgos característicos. Sin embargo, me había puesto cachondo. Me tenía acostumbrado a tan poquita cosa, que cualquier tontería hacía correr la sangre por mis venas. Por las del escroto en particular.

La agarré por los hombros y la lancé contra la pared. Se sorprendió un poco, me miró algo desconcertada, pensando que ya me había enfadado otra vez, pero que me había pasado un poco al empujarla. Le metí la lengua hasta el fondo de la boca. Se resistió instintivamente, pero al momento se dejó ir.

La besé un rato largo. Fue como cuando salía de noche con dieciséis años y besaba a una chica. Qué sensación de conquista y de heroicidad. Y también de intimidad con ella. Con los años, los besos en la boca perdían importancia, todos íbamos directamente a comerle al otro los recovecos.

Sin embargo, ésa era la palabra. Nunca me sentí tan a solas con la pava, ni me pareció que me dejara llegar tan lejos, tan dentro de ella, como aquellas chavalas a las que les metía la lengua y que sabían a ron con limón.

Besaba francamente bien, superando mis expectativas más optimistas. Una lengua flexible y que trazaba formas azarosas. Y unos labios muy suaves. No me gustaban las chavalas que hacían círculos con una lengua tiesa como una brocha. Me armé de valor y la agarré del culo. El no ya lo tenía. Si me tenía que cruzar la cara, que lo hiciera. No lo hizo.

Joder, qué culito, amigo mío. Muy distinto del de Nuria, pero también espectacular. Blando, de tía. El de Nuria, como hacía tanto deporte, se hubiera podido utilizar como pisapapeles. Éste era suficientemente flácido como para llamar a la voluptuosidad, sin estar fofo en absoluto. Perfecto. Tampoco se lo sobé a saco, como cuando ya tenía confianza con una tía y me tomaba la licencia de dejarla a ella a un lado para jugar yo solo con el trasero. Me limité a agarrarlo, respetando la integridad de la tía. Era lo máximo a lo que podía aspirar por el momento.

La abracé y le pregunté al oído que cuándo íbamos a hacer el amor. Me cachondeaba con mis amigos de esa expresión, pero con ella no tenía alternativa. Si le hubiera preguntado que cuándo íbamos a joder, me hubiera dicho que era un café, y habríamos acabado discutiendo. Me acarició la nuca y me dijo que antes de lo que yo pensaba, que me lo prometía. No me lo creí, pero me gustaba oírlo.

Capítulo VIII

Durante semanas y semanas no supe nada de Nuria. Siempre que me masturbaba pensaba en ella, recordaba cerdadas que me había dicho, o me la imaginaba con cualquiera de sus mil modelitos, o sin ninguno de ellos. Un día me la encontré por la calle. Iba con un chaval de su edad. Hizo como que no me había visto, aunque estaba claro que sí.

Un par de noches después estaba tomando cerveza negra con Santi y Gérard en una taberna irlandesa del centro. Santi decía que tenía que tener los cojones de ir a por Anne sin dudarle, y dejar de hablar ya de Nuria. Yo le decía que eran cosas distintas, que el asunto de Anne progresaba por sí solo, a una velocidad y un ritmo determinados, como un barco.

En ese momento entró Carmen en la taberna. Iba con otras tres chicas. Carmen también escribía en la revista de Sofia, era la redactora jefe. Era una mujer algo mayor que nosotros. Treinta y pocos. Melena larga negra, ojos oscuros, rasgos duros, piel muy blanca. Culo grande, de mujer. Y vestía como una mujer, en lugar de como una chica. Trajes de vestir, camisas blancas, botas, una cadenita de oro.

A Santi y a Gérard les encantó. A mí me gustaban más las chicas jóvenes, vaqueros, jerseys, calcetines de lana blancos, diadema, mochila.

Se acercó a nuestra mesa mientras las demás ocupaban otra. Me puso la mano en el hombro. Me levanté a darle dos besos. Me sentía como un becario ante ella. Sin embargo, por cómo hablaba se notaba que respetaba mis artículos de cine, le parecían buenos. Me trataba de igual a igual, aunque yo me sentía como cuando me hablaba la novia de mi primo mayor.

Me preguntó si nos apetecía sentarnos con ellas. A mí me daba un poco de cosa, seguro que hablaban de presupuestos y facturas. Finalmente fuimos, aunque algo renqueantes, mirando al suelo. Carmen nos presentó a todos.

Las tías nos sonreían. Santi se puso a hablar. El tío era bastante gracioso cuando se ponía un poco nervioso y cuando veía que era el centro de atención. Se descojonaban, se notaba que se reían de verdad, con lo que contaba. Para ellas era un rato refrescante tras horas haciéndose las adultas.

Una de las amigas dijo que iba a mear. Me la imaginé meando, los pantalones de pinzas por las pantorrillas, las bragas de mujer echadas hacia un lado y la tía de pie ante la taza, con las rodillas ligeramente flexionadas. Un buen felpudo, vaya que sí.

A la mañana siguiente me tocaba ir a la revista para entregar el texto del siguiente reportaje y la factura correspondiente. Me asomé al despacho de Carmen y le sonreí. Levantó la vista y me sonrió también. Me preguntó que si podía hablar con ella un segundo antes de marcharme. Le dije que ahora era un buen momento. Pasé y entorné la puerta.

Me dije que ya había pillado, que me la iba a follar en el mismo despacho, que había vuelto el hombre. Yo evitaba, incluso ante mí mismo, la cuestión de la eyaculación precoz, huía hacia adelante sobre el particular, como si esperase que el día menos pensado echaría un polvo y tendría de nuevo control sobre mí mismo.

Carmen me dijo que a su amiga Laura le había interesado mi amigo Santi, que si tenía pareja. Me reí para mis adentros. Parecía que estuviésemos hablando de negocios. Ella lo preguntaba de lo más seria, como si preguntara si era viable tal o cual operación en la actual coyuntura económica.

Sonreí y le dije que no tenía, y que, de hecho, él también me había dicho a la vuelta que ella era muy atractiva. Era mentira. En realidad, yo ni siquiera estaba seguro de cuál de las tres amigas era Laura.

Había una que era espigada, con la cara también alargada, el pelo lacio y una vocecita infantil. Se mantenía en su sitio, había aprendido a ser firme sin tener que imponerse, infundía respeto desde su dulzura. Uno no dudaba de que era una señora, no tenía que reivindicar su puesto para que todos le hicieran hueco instintivamente.

Se notaba que era muy emotiva, de las que lamentaban el poco tiempo que dedicábamos a nuestros mayores. Seguro que lloraría con una peli sobre el cáncer, y que no te abandonaría cuando todo te fuera mal. Era alguien a quien querría uno como compañera, pero con quien quizá te daría vergüenza ser grosero en la cama.

Otra de las mujeres tenía dos tetas redondas, opulentas. Tenía el pelo moreno rizado, tupido. De cara no era guapa. Era una pava de pocas palabras, pero me daba que follaba como una coneja. Supuse que a mi edad se habría andado con más tonterías, pero a la suya no dejaba títere con cabeza, se follaba sin compasión a todo aquél que se le pusiese en el camino. Estaba seguro de que sería estupenda, gritaría desde el coño y luego se ducharía con una esponja exfoliante.

Y la tercera era la más campechana, yo estuve hablando con ella casi todo el tiempo. Tenía la nariz aguileña y los ojos saltones, pero resultaba muy simpática, y tenía muy buen cuerpo, pese a ser la mayor de todas. Tenía treinta y ocho tacos, nada menos. Se reía sin parar, y me ponía la mano en mis manos, en mis hombros, en mis antebrazos. Me llamaba yogurín.

Cuando nos despedimos, me acarició la nuca mientras me daba los dos besos. Quizá me la hubiera tirado en un viaje largo por el desierto, una caravana polvorienta. Pero no me parecía alguien muy de fiar, me resultaba algo zalamera, no sabía por qué.

Le pregunté a Carmen si Laura era la de la vocecita. Me pareció más prudente que preguntar si era la de las tetas. Se rió y me dijo que sí, que era actriz de doblaje. Le dije que qué coincidencia, que Santi estaba en la escuela para ser actor. Me extrañó que la noche anterior no hubiesen hablado de eso.

En ese momento se asomó a la puerta del despacho otra compañera, golpeó con los nudillos, pidió perdón y saludó a Carmen. Le dijo que ya salía, que volvería a última hora, que a ver si luego ella seguía allí y podían tomarse algo. Le preguntó que qué tal el enano, y Carmen dijo que bueno, bueno, bueno, que comía como un animal y que era muy espabilado.

Enterarme de que tenía un hijo fue el dato definitivo para desentenderme de ella. Si tenía hijos tendría también marido. Y si no lo tenía era mucho peor, tener que sentarte ahí al lado del bebé y sonreírle y hacer muecas. No me jodas. Las dejé con la charla y me fui al despacho de Sofía a entregarle lo que traía.

Capítulo IX

Por la tarde me llamó Tatiana. Me preguntó si me apetecía que nos viéramos. Ya le había dado varias excusas las semanas anteriores. Me daba pena evitarla por más tiempo, así que quedamos para la mañana siguiente.

Me senté en su sofá, igual que unas noches antes con las pelis hispanas. Eran las once de la mañana. Pese a mis buenas intenciones en el momento de quedar, una vez en su piso me encontraba incómodo, la evitaba dentro de lo posible. Estábamos sentados en sofás distintos, y no la miraba a los ojos al hablar.

Me estaba contando no sé qué tontería de los bebés que tenía su hermana. Eran gemelos, pero uno parecía más despierto que el otro. Entonces me preguntó si yo tenía ganas de tener hijos. Le dije que era algo que no me planteaba, que lo veía como algo muy lejano todavía, aunque no lo descartaba en un futuro. Se le escapó una risotada nerviosa, que reprimió.

Me dijo que ella tenía bastantes ganas de ser mamá. Que hacía tiempo que lo estaba buscando. Me dio un calambre en las lumbares. Me salí del fondo del sofá, me quedé en el borde, encorvado hacia delante. Ahí sí la miré a los ojos. Se le habían llenado de lágrimas. Me dijo que estaba embarazada, y se levantó para estrecharme entre sus brazos.

Me dije que era clave mantener la cabeza fría. Autocontrol, fuerza mental. Conservar la calma cuando el cuerpo se desequilibra sobre el alambre. Ninguna situación era lo bastante adversa como para que no pudiera voltearse si uno no se dejaba obstruir.

Como se me ocurriera cometer alguna gilipollez como montar en cólera y preguntarle que por qué coño no había tomado precauciones, todo se podía poner peor. Tenía que conseguir que ella no quisiera tenerlo. Y que no fuera por imposición mía. Si me ponía farruco, podía tener el bebé sólo para joderme, para demostrarme que no me tenía por qué hacer ni caso.

Se notaba que sería de ésas, de las que tendrían el hijo solas y luego le dirían que su padre no había querido tenerlo. Le pasé otra vez la mano por la cabeza. Aún seguíamos abrazados. Se separó y me miró otra vez con esa humanidad. Me dijo que se alegraba de que hubiera reaccionado tan bien. Que había esperado que pudiera ponerme hecho un animal, a gritar o incluso a pegarla.

Le dije que claro que no, hombre, que no iba a hacer nada de eso.

Seguimos abrazados unos instantes. Yo no iba a tomar ninguna iniciativa porque sabía que hiciera lo que hiciera iba a ser una idiotez. Que saliera el sol por el oeste si era preciso. Sonó el teléfono. Lo cogió y estuvo hablando en inglés con la persona que llamaba. Cuando llevaba un par de minutos hablando, me levanté y le dije en bajo que me tenía que marchar.

Le dijo al interlocutor que esperase. Me acarició con ternura y me dijo que luego me llamaba. Me dio un beso en el moflete. Salí a la calle. El día más triste. Lamenté no haber disfrutado más de todos los segundos de mi vida, mientras había tenido ocasión. Me venían a la cabeza diversos tópicos sobre la felicidad.

La había jodido bien, nunca mejor dicho. A ver qué coño les decía a mis padres. Y a Nuria. Y a

Anne. Pero bueno, a ellas que les dieran por el culo. Mi padre se arrancaría con un largo discurso en voz queda y mirando al suelo, sobre que teníamos que estar todos unidos y tal. Mi madre me daría un bofetón. Se agitaría en ese cuerpo magro. Ya sentía su cólera. Esos ojillos hundidos en la calavera lanzando chiribitas.

Yo no quería tenerlo, lo tenía más claro que el agua. Probablemente no hubiera querido tampoco si yo hubiera estado enamorado de la pibita, pero es que la actual me repugnaba. No era que temiese que mis sentimientos se pudiesen enfriar, o que me fuese indiferente. Es que no podía mirarla sin que me entrasen ganas de vomitar. De morirme.

Por no hablar de que no estaba preparado para ser padre. Ni por el forro. No me jodas, si era incapaz de pensar en nadie que no fuera yo mismo, cómo coño iba a supeditar mi vida a un bebé.

Esa tarde quedé con Santi y con Gerardo. Cuando les conté lo sucedido se creían que era una de mis coñitas. Yo siempre contaba mis batallas absolutamente hierático, sin gesto ni emoción algunos, como un busto parlante, una cabeza de piedra ahí largando, sin cuerpo debajo. Y con un montón de datos.

Pero esta vez había en el fondo de mis palabras un poso de angustia, un grito de ayuda ahogado. Me sentía estúpido pidiendo consejo, casi no quería que se me notara que lo pedía, pero es que no tenía ni puta idea de qué hacer.

Hablamos durante horas. Suponía poner fin a todos los sueños y proyectos a los que había estado dando forma desde hacía años. Mi vida cambiaría drásticamente. Tendría que ponerme a trabajar. Y lo que ganase tendría que dejarlo en la casa de la ecuatoriana.

Nunca más beber, nunca ligar ni follar con nadie más, ni, por supuesto, escribir. Por no hablar de que tendría que mudarme a vivir con ella.

Se acabó lo de la vida fuera de las convenciones, lo de hacer siempre lo que me saliera de las pelotas. Quizá intentaría obligarme a que nos casásemos. Probablemente tendría que madrugar, y desde luego tendría que bajar la cabeza cuando al jefe se le pusiese en los cojones cualquier cosa porque necesitaría el trabajo porque necesitaría el dinero porque tendría que mantener a otras dos personas.

Habría que aclarar si la tía pensaba trabajar, o si encima se quedaría en casa con la criatura y yo tendría que dar el do de pecho. Santi estaba convencido de que la gorda lo había organizado todo para atrapar me. Obtendría la nacionalidad y luego la custodia y luego una pensión vitalicia, decía. Ella misma había dicho, continuaba, que llevaba tiempo deseando, e incluso buscando, quedarse embarazada.

Santi se enfadaba un poco con lo ingenuo que yo era, según él. Pero no tanto, aparentemente, por la putada que me había pasado a mí, como porque yo representaba la derrota de los hombres ante la manipulación de las mujeres. Le daba rabia que yo no cumpliera con mi parte en las olimpiadas de hombres contra mujeres, en la carrera de relevos.

Gerardo trataba de buscar soluciones. Siempre se mostraba más cabal que nosotros dos. Decía que no teníamos que dar por sentado que ella quisiese casarse, ni que quisiese que criásemos al bebé entre los dos. Ya puestos, ni siquiera estaba claro si ella quería tenerlo.

Pero Santi decía que estaba claro que querría, y que en menudo embolado me había metido.

Capítulo X

No me quedaban más cojones que darle a entender que yo, si mi opinión podía ser tenida en cuenta, no lo tendría. Como me anduviese con las tibiezas de siempre, estábamos jodidos. Tenía que ser claro, aún a costa de que se pudiese molestar, o de que pudiese pensar mal de mí. Cojones, era una decisión que iba a marcar el resto de nuestras vidas.

El mismo niño no se merecería un padre que no quería ser padre, y desde luego ella tenía que saber a qué atenerse en lo que a mí respectaba para tomar una decisión. Mi postura podía condicionar la suya. Quizá sólo lo tendría si yo también quería. Ojalá que su idea fuera ésa.

A la mañana siguiente volví a su sofá una vez más. Quién sabía, quizá en unas semanas yo estuviese viviendo allí y ese sofá fuera el mío. Desde allí vería los partidos, las películas. La rodearía con el brazo mientras se quedaba dormida. Le preguntaría si quería que nos fuésemos ya a la cama. Si al menos pudiésemos pasar sin follar, podría llegar a engañarme a mí mismo.

Hablamos de banalidades durante un par de minutos. Finalmente se sentó a mi lado, me sonrió, me cogió las manos y me dijo que le parecía que teníamos que tener cierta conversación. No me hice el tonto, contrariamente a mi costumbre, y le dije que sí. Me pidió que fuera sincero, y que le hablase sin tapujos.

Joder, con lo poco que me costaba eso en tantas otras circunstancias, y qué difícil era ahora. La miré a los ojos. Ella podía sentir mi miedo y se compadecía de mí de corazón. Se lo agradecí para mis adentros. Le dije que yo no era quién para sugerirle si debía tenerlo o no tenerlo, pero que, si quería que fuera sincero, yo no me sentía preparado para ser padre.

Me dijo que eso era normal, que a todo el mundo le entraba el canguelo cuando venía un cambio de esa magnitud, pero que había que confiar en las propias capacidades y en la fuerza que proporcionaba el saberse juntos.

Me escamó eso de que estábamos juntos. Tensé el culo y me lancé de cabeza, con los ojos cerrados. Le dije que yo tampoco pensaba que estuviésemos juntos, ni quería que lo estuviésemos, que lo que había pasado había pasado porque yo había tomado una copa, pero que no tenía intención de formar una vida de familia.

Me sonrió con benevolencia y me dijo que ella era una persona muy intuitiva, y que desde el primer momento había sabido que formaríamos una buena dupla. Que el amor brotaría del conocimiento, que cuando empezásemos a pasar tiempo juntos y a compartirlo todo, y siendo, como éramos, dos personas estupendas, no podría ser de otra manera sino que acabase surgiendo entre nosotros un afecto sincero.

Me dijo que podía instalarme primero en el cuarto vacío e ir buscando un trabajo con calma, que no me sintiese presionado, que ella tenía un buen sueldo y que no había ninguna prisa.

Madre mía de mi vida, qué cantidad de tonterías. Que no me sintiese presionado. Me estaba obligando a ser cada vez más sincero, me ponía entre la espada y la pared. Y cuando me ponía sincero, podía ser un poco hijo de puta. Me dio miedo mi propia boquita. Le dije que no quería hacerle ningún daño en absoluto, pero que yo no había sentido nada de eso, y eso que yo también era bastante intuitivo.

Como no parecía darse por enterada y la tensión contenida se me estaba convirtiendo en impaciencia, la interrumpí en su siguiente intervención y le dije, ya subiendo un poco el tono, que mirase, que a mí ella no me gustaba, que yo no quería vivir allí, que todo había sido un embrollo. Se calló. Le dije que no me malinterpretase, que yo la apreciaba muchísimo, y que admiraba la bondad con la que me estaba tratando. Pero que era preferible ser claro, como ella decía.

Ahora me estaba viendo y escuchando. Ya no pasaba por encima de mis dudas y mis tartamudeos, como una madre haría con su hijo al tomarle la lección. Ahora estaba a mi misma altura, y era, por vez primera, vulnerable con respecto a mí.

Le dije que yo no sentía nada por ella, y que estaba seguro de que no lo sentiría nunca jamás, aunque pasasen cien años. Me dijo, ya con menos entereza que en los momentos previos, que eso no se podía saber, que no me anticipase a los acontecimientos. Le dije que estaba segurísimo. Y que no me sentía atraído por ella, que nunca podría volver a hacer el amor con ella.

Me miraba fijamente. Había pinchado en hueso. Le estaba haciendo daño. Pero no parecía haber otro camino. No estaba siendo nada fácil para mí, pero que nada fácil. Tragué saliva. Me dijo que no fuera idiota, que si nos habíamos acostado la otra noche, que nos podríamos seguir acostando tantas veces como fuera. Y que también en ese campo llegaríamos a compenetrarnos.

En ese momento me di cuenta de que también para ella el polvo había sido una mierda. De lo contrario, no pensaría que había habido falta de compenetración. Me vino a la garganta toda la rabia contenida contra Nuria, que se había marchado de mi lado en cuanto había dejado de follármela bien.

No había vuelto a llamarme desde aquella noche del hotel. Ni yo a ella, pues sólo faltaba. Me enfadé con todas las mujeres del mundo que se meten con los hombres que no follan satisfactoriamente. Se esfumaron mi compasión y mi prudencia.

Ahora ya me daba igual que sufriera. Que le dieran por el culo. Le dije que lo pensase, que si quería tener el niño me parecía estupendo, pero que yo no quería tener nada que ver. Que todo había sido un malentendido, una pesadilla.

A los dos días me llamó para que fuese a verla. Me recibió seria, aséptica, como una psicóloga. Me dijo que había tomado una decisión. Y que estaba segura de que era lo que yo quería también, aunque no hubiese tenido los *bemoles* de decirlo. Que mi hijo no iba a nacer. Aquéllas fueron sus palabras.

Me quedé mirando hacia donde estaba ella sin mover un músculo, pero por dentro gritaba como si me acabase de fugar de la cárcel. Me entraron ganas de dar una voltereta lateral por el salón. Le pregunté, muy serio, si estaba segura de lo que decía. Me dijo que completamente. Estaba un poco cortante, era la primera vez que lo estaba.

Me dijo que apelaba a mi madurez, y que esperaba que aportase, porque lo que iba a hacer no era gratis. Yo dije que por supuesto. Yo no tenía ni para pipas, aunque eso era otra historia. De momento había que salvar este primer *match-ball*. Le dije que contase conmigo, y no sólo en lo económico. Le di un abrazo.

Abrazaba su sabia decisión, su cordura. Abrazaba que la moneda había caído del lado al que yo había apostado todo lo que tenía. Abrazaba la vida que se me abría por delante de nuevo. Me

sentía como si hubiese escapado con leves magulladuras de un incendio.

Me despidió con severidad, como si yo fuera un preso al que acaban de indultar. Salí a la calle pero estaba sobre aviso, amonestado. Libertad bajo fianza. Antecedentes.

Llamé a mi hermana desde una cabina. Le conté todo en cinco minutos. Ella no paraba de decir palabrotas en cada una de mis pausas. Después le pedí el dinero. Le dije que se lo devolvería en cuanto me fuera posible, aunque yo no tenía más ingreso que el de los artículos de la revista. Tendría que escribir muchos artículos.

Me dijo que no le gustaba nada tener que prestar dinero para una causa que aborrecía. Pero que se daba cuenta de que si no me lo dejaba ella, lo tendría que pedir en otro sitio, o incluso robarlo. Me halagó que me creyera capaz de robar. Yo nunca hubiera tenido el valor necesario para hacerlo.

Capítulo XI

Pasé dos noches seguidas fuera de casa. Siempre trataba de evitarlo, porque mi madre se empezaba a hacer suposiciones, a cada cual de peor gusto. Fueron la noche anterior a la intervención, y la posterior.

Hice un pequeño petate y me presenté allí. Le dije a mi madre que me iba dos días con Gérard a su casa del pueblo. Aparentemente, se lo creyó.

Cuando entré en la casa, parecía un velatorio. La televisión estaba puesta y Tatiana estaba sentada delante de ella, pero no le prestaba atención.

Era un concurso de preguntas y respuestas. Yo lo había visto alguna otra vez. El concursante estaba ante la última prueba. Si la superaba, se llevaría un montón de dinero. Todos en la tele estaban muy emocionados, y, por contraste, Tatiana parecía más triste aún. Me pareció mucho mayor que las demás veces.

Me preguntó si quería cenar. Le dije que ya había cenado, aunque no era verdad. Ella estaba comiéndose unas patatas fritas y bebiéndose una cerveza. Me senté a su lado. En la televisión, el pavo ganó el gran premio. Todos se abrazaban y gritaban de alegría. Los dos lo mirábamos en silencio. No me atrevía a hacer ningún comentario.

A los pocos instantes, se levantó y dijo que ya se iba a acostar. Que si yo quería quedarme viendo la tele, no había problema. Que ahí estaban las películas, y señaló una estantería. Era como si no me viera a mí tampoco. Le dije que yo también me iba a acostar, que estaba muy cansado. En otro momento, me hubiera puesto hasta arriba de comida y luego hubiera visto un par de pelis, pero las circunstancias imponían que tocaba hacerse el triste, el que no tenía cuerpo para una cosa ni para la otra.

Nos metimos en la cama y apagó la luz. Quizá yo también estuviera más triste de lo que me quería reconocer a mí mismo. Entraba en la habitación un poco de luz de una farola cercana. Dibujaba dos triángulos en el techo negro. Los estaba mirando cuando la oí llorar a mi lado. La abracé. Fue la primera vez que lo hice de corazón. Se dejó abrazar, aunque no tenía siquiera energía para corresponderme.

Ella, que siempre era un volcán afectivo, que siempre me hacía sentir como una comadreja enroscada sobre sí misma, y ahora estaba ahí hecha una piltrafa. Me sentía terriblemente culpable. Qué fácil sería todo si para ella fuera fácil abortar.

Seguimos abrazados un largo rato. Yo no encontraba palabras para susurrarle. Me limitaba a pasarle la mano por la cabeza y darle pequeños besos en la cara, lo menos lascivos que podía. Por momentos, me dio un poco de miedo que me malinterpretase y me intentase besar en la boca, pero enseguida comprendí que su mente estaba en otra parte muy distinta.

Al fin se durmió, o al menos dejó de llorar. Me fui escurriendo sin hacer ruido hacia la otra parte del colchón, y me quedé callado como una perra en la oscuridad, desvelado, confundido.

Se levantó varias veces para ir al baño. Yo la escuchaba con los ojos cerrados, pegados. Una de las veces, me pareció oírla vomitar. Le pregunté un par de veces si se encontraba bien, sin

moverme de la cama. No me respondió, quizá no me oyó.

Cuando me desperté, eran las siete y media de la mañana. Me sentía como cuando mi madre me vestía con ademanes bruscos para llevarme al colegio, sin hablarme. Como una dependienta de una tienda vistiendo sin ganas al maniquí del escaparate.

Me levanté renqueante y encontré a Tatiana en la cocina con un aspecto horrible. Me preguntó que qué tal había dormido, y le dije que muy bien. Le comenté que me había parecido escucharla y le pregunté si se había tenido que levantar. Me contestó que no había sido su mejor noche. Se echó dos cucharadas de café en polvo y añadió que tampoco iba a ser su mejor día. Luego me preguntó si prefería acompañarla a la clínica o quedarme en casa.

Obviamente, se esperaba de mí que la acompañara. Pero no podía apetecerme menos. Me imaginaba un sitio aséptico, esmerilado. Unas enfermeras sin cara y sin corazón. Un montón de gente asustada en la sala de espera. Erráticos, equivocados, nerviosos. Me iban a robar toda la energía, las ganas de vivir. Era mejor no ver nada, no saber nada. Que todo se solucionase, se cancelase y se archivase.

Le pregunté que qué prefería ella. Le dije que si me quería a su lado, yo iría. Pero ella vio en mis ojos que mentía. Me dijo que no pasaba nada, que ya iba ella. Le pregunté que qué quería decir, haciéndome el tonto. Ella abrió la puerta, pero yo la sujeté. Me hice el irritado y le repetí que si ella quería, yo iría con ella. Para mis adentros, deseaba que no cediera, que se mantuviera en su decisión de irse sola. Así fue, se largó y cerró tras de sí.

Abrí la puerta. Todavía estaba bajando la escalera. Le pregunté si quería dinero para un taxi. Dijo que no. De todas formas, yo no tenía nada. Me volví al sofá. Bueno, un nuevo paso. Todo se estaba solucionando por sí solo, sin grandes complicaciones para mí.

Estaba adormilado cuando entró. Caminaba con dificultad. Me dijo que se iba a tumbar. La acompañé arrastrando los pies hasta su habitación. Se tendió muy despacio, aspirando con los dientes apretados. Me tumbé detrás de ella y la abracé. Le pregunté si le dolía mucho. Me dijo que no. Bueno, que un poco. Pero que le habían dicho que el dolor iría remitiendo poco a poco, hasta desaparecer en unos días. Yo no quería hacer ninguna pregunta directa. Esperaba que ella hablase, contase algo, pero no soltaba prenda. Así que me quedé ahí tumbado hasta que se durmió.

TERCERA PARTE

Capítulo I

Aún la vi dos o tres veces más. Fuimos espaciando las citas, hasta que dejaron de tener justificación. Cuando la vi totalmente recuperada, supe que no volveríamos a vernos. La última vez, estuvimos viendo una película y no lo pasamos mal. La escuché reírse de nuevo, después de tanto dolor.

No parecía guardarme rencor. Era yo quien estaba molesto conmigo mismo. A mi juicio, ella tenía motivos para sacarme los ojos. Yo estaba en la puñetera luna. Siempre se me calentaban la cabeza y la boca con que yo iba a poner patas arriba el mundo literario, con que iba a marcar un antes y un después en las vidas de todos los que leyesen mis novelas y mis columnas. Me señalarían con la cabeza por la calle, se darían un codazo y susurrarían cuando me cruzase con ellos.

Y, sin embargo, mi entidad como persona quedaba ahora al descubierto. Mi *espesor*.

Me acordaba de cuando, de pequeño, mi madre siempre nos decía que no bastaba con que sacásemos sobresalientes en todo. Que mirásemos a los vecinos, que no serían tan brillantes, pero abrían la puerta a las señoras y decían buenos días y eran un orgullo para su madre porque estaban muy bien educaditos.

Yo era lo peor. No me enteraba ni del nodo. En momentos cruciales, como el que acababa de venir, era donde se demostraba la dimensión de cada cual. El presunto héroe se revelaba villano, y el villano, héroe. Mi vida transcurría delante de mis narices mientras yo estaba borracho de una gloria y un prestigio que no habían llegado todavía. Y no había ninguna garantía de que fueran a llegar en algún momento, en realidad.

Yo nunca contemplaba la posibilidad de que mis sueños no se cumplieren. Los daba por hechos, ya me comportaba como alguien que iba a ser importante antes de haber dado ninguna muestra de que lo sería alguna vez. Por otra parte, ni siquiera se me ocurría revisar mi propio concepto de la importancia. Era verdad que no era nada consciente de mí mismo.

Tenía muchas dificultades para relacionarme con la gente. Era tosco, torpe, estaba nervioso. No soportaba estar en una reunión de más de tres o cuatro personas. Me inhibía, no aguantaba que me mirasen, que me preguntasen. Me preocupaba especialmente que alguien pudiera contar un chiste y todos tuviéramos que reírnos mirándonos unos a otros. Estaba tan agarrotado que era incapaz de reírme. Como no llevase dos copas, imposible. Y puede que ni aún así.

Pero en mis ensoñaciones, que me absorbían por completo, estaba a pocos años de convertirme en alguien absolutamente irrechazable, un dechado de curiosas y atractivas cualidades que despertarían la curiosidad del resto sin excepción. Todos me preguntarían que cómo me las había apañado para perfeccionarme tanto en tan pocos años, y yo contestaría con falsa modestia que había trabajado mucho, pero que tampoco era para tanto, que todavía quedaba mucho que hacer.

Ni que decir tiene que entre esas supuestas tareas nunca figurarían las de pensar más en los demás, interesarme por ellos de verdad, escuchar sus anhelos y sus preocupaciones, aprender a ponerme en su lugar. Más bien se trataría de saber más idiomas, visitar más países, tocar otros instrumentos musicales, probar nuevos sabores o conocer costumbres pintorescas.

A los pocos días de lo ocurrido con Tatiana, que era como yo me refería al tema, fui a la revista a entregar el siguiente artículo y Carmen me dijo que me veía muy serio, que si me pasaba algo. Tenía unas tetas gordas que se apretujaban debajo de su jersey color beige.

Le dije que no estaba pasando por un buen momento. Iba a jugar la baza del misterioso atormentado, la que llevaba trabajando desde los veranos adolescentes en la playa. Nunca fallaba. Le pregunté con una cara hasta el suelo que a qué hora salía a comer, y me preguntó si era grave. Le dije que no, pero que era verdad que necesitaba hablar.

Al salir a la calle, llamé a Anne y le dije que esa tarde no iba a poder verla, porque tenía que acompañar a mi madre al aeropuerto a recoger a mi hermano. Me preguntó que para qué tenía que ir yo. Me hice el enfadado y le dije que porque quería ver a mi hermano. Me dijo que no era para ponerse así, y le dije que siempre me parecía que ella no quería que me preocupase por mi familia. Que la familia para mí era lo más importante, y que me daba la impresión de que ella no lo respetaba.

Colgó algo molesta, pero yo sabía que la siguiente vez que hablásemos me pediría perdón, se habría echado la culpa de la discusión. Luego, la reconciliación sería dulce.

Ya iba yo encontrando sus puntos flacos. Incluso alguien aparentemente bien construido, como ella, los tenía. Para mí, siempre se trataba de encontrar los de la chica de turno antes de que ella encontrase los míos. Lo importante era tener la sartén por el mango, nunca estar a su merced.

Doblé a la izquierda, camino de mi parada de autobús. Era mediodía. Tenía que hacer tiempo durante un par de horas hasta el momento de comer con Carmen. Me quedaba un poco de dinero, con el que confiaba en poder invitarla. Sentí que volvía a ser yo. Adiós, remordimientos de conciencia, lastre en el barco. Hola, tetorras en mi puta cara.

Estuve husmeando en una librería del centro. Abrí al azar una página de un libro delgado. Decía que yo era un alma que sostenía un cadáver. Me sonreí sarcástico, vil. Verdaderamente yo sostenía un cadáver putrefacto. Embellecido, maquillado, pero podrido y lleno de gusanitos de color marfil.

A las dos en punto apareció Carmen ante la puerta de la redacción con unas gafas de sol. Vaya pedazo de mujer. Nada que ver con las niñas con las que yo solía alternar. Fuimos a una cafetería cercana. Yo tomé un plato combinado. Ella, una ensalada.

Le dije que atravesaba por problemas en casa. Que mi relación con mi madre estaba cada vez más deteriorada, pero que no tenía suficiente dinero como para emanciparme, a menos que quisiera vivir en un cuchitril. Aún así, no me quedaría nada después de haber pagado el alquiler. Mi único ingreso era la mierda de artículos que publicaba en su revista.

Me dijo que mis artículos no eran ninguna mierda. Todo iba viento en popa. Seguí por ahí. Le dije que a mí me encantaba escribirlos, pero que me gustaría poder conseguir un puesto de redactor, a su cargo. O, al menos, un sueldo como periodista en cualquier otro sitio. En cuanto tuviera liquidez, me las piraría.

Me sorprendió la importancia que le daba ella al asunto mientras me escuchaba. Si a mí una tía me hubiese hecho sentarme en una cafetería para explicarme un problema que le quitaba el sueño y hubiese resultado que el problemón era que se llevaba mal con sus padres, yo me hubiera

descojonado para mis adentros. Me hubiese dicho a mí mismo que vaya una niñata, que se ahogaba en un vaso de agua. Que qué sabía ella de la vida, con lo que había por ahí.

Aunque, por supuesto, hubiera fruncido el ceño y le hubiera dicho que cuánto lo sentía y que no sabía lo bien que la comprendía, y le hubiese entrado por el lado romántico y sensible. Bueno, quizá ahora Carmen también se estuviese quedando conmigo y me estuviese siguiendo la corriente sólo porque le gustaban mis ojitos o mi culito.

En cuanto se me ocurrió, se lo dije, incluso un poco enfadado. Se sorprendió al oírme cambiar de tercio así. Le dije que quería que me tomasen en serio, que había estado con otras chicas que fingían escucharme pero que sólo me dejaban hablar para hacerme sentir interesante y luego llevarme a la cama.

Sonrió y me dijo que, si yo me quedaba más tranquilo, me prometería que no intentaría nada conmigo. Me cogió las manos y me miró con una ternura infinita. Me dieron ganas de echarme a llorar sobre sus tetas y de preguntarle que por qué me había vuelto yo tan paranoico, que por qué tenía tanto miedo de ser juzgado y de que se burlasen de mí. Eso era, de hecho, lo único que me preocupaba en la vida.

Hablamos un rato más, ya de vaguedades. Intenté hablar de muchas cosas para que se olvidase del instante aquél en que se me había visto el plumero. No quería que se diera cuenta de lo idiota que era yo, de lo fácil que era que cualquier cosa me ofendiese.

Luego la acompañé a la redacción. No quise volver sobre el tema. Cuando nos despedimos, me decía a mí mismo camino de la parada que con una tía así nunca tendría opciones. Ella era amplia y generosa. Bueno, todas lo eran en mayor medida que yo. Tatiana, Anne, incluso Nuria. Joder, una rata parecería tener más corazón que yo. Cuándo coño iba a aprender.

Capítulo II

La siguiente vez que fui a la revista, Carmen me dijo que tenía un contacto en una agencia de prensa. Que no sabía si sería lo que yo buscaba, pero que no estaba de más ir allí para que el jefe me entrevistase. Que, en cualquier caso, era un sueldo como periodista. Llamó al tío delante de mí y luego me pasó el teléfono. Quedé con él para la mañana siguiente.

Era un edificio de oficinas en la parte próspera de la ciudad. Ellos estaban en la planta doce. Yo siempre iba a las entrevistas con la seguridad de que me cogerían. Por fuerza impresionaría al pavo que me entrevistase, no podía ser de otra forma. Seguro que los demás candidatos eran mucho más grises, sin chispa ni otras inquietudes que la de ganarse la vida.

No tendría más que abrir la boca para que el menda se preguntase que de dónde coño había salido ése. Se daría cuenta de que se había tropezado con un saco de oro en polvo, olvidado en algún rincón y que daba vueltas por la vida hasta que él había tenido la suerte de que había caído en sus manos.

En el fondo, eso era lo que yo estaba esperando. Que me descubriese un cazatalentos, o un editor o un agente. Que me arrancase de mi deriva. En cualquier lugar y momento, cuando menos lo esperase, se produciría mi descubrimiento. Estaba tranquilo a ese respecto. Y seguro. Todo lo agónico que me sentía en mi día a día, en mi segundo a segundo, contrastaba con lo sereno que me sentía sobre mi éxito a largo plazo.

El contacto de Carmen se llamaba Jorge. Era un tipo muy poco mayor que yo, delgado, limpio. Me pareció muy sencillo. Y muy inteligente. Lo suficientemente inteligente como para ser sencillo, como para que le sobrase toda esa prosopopeya tan típica de mí. Le interesé, aunque no sé si le parecí un dios hecho carne. Quizá simplemente le parecí útil desde un punto de vista práctico.

Empecé al día siguiente. El horario era cojonudo, entraba a la una de la tarde y salía a las cinco. Media jornada. Suficiente dinero como para comprar flores y bombones, y tiempo libre a espuestas. No tendría que madrugar, y saldría cuando todavía estaba empezando la tarde.

Mi madre se puso muy contenta. Era la primera vez que trabajaba desde que salí de la universidad. Me pareció ver felicidad sincera en sus ojos. Supongo que se diría a sí misma que el trabajo me encarrilaría y me pondría los pies en la tierra.

En cuanto a Anne, me sonrió y me dijo que todo iba saliendo bien. Me conmovió el ver que toda la gente a mi alrededor, todos aquéllos que me querían y contra cuyo cariño yo siempre forcejeaba asustado, olvidaban con facilidad mis estupideces. Me perdonaban.

Tradicionalmente, siempre que alguien me perdonaba yo me decía que qué de puta madre, que tenía bula. Me decía que había algo un poco tonto en perdonar. Que dar una segunda oportunidad a alguien que te había fallado era un riesgo que no había que correr ni de coña. Yo jamás daba una segunda oportunidad a nadie.

Abracé a Anne sin decir nada. Me besó. Con más dulzura que en ninguna otra ocasión. Fue un beso balsámico, terapéutico. Me sentí querido, comprendido, aceptado. Me dijo que, si quería, podíamos pasar esa noche en un hotel.

Le pregunté si le importaba repetir eso. Se rió y me preguntó si quería pasar la noche con ella. Era algo tras lo que llevaba mucho, pero que mucho tiempo, y en muchos tramos había perdido la esperanza de que llegase a suceder.

Llamé a mi madre y le dije que iba a dormir en casa de Gonzalo. Se molestó un poco, y dijo que últimamente dormía en casas de muchos amigos. Que bueno, hijo, que yo sabría, pero que, en fin, que las cosas no eran así. Le dije que no tenía por qué preocuparse, que hacía tiempo que no le veía y que nos apetecía tener una larga noche por delante, no tener límite de tiempo.

Añadí que total, al día siguiente no tenía que madrugar. Y me dijo que qué bien me había venido, que un trabajo así quería ella también. Me reí. Quería colgar ya, pero no debía parecer impaciente por hacerlo. Le dije que lo importante era rendir bien en mis horas de trabajo, que fuera de ellas no me podían pedir cuentas en la oficina. Me dijo que en la oficina, no, pero ella sí. Le dije que, si se iba a sentir mejor, me iba para casa y ya quedaría con él en otra ocasión. Sabía que me la jugaba, porque ella no aceptaba chantajes y era muy capaz de decir que valía, que me viniera para casa.

Por suerte, le dio pena o lo que fuera y me dijo que tampoco era eso. Quizá le duraba la satisfacción porque su hijo descarriado empezase a ver la luz y se acercase al redil; el éxito estaba demasiado reciente como para volver a la carga. Le repetí que no había motivo para la preocupación, y le dije que volvería en las primeras horas de la mañana.

Cuando colgué, me vi con toda la noche por delante con Anne. No tenía ni puta idea de por qué de repente aceptaba acostarse conmigo después de tantas trabas, pero prefería ni preguntar. Me daba miedo que mi pregunta pudiera ser retorcidamente malinterpretada y me quedase sin mi polvete. Me daba igual, para adelante.

Me sentía como en esos sueños que tenía a veces, en los que me amaba alguien que en la vida real me rechazaba. Por un segundo me pregunté si estaría soñando. Salté tres veces seguidas sobre mi sitio, pero tranquilo, con expresión de experimento científico.

Anne se echó a reír y me preguntó que qué hacía ahora. Y que a quién había llamado. Le dije que a mi madre. Me preguntó si me había puesto alguna pega. En realidad, mi madre no sabía que Anne existiese, y eso tenía que seguir siendo así. Le dije que no, que mi madre se quedaba tranquila si sabía que iba con ella.

Yo sabía que sus padres eran los típicos comprensivos, que iban como de amigos de la hija, y que ella siempre les presentaba a los novios. De hecho, ella ya había intentado en alguna ocasión que me pusiera al teléfono cuando los llamaba y que les dijera algo en inglés, pero yo siempre le había dicho que me daba vergüenza. Yo no quería líos.

Era posible que mi madre también hubiera sido agradable con ella, y mi padre desde luego lo sería, pero como yo nunca había presentado a nadie en casa, nadie sabría bien cómo comportarse. No me apetecía vivir un momento tan violento. Eso sí, a Anne le había dicho que le había hablado mucho de ella a los dos, y que todos contaban con que en breve quedaríamos. Nada más lejos de mi intención, ni que decir tiene.

Le pregunté que a qué hotel le apetecía ir. Yo tenía dos o tres apuestas sobre seguro, sitios a los que iba con cierta frecuencia y que les gustaban siempre a todas las tías que llevaba,

independientemente de sus expectativas y de su clase social.

Me dijo que no tenía ni idea, que nunca había ido a ninguno en la ciudad. Ella vivía con un compañero y una compañera, pero no contemplaba la posibilidad de ir a su piso, cosa que yo celebré para mis adentros. Pero me sorprendió que ella, para quien todo era siempre tan fácil y siempre me hacía ver que yo era demasiado complicado, tuviera reparos para subirse a un tío. Como yo prefería mil veces ir a un hotel, no pregunté nada más, aunque me daba curiosidad.

Le dije que yo me había alojado en uno hacía tiempo con unos amigos de fuera, y que podíamos probar a ver si seguía igual. A pesar de que habían pasado años, era posible que hubiera envejecido bien. Se descojonó, me dio una palmada en la espalda y me dijo que cuándo iba a empezar a decirle la verdad, que seguro que había ido hacía mucho menos tiempo, y que seguro que no había sido con unos amigos.

Capítulo III

La habitación era la misma que la vez que fui con Nuria, o quizá otra idéntica. Me encantaba esa casita ficticia, esa especie de set de rodaje *ad hoc*. Viva por un rato en ese mundo del que le gustaría formar parte. Ese aislamiento de la condición de cada cual durante unas horas.

Pero su reacción fue muy distinta que la de Nuria. Quizá no dejaba de rondar por su cabeza la idea de que iba a follar por vez primera en su vida, y eso le había quitado la frescura y el sentido del humor que a mí me gustaban.

Recordé a Nuria dando saltos en la cama, lavándose el coño en el bidet con agua caliente canturreando alguna canción grosera y arrasando el mueble bar. Anne, por su parte, paseaba despacio por la moqueta, con prudencia, afectando curiosidad. Miraba dentro de los armarios y se asomaba a todos los rincones. Parecía que estuviera mirando la casa que iba a comprar. Supuse que estaría nerviosa.

Yo estaba histérico. Escuchaba sus comentarios sobre la habitación como desdoblado de mí mismo. No me desprendía de la sensación de irrealidad. Me senté en la cama, me quité los zapatos y los calcetines y me tumbé, completamente vestido. No sabía qué hacer, ni cómo poner sobre la mesa el tema de que me la quería follar viva.

Ella se sentó en la otra mitad de la cama, en el borde, a poca distancia de la tele. La veía ahí delante, encorvada, fingiendo interés por la peli que habíamos encontrado ya empezada. Me dio pena, por primera vez desde que la conocía. Pisaba un terreno desconocido para ella, y era posible que la asustase. No se sentía dueña de la situación, y eso era algo inusual.

Me senté a su lado y la rodeé con el brazo. No se resistió, pero no estaba tan suelta como las últimas veces que nos habíamos besado. Le pregunté si estaba bien. Me dijo que sí. Me miró a los ojos y pude percibir su incomodidad. Se levantó y me dijo que iba un momento al baño.

Yo no estaba disfrutando nada. Cuántas noches me había imaginado, en la oscuridad, minutos antes de quedarme dormido, que me la follaba y que nos divertíamos un montón. Pero qué distinto, qué forzado resultaba ahora para los dos, era como caminar por un río de barro. Pringoso, pegajoso, resbaladizo.

Tan incómodo era que, por un momento, me planteé decirle que no teníamos por qué hacer nada. Yo nunca habría dicho eso en otras circunstancias, siempre habría conseguido que la tía se sintiera como una estrecha por no querer hacerlo. La habría empujado sutil e imperceptiblemente.

Pero ahora me daba cosa. Quizá estuviera más involucrado con ella de lo que quería reconocer. Percibía su dificultad y me solidarizaba. Joder, estaba adquiriendo la madurez que siempre me pedían todos a voces, pero no era divertido. Aunque sonreí satisfecho por el cumplimiento del deber.

Me levanté de la cama, orgulloso de mí mismo por mi evolución. Me dirigí hacia el baño para dar muestras de lo adulto que estaba consiguiendo volverme. Cuando estaba a la mitad del camino, se abrió la puerta. Salió. Sólo llevaba puestas las braguitas. Tiré sin querer un cenicero que había en el mueble a mi derecha.

Se rió. Me admiró con qué entereza estaba pasando por ese trago, sin perderle la cara a la situación, sin esconderse. Y sin fingir que no estaba nerviosa. Se acercó a mí. Las tetas eran exactamente como en aquella ensoñación que tuve en mi apartamento. Blancas, y con los pezones de un marrón muy oscuro. Aunque no tenía aquel lunar. La vida era hermosa. Se me acercó. Iba ganando en entereza conforme yo me ponía nervioso.

Me acarició la cara con cariño. Me dijo que estaba nerviosa, pero que me quería. Yo le dije que yo también. Nos abrazamos. Luego me separé un poco y me quité la camiseta. Me acarició los pectorales y me chupó los pezones. Yo le pasé la mano por el pelo. Qué suave. Qué diferencia con las greñas sucias de Nuria. Era una muñequita. Le seguí acariciando la cabeza y la espalda. Me daba vergüenza tocarle el culo, aunque lo había deseado tanto tiempo.

Cuando me desabroché el pantalón, sentí una punzada en el estómago. Tan fuerte, que tuve que inclinarme hacia delante. Aunque estaba empalmado. La ayudé a bajarme los pantalones. Llevaba unos calzoncillos de un color claro, se notaba la picha abultada hacia la derecha y una mancha oscura en el calzón coincidiendo con su punta. Me apreté contra ella.

Ahora sí le empecé a tocar el culo, aunque con dignidad. Ella también me empezó a tocar el mío. Tenía la piel muy suave. No dejaba de acariciarla. Al fin, me agaché y le empecé a comer las tetas. Eran estupendas. Blandas, pero en su sitio. Eran como almohadas de plumón. Me daban ganas de dejar mi cara entre ellas durante unas horas, para una recuperación absoluta. Pabellón de reposo. El lugar donde restañar las heridas.

Dejamos caer ambos cuerpos en la cama. Nos seguimos tocando. Tumbados era más fácil faltarle al respeto, vaya usted a saber por qué. Ya le tocaba el culo con más lascivia, agarrando bien los glúteos e incluso dándole algún azote. También le empecé a comer las tetas con más voracidad, como un náufrago. La hija de puta no decía ni mú, quería aparentar que todo era normal. Más me valía dejar de preguntarme qué coño pasaba y centrarme en el par de tetas blancas que tenía delante. Mordía los pezones, intenté arrancarle uno de un bocado hasta que gritó. Ambos nos reímos, pero el bocado ya se lo había quedado.

Se notaba que la pava no tomaba la iniciativa, la cosa no fluía por sí sola. Pero para mí era el mejor quiqui del mundo, la prefería cien veces a todas las perras que se dejaban dar por el culo. Todo era nuevo para ella, como una revista recién comprada en el quiosco.

En un momento dado, me deslicé entre sus muslos. Le bajé las bragas con seguridad, con un movimiento firme y continuo. Estaba visto que yo tenía que echarme a la espalda la responsabilidad, pero no era un problema en absoluto.

No era ningún chollo cepillarse a una virgen, había miedos que contrarrestar, inseguridades que pasar por alto, dudas que despejar sobre la marcha. La cabeza de ella estaba a todo, menos a lo que tenía que estar.

Y encima, una vagina presumiblemente tensa y cerrada. Yo tenía una erección cualquiera, no una especialmente firme, pero por dentro estaba en ebullición. El toto era muy chulo, mejor que el de Nuria sin discusión. Separé los labios y lo lamí. Ahora no parecía particularmente nerviosa. Seguí un rato. Ella no gemía, supuse que le daría corte. Metí un dedo, luego otro, y hasta tres. Apenas conseguí que respirase un poco más fuerte de lo normal.

No me miraba, tenía la vista perdida, como un caimán que te percibe a dos metros de él pero parece que no. Después saqué los dedos. Quería seguir lamiendo un rato más, pero se incorporó y dijo que ahora le tocaba a ella. Me bajó los calzoncillos y se la enchufó en la boca. Había algo en ella de huida hacia delante. No me digáis nada, pienso tirar hasta el final, pero no quiero escuchar juicios sobre si lo hago bien o mal. Venga, que todo parezca natural, que todo suceda por sí solo, sin que nadie congele el tiempo un segundo y pueda sugerir aguantándose la risa que mira cómo la chupa la inglesita, que parecía tonta. Vamos, rápido. Ininterrumpidamente hasta el último tramo, sin una décima de segundo para la reflexión ni para la observación.

La chupaba peor que Nuria. Hombre, tenía menos tablas también. Estaba muy pendiente de lo que hacía, muy consciente de que yo era una persona con una cabeza para pensar, para juzgar. Me tenía demasiado presente.

Luego me dio la vuelta y me estuvo comiendo el culo. Eso sí estuvo muy bien. Casi todas las tías me comían el culo rápidamente, de pasada, para que no se les pudiera acusar de no haberlo hecho. No querían parecer sosas, así que daban un par de lengüetazos, probablemente sin querer pensarlo, con los ojos apretados, como yo cuando le comía el higo a Tatiana, y fuera. Sin embargo, Anne lo estaba haciendo por mí, con tanto interés como si fuera un trabajo del colegio. Se le advertía voluntad de agradar.

Bueno, se advertía en cada una de las cosas que me estaba haciendo, pero en todas las demás era contraproducente. Sin embargo, para el año resultaba ideal ese servilismo. Ésa era la palabra. Para una pava corriente, comerse una polla era un regalo a sí misma, en la misma medida en que para mí lo era comerle las tetas. Sin embargo, el año era algo ingrato de manera casi objetiva, al menos el de un tío.

El cariño con el que lo estaba haciendo era para quitarse el sombrero. Quizá lo hiciera así porque todavía no supiera discernir qué era gratificante para ella misma y qué no, porque aún no tuviese la experiencia suficiente como para detenerse a escucharse a sí misma en el momento y decidir si le estaba gustando a ella, pero el caso es que me puso más caliente que a un gorila.

Me escapé de su ventosa y la empujé suavemente de los hombros para que se tumbase boca arriba. Había llegado el momento con el que soñaba desde hacía ni se sabe. Me di cuenta de lo rápido que se escapaba el presente. Eran segundos. Yo lo quería amarrar, quedarme en ese instante toda la vida, pero se me escurría como arena entre los dedos, ya se estaba yendo. Sus pupilas estaban muy dilatadas. Frotaba los pies contra las sábanas con deleite, como un gatito en una tarde lluviosa.

Le separé las piernas y me arrodillé entre ellas. Luego me encaramé encima de su cuerpo. La miraba a los ojos, y ella también a mí. No sabía qué decir. Quería decir algo bonito, aunque obviamente no era necesario, quizá ni siquiera fuese lo que demandaba la situación. Bastaba con meterle la polla. Pero ella era importante para mí, más de lo que le podía demostrar con un pollazo.

Me dije que estaba aceptando follar conmigo sólo porque sabía que eso era vital para mí, y me dio un poco de apuro. Me estaba haciendo un regalo, y yo no me había hecho merecedor de él. Otra vez lo de los méritos, cojones. Siempre se presentaba esta cuestión en el momento menos oportuno. Quise decirle que prefería dejarlo, pero a ver quién era el guapo que se resistía. La

pava estaba mejor que muchas otras con las que lo había hecho. Y encima, a ver quién se metía en la rueda de explicaciones, seguro que se echaba la culpa y pensaba que había hecho algo malo, y tal.

Metí la polla para zanjar mi debate interno. Pese a que ella no parecía bloqueada, el chichi estaba bastante cerrado. Empujé un poco con la cola, pero en cuanto la saqué para una segunda embestida, sentí que me venía el orgasmo. Me incorporé rápidamente sobre mis rodillas y me acerqué rápidamente hacia su cabeza con la picha en la mano, masturbándome.

Me corrí en su cara. Ella apretó los ojos, pero sin ningún síntoma de repugnancia. Como si fuera parte del coito, como diciéndose a sí misma que así que la cosa terminaba con ese ritual. Respetuosa con el que lleva las riendas de la situación. Él sabrá por qué lo hace así, a mí me corresponde callar y aprender, ya me iré enterando de por qué va así.

Se rió al verse toda la cara llena de esperma y me preguntó que ahora qué. Yo estaba enfadado con mi picha, conmigo mismo. No me jodas, así que éste había sido el desvirgue que yo había logrado procurarle a la mujer que amaba. Joder, era un inútil. Me desprecié de corazón.

No me avergoncé ante ella, como otras veces, porque ella quizá ni se había enterado de que me había corrido antes de lo que mandaban los cánones. Me enfadé conmigo mismo. Como un padre que va conduciendo y lleva a su hijo pequeño en el asiento de atrás, y se da cuenta de que se ha perdido. Sabe que su hijo no se da cuenta de que se han perdido, pero se irrita consigo mismo por su propia ineficiencia.

Me levanté sintiéndome un gilipollas. Quería que me dieran un puñetazo en el estómago. Me vi en el espejo de la habitación. Esa expresión postiza de guaperas, cretino interesante, pisaverde de poca monta. Cogí una almohada y di un golpe contra el espejo. Se sonrió y dijo que qué me pasaba. Se estaba limpiando la cara con un pañuelo de papel. Lo hacía con indiferencia, como una mamá que se limpia la papilla que su bebé le ha escupido en la cara.

No quería entrar en explicaciones sobre por qué estaba molesto. Si ya era duro reconocerme a mí mismo que era tonto del culo, cuánto más hablar de ello con ella. Ninguna pava podía hacerse a la idea de lo que sentía un tío con ese problema, pero cuánto menos una que acababa de follar por primera vez. Vaya usted a saber, quizá hasta pensase que eso sucedía siempre así.

No me apetecía mucho tumbarme ahí a su lado sintiendo irritación contra mí mismo pero teniendo que aparentar madurez. La tía tenía un cuerpo espectacular, quizá el mejor que yo había visto en directo, pero ahora, recién corrido, un cuerpo desnudo tampoco me decía absolutamente nada. Me senté en la cama. Ella había encontrado un canal inglés.

Se sentía divertida, con ganas de fiesta. Sonreía infantil. Le apetecía jugar. Y para colmo de males, me miraba con complicidad. Hombre, era la situación la que me convertía en su cómplice. Estábamos en una habitación de hotel los dos solos, y me acababa de entregar su virginidad. Pero yo ahora no tenía ganas de ver a nadie.

Sonreí y me senté a su lado. Me dijo que le apetecía beber algo. Me miraba con ilusión, como un jovencito en un campamento de verano. Entonces me dio pena estar siempre tan centrado en mis estúpidos problemas. Me perdía a cada momento todo lo que pasaba a mi alrededor. A mí sólo me interesaban los demás en la medida en que podía sacar algo de ellos. Le di un besito y le dije que

a mí lo que más me gustaba era la ginebra.

Se levantó de un salto de la cama, canturreando. Me dijo que ahora mismo. Se había puesto las braguitas y la camiseta. Joder, qué buena estaba. Y qué sensual era. Cualquiera otro hombre en mi lugar habría sido el más feliz del mundo. Claro que para eso habría que haberle desenroscado mi cabezota y haberle puesto una más ligera.

Se comportaba como una niña ayudando a su madre a preparar la cena de Nochebuena. Se mostraba receptiva a escuchar instrucciones, y le daba su toque fresco, original, creativo, a todo un protocolo que la madre se había acostumbrado a sacar adelante sólo con su técnica.

Yo había estado en cien camas de hotel con cien tías que habían abierto cien neveritas de habitación para sacar las respectivas botellitas. Pero era verdad que esta vez, por alguna razón, todo era diferente. Me fui poniendo de buen humor.

Me miré con más humanidad, me vi como un pobre chico que no había hecho muchos amigos en el colegio y que ahora buscaba contacto con los demás de una manera algo rebuscada. Quería impresionar, dejar huella, causar admiración, llevarme la palma. Sólo era un pobre diablo que no se atrevía a pedir el cariño que le estaba haciendo falta, ni a buscarlo.

La volví a mirar. Seguía sonriendo llena de vida. Se exponía a corazón abierto, algo que yo nunca había encontrado la forma de hacer. La abracé con propósito de enmienda. Iba a intentar hacer las cosas de otro modo a partir de entonces si ella tenía paciencia con mi terror a todo.

Capítulo IV

A la mañana siguiente fuimos a desayunar a una cafetería cercana al hotel. Ella sólo pidió un café con leche, dijo que no tenía apetito. Siempre empleaba palabras así de cursis. Pero vaya coñito.

Me extrañó muchísimo que no desayunase bien. Todo el chisporroteo de la noche anterior se había esfumado. Me dije que era la primera vez que la veía recién levantada, y que quizá fuera de esas que en las primeras horas estaban insoportables.

Removía el café sin parar, con la vista perdida. No sabía qué coño le pasaba, pero con ella siempre prefería no preguntar, esperar acontecimientos y conformarme con mis propias explicaciones. De lo contrario, siempre me hacía sentir como un niño, incapaz de comprender las preocupaciones de un adulto.

Al fin me dijo que se iba. Le pregunté que adónde. Me dijo que se marchaba a su casa esa misma mañana. A su casa en Inglaterra. Levantó la vista y me miró a los ojos. No me transmitían nunca nada aquellos ojos azules. Era la mirada de una estatua. Se suponía que yo tenía que adivinar siempre que ella me quería una barbaridad, tenía que darlo por sentado, aunque no hubiese ningún síntoma por ninguna parte.

Así que se piraba. Me preguntó si estaba enfadado. Me dio la impresión de que era la primera vez que me hablaba de tú a tú, sin sorna, sin condescendencia. Pero el hecho era que me estaba dejando tirado.

Intenté hacer lo de siempre, eludir el golpe pensando en posibles alternativas. Traté de decirme lo de otras veces, que así me quedaba libre para ir a por otra, pero es que eso sólo me servía cuando sentía que un asunto ya estaba acabado, que ya no daba más de sí, y con ella estaba muy lejos de pasarme eso.

Yo quería seguir follándomela, adiestrarla para ser una loba. Enseñarle auténticas ordinarieces y hacerle creer que eso era lo que hacían todas. No había hecho sino arremangarme para comenzar con mi proyecto, con su formación. Era como desempaquetar un regalo y que me lo quitasen antes de empezar a disfrutarlo.

Me cogió las manos y me dijo que me quería. La miré serio. Todavía me quedaba la baza de hacerla sentir culpable. A ver qué réditos era capaz de obtener de ello, aunque se fuera. Le dije que yo también la quería. Muchísimo. Me sonrojé un poco. Ambos creímos que estaba diciendo la verdad.

Me dijo que tenía que volver para resolver unos asuntos. Que no me podía contar nada más, pero que esperaba que confiara en ella. Yo seguí a lo mío y le dije que claro que confiaba. Le pregunté si volvería pronto, y me dijo que no lo sabía. Que era posible que estuviera otra vez por aquí en unas semanas, pero que también lo era que no volviese nunca.

Asentí. Me convenía mantenerme pétreo una vez más. Siempre me acordaba del lema de que muchas veces me arrepentiría de haber hablado, y pocas de haber callado. Siempre era mejor callar en situaciones comprometidas.

La miré con melancolía y le dije que a su lado había pasado los mejores momentos de mi vida. Se rió y dijo que por favor, que no me pusiera dramático. Que no se marcharía si no fuera realmente importante.

Fuimos andando en silencio hasta la parada del autobús. Me quería poner triste, sentirme mal, para demostrarme a mí mismo que lo que pasaba a mi alrededor me importaba, aunque fuera un poco. No conseguía llorar, a pesar de que me esforzaba en pensar en desgracias.

Me senté en la parada y se puso de pie a mi lado. Me agarraba una de las mangas de la camiseta. Por alguna razón, no conseguía verla como mi novia, ni como nada mío. Nunca lo logré, en realidad. Ni siquiera después de haberme acostado con ella. Había una barrera entre ella y yo que nunca desapareció. No sé si ella sería así con los demás. Yo, desde luego, sí había alcanzado verdadera intimidad con otras personas. O eso creía.

Al fin llegó su autobús. Me levanté y nos dimos un pico. Después me sonrió con tristeza y me acarició una mejilla. Ninguno de los dos dijo nada. Se dio la vuelta y se subió al autobús. Buen culito, sí, y tanto, pero ahora no estábamos en eso. El autobús se fue alejando despacio. Unos metros más allá estaba el semáforo en rojo.

Sentí el impulso de echar a andar hacia el bus. Primero, despacio. Luego, conforme me parecía más factible que el semáforo se pusiera en verde y el bus se marchase, fui acelerando el paso. Los últimos metros, a la carrera. Me puse a su altura justo cuando se ponía en verde. Aún tuve tiempo de verla un segundo, sentada en su asiento con la cabeza apoyada en el cristal. Ella no me vio.

Después me fui a mi casa. Mi madre me preguntó que qué tal en casa de Gonzalo, y le dije que bien. Me preguntó por su madre, con la que ella había hablado en alguna ocasión. Le dije que muy bien, que se había alegrado mucho de verme después de tanto tiempo, y que me había dicho que tenía muy buen aspecto. Añadí que ella tenía ganas de volver a ver a mi madre.

Sabía que mi madre no iba a contrastar nada, y desde luego no iba a dar el primer paso para quedar con la madre de Gonzalo. Y como la otra no la iba a llamar, no habría problema. En realidad, me dio un poco de pena que fuera tan seguro que mi madre no iba a quedar. Nunca quedaba, ni salía. La miré, ahí sentada con el pelo recogido y la cara ya algo arrugada.

Tenía bolsas en los ojos. Dormía muy poco, se levantaba muy temprano, incluso en los días de fiesta. Estaba siempre preocupada. A veces con motivo y muchísimas otras sin él. Era, simplemente, su manera de estar en el mundo.

En este caso me creía. Se creía mi mentira. Yo no era digno de su confianza. Me sentí vagamente culpable y se me entrecortó la voz. Se extrañó mucho. Me preguntó que qué me pasaba. No sabía cómo salir del embolado, así que le dije que la hermana de Gonzalo había enfermado y estaba ingresada. Los médicos no sabían todavía qué tenía, pero la familia estaba preocupada, y era por eso por lo que había ido yo a pasar la noche allí. Frunció el ceño y asintió, y me dijo que confiara en que todo acabaría saliendo bien.

Capítulo V

El trabajo en la agencia de prensa era más bien monótono. Pero la oficina estaba llena de chicas. Ninguna me gustó en un primer momento, aunque me esforzaba por conseguir que una me llamara la atención. Quería poder sobreponerme a la rutina, tener un motivo para ir.

Siempre que yo llegaba a un sitio nuevo, tenía la seguridad de que todas las tías se iban a volver para mirarme. Pero luego, cuando intimaba con alguna, me daba cuenta de que sólo eran fantasías megalómanas por mi parte. Lo normal era que ninguna se fijase en mí al principio, o casi ninguna.

Yo hacía una parada para comer sobre las dos de la tarde. Una hora después de entrar. Coincidió en el cuartillo habilitado como comedor con gente que llevaba en la oficina desde las seis o siete de la mañana.

Como yo siempre me arrugaba delante de la gente, y era incapaz de sentirme a gusto si había más de cuatro personas en la habitación, fui moviendo mi horario de comida hasta la una y media. A esa hora estaba yo solo. Qué diferencia. Me encantaba sentarme delante de la ventana. Cerraba la puerta y comía en silencio. Al otro lado de la puerta se escuchaba el eco de la gente hablando por teléfono. Enfrente había un edificio en obras. Los obreros trabajaban sin camiseta. Más allá, una de las principales avenidas de la ciudad, siempre llena de coches.

Al tercer o cuarto día desde que empecé a comer a la una y media, entró una pava con una falda rosa hasta los tobillos y una camiseta blanca de tirantes. Tenía el pelo de color naranja, desordenado, y la nariz prominente. Ainhoa. Cerró la puerta detrás de ella.

Saludó con corrección, pero seria. Se sentó cinco sillas más allá. Masticaba en silencio. Le dije que en los días que llevaba allí, nunca la había visto a esa hora. Me dijo que solía venir a comer a las dos, pero que no le gustaba porque el jaleo la agobiaba, y le dije que a mí me pasaba igual.

Le pregunté que cuánto tiempo llevaba allí, y me dijo que casi tres años. Yo le dije que era mi primer mes. Me dijo que nunca me había visto, cosa que me indignó un poco, aunque no dije esta boca es mía. Me dijo que el trabajo era una mierda, pero que era lo que había.

Los siguientes días estábamos siempre los dos comiendo allí a la una y media. Su seriedad del primer día dio paso a cierta cordialidad. Empezó a sentarse enfrente. Me sentía más cómodo con ella desde los primeros días de lo que nunca me sentí con Anne. No es que me pusiera demasiado, pero también ella era lo que había.

Frente a la cocina estaba la puerta que daba acceso a los dos baños. Y tras ésta, una antesala a otras dos puertas, la de tías y la de tíos. La antesala era un pasillo bastante estrecho, en el que no era difícil encontrarse con gente que salía de cualquiera de las otras dos puertas. Ni que decir tiene que, desde que vi el pasillo, lo convertí en el escenario de todas mis fantasías.

Por las tardes, seguía escribiendo mis artículos de cine. Gané en confianza con Carmen, aunque la seguía viendo como una mujer más adulta que yo, más insertada ya en el mundo real al que yo me resistía a dejarme arrastrar. Quedábamos al menos una vez por semana, cuando ella salía del trabajo.

A veces veía también a Laura, la amiga que en su momento se había fijado en Santi. Al final no había pasado nada entre ellos. Habían quedado alguna vez, pero él había sacado a relucir su rosario de rarezas y la tía había salido despavorida. A menudo hablábamos él y yo del tema. No entendíamos por qué a él nunca le salía bien lo de ser él mismo, sólo ligaba cuando mentía como un bellaco.

Por mi parte, yo también mentía más que hablaba, pero a todas las tías con las que ligaba les hacía gracia mi excentricidad, y yo había dejado de esconderla. De hecho, había llegado un punto en que hacía ostentación de ellas. Cuando salíamos dos parejas, él sufría mucho con mis tonterías, porque las tenía asociadas al fracaso.

Cuando me lo contó Carmen, me imaginé a la pobre Laura intentando pasar por alto la tensión que transmitía Santi cuando quería ligar. Cómo se esforzaba porque todo pareciera normal, espontáneo y fluido. Yo me retorcí al verlo sudar al otro lado de la mesa, contando chistes, gesticulando histéricamente.

Conforme fui conociendo a Carmen, me di cuenta de que mis temores con respecto a que me viese como un niño eran infundados. Si lo pensaba, me daba cuenta de que también me había avergonzado de mí mismo ante pavos de diecisiete años cuando yo tenía catorce, y ante los doce cuando yo tenía ocho. Todo era cuestión de perspectiva.

Carmen estaba muy preocupada con su niño porque tenía dificultades de aprendizaje. Ella insistía en que su hijo no era tonto, pero no estaba claro si hablaba desde el amor de una madre. El padre del niño era mucho mayor. Se habían casado cuando ella era una niña de dieciocho años y él tenía veintinueve, y tan pronto como ella había ganado un poco de madurez, había empezado a sentirse fuera de lugar en su propia vida.

Ahora el niño no se relacionaba con facilidad con los compañeros de clase. Jugaba solo en el patio, con un muñeco, o incluso sin más recurso que su propia imaginación. Cómo me recordó a mí mismo de chaval. Me identifiqué automáticamente con él, creí entenderlo mejor que los psicólogos infantiles que se reunían con Carmen y le llenaban la cabeza de tecnicismos y de pautas de manual que le sonaban a chino.

De repente me interesé por él, lo quería conocer. Había conocido a otras chicas con hijos y había huido siempre de ellos como de la peste, pero esta vez sería distinto. Y si encima conseguía llevarme bien con el hijo, seguro que tendría más posibilidades de beneficiarme a Carmen.

Cuando le dije a ella que me apetecía conocerlo, le hizo bastante ilusión. Él pasaba un fin de semana con cada uno, y el próximo lo pasaba con ella, así que decidimos que iría a verlo el sábado por la mañana.

Me recogió en su coche en una plaza céntrica y fuimos hacia su casa. Vivía en un pueblo de las afueras. Cuando llegamos, el niño estaba tumbado boca abajo en la alfombra del salón, con un montón de muñecos del tamaño de su mano. Los cogía por turnos, de uno en uno o de dos en dos, y los zarandeaba con una mano, mientras con la otra se golpeaba el hombro o el pecho. Hacía ruidos raros con la boca, no pude distinguir lo que decía.

Entonces Carmen le dijo que había venido a verlo un amigo. El niño, Emilio, ni siquiera miró en nuestra dirección. Siguió haciendo exactamente lo mismo que estaba haciendo, como si no nos

hubiera oído entrar siquiera. Ella se le acercó y le dio un beso en la cabeza. Después se quitó el abrigo y se adentró por el pasillo, camino de las habitaciones.

Le preguntó desde dentro que a qué hora se había levantado, y él contestó que a las nueve y media. Yo me senté en el sofá del salón, justo detrás de Emilio, y dejé el abrigo a mi lado. Le pregunté que quién iba ganando, y me dijo que los representantes del valor iban los primeros. Les seguían los de la solidaridad, luego los de la fuerza, y por último los de la inteligencia. Me quedé absolutamente estupefacto, aunque sonreí.

Entonces le pregunté si le gustaba ir al colegio. Me dijo que no, que no entendía bien lo que decían los libros, y que cuando preguntaba lo que no entendía, los demás niños se reían. Además, los juegos que les gustaban a los demás niños le aburrían, y los demás se aburrían jugando a los suyos.

Capítulo VI

Al día siguiente fui a cenar con mi hermano. Durante años y años lo había evitado, pero desde hacía algún tiempo estaba haciendo por verlo. Algo me decía que parte de mí se reconciliaría consigo misma si yo conseguía sentarme delante de él sin turbación, mirarle a los ojos, de igual a igual, y poder hacerle ver que era alguien digno de su confianza.

En realidad, él no daba la impresión de tener ningún problema conmigo, me valoraba, me creía capaz de cosas de las que mucha otra gente no. Me constaba que se alegraba sinceramente con mis triunfos. Y nada me colmaba más a mí que su aprobación, que buscaba retorcida e indirectamente, intentando que no se me notase.

No podía expresarme abiertamente delante de él, me intimidaba. Me sentía pequeño, insignificante, insuficiente. Sostenía las ideas más controvertidas para llamar su atención. Probablemente él nunca se dio cuenta de que yo no tenía ninguna opinión formada con respecto a nada, sólo me preocupaba meterla. Además, yo pensaba que las opiniones propias te lastraban, te condicionaban, te limitaban.

Fuimos a un restaurante de una callejuela del casco antiguo de la ciudad. Había taburetes alrededor de las mesas, cosa que a mí me resultaba incomodísima porque no se podía apoyar la espalda. Pedimos varias raciones y una botella de vino barato. Hubiera sido ridículo que el camarero hubiera hecho la pantomima de servir un poco para que lo catásemos, pero yo lo esperaba con cierta tensión. Por suerte, no lo hizo.

Yo siempre decía que el entendido en vinos era mi acompañante, fuera quien fuera, para que se lo hicieran probar al otro, porque estar ahí poniendo cara de deleite delante del tío me parecía una sandez. En la etiqueta de la botella se veía a un labriego sentado a la sombra de un árbol, descansando de la faena durante un momento y echándose al gañote el vino que llevaba en una bota.

Mi hermano llenó las dos copas y no tardó en cepillarse la suya. Dijo que estaba buenísimo, y se sirvió otra. Le dije que estaba preocupado por mi padre, sabía que él iba a sufrir conforme nos fuésemos marchando de casa porque le encantaban las familias unidas. Y que él iba a interpretar nuestra marcha como un abandono, por mucho que cuando yo le preguntaba sobre eso siempre decía que no, que entendía que era ley de vida. Pero se notaba que le daba pena.

Mi hermano me dijo que no me preocupara, que nuestro padre era un hombre muy sólido, curtido por la vida tras años en la carretera. Mi viejo siempre había trabajado lejos de casa, y sólo pasaba con nosotros los fines de semana. Cuando éramos pequeños, lo que más ilusión nos hacía era oírlo llegar a casa los viernes por la noche. Siempre nos traía algún llavero, una revista o un muñeco de goma. Abría su bolsa de viaje de cuero y nos lo tendía con una sonrisa. Para mí, lo que me traía era siempre lo más bonito del mundo.

Mi hermano apuró su copa y nos rellenó el vaso a los dos. Yo dije que por quien seguro que no había que preocuparse era por mamá, ésa sí que era dura de cojones. Podría pasar cien años sola y no se desestabilizaría. Era de hormigón armado, la cabrona. En ese momento pasó una sombra por delante de los ojos de mi hermano. Quizá ya estuviera algo trompa. Dijo que él lamentaba que hubiera tanta distancia entre ellos, que le gustaría que estuviesen más unidos.

Me satisfizo enormemente saber que sufría. Le dije que seguramente también ella querría que estuviesen más cerca el uno del otro. Lo decía desde una posición privilegiada, como el que ya ha conseguido nadar hasta el muelle y le dice al que todavía está en el agua, chapoteando, exhausto y asustado, a punto de ahogarse, que ya está cerca. Era fácil ser solidario de boquilla cuando es el otro el que se está mojando el culo.

Me dijo que no encontraba la forma de salvar la distancia, y que el paso del tiempo no mejoraría eso por sí solo. Me dio la impresión de que lo decía con cierta angustia, y por vez primera empecé a cambiar de postura. Por momentos dejaba de verle como el enemigo al que batir desde un ataque subrepticio, solapado, y pasé a mirarlo como el hijo que quería que su madre le quisiese. Palpé su dolor, lo sentí físicamente. Quizá también a mí se me estuviese subiendo el vinarro.

Después de apretarnos botella y media, nos levantamos y salimos a la calle. Estaba lloviendo, y no tardamos en meternos en una cervecería. Yo siempre oía decir que no convenía mezclar el vino con la cerveza, pero yo lo hacía todo el tiempo y nunca pasaba nada malo.

La cervecería era muy distinta del bar anterior, estaba más iluminada y había colorido. Muchas pibitas. Los dos nos sentimos más animados. Me preguntó que qué tal con el nuevo trabajo. Le dije que de momento me estaba gustando ir. Pensé rápidamente en algo ocurrente que decir, en una justificación. Tenía que haber algo literario, algo mágico o extravagante, en mi proceder.

No se me ocurría nada. Él me miraba con aire divertido, esperando que dijera algo que ratificase su idea de que había algo más, algo detrás del hecho de que me hubiese metido en una agencia de prensa. Me preguntó que cómo era la gente. Le dije que no me sentía muy identificado con los demás, que la mayoría estaba allí con la idea de ganarse el pan. Se echó a reír.

Su carcajada me alentó. Me preguntó que si seguía con las clases de teatro. Hacía años que las había dejado, y la pregunta me irritó un poco, aunque no lo di a entender. Le dije que no, que ya hacía tiempo que no. Luego intenté que su pregunta pareciese tener sentido, y le dije que, en el fondo, un actor nunca dejaba de evolucionar, y que aunque las clases hubiesen terminado como tales, mi aprendizaje no se detenía. Asintió muy serio, muy atento a mis palabras.

Siempre me inspiraba ternura el hecho de que él respetase mi punto de vista. Lo tenía en cuenta, me alentaba a hablar para enriquecerse, con lo poco que yo tenía que ofrecer. Por el contrario, yo me nutría de él a manos llenas, con cada una de sus palabras, y sin embargo siempre fingía que no me sorprendía nada, que todo lo que me contaba ya lo había yo leído o escuchado en alguna otra parte.

Luego, yo repetía todo lo que él me había dicho como si fuera mío. Para colmo de males, yo me mostraba tacaño con mis raquíticas ideas propias, no quería transmitírselas para que no fuera él quien se apropiase de ellas. Como si fuera tan imbécil como yo.

En el fondo, vivía a través de él. Toda la música que yo conocía la escuchaba detrás de su puerta. Cuando oía que iba a salir de su habitación, salía despavorido en dirección a la mía, y al abrir la puerta me llamaba para que escuchase una canción muy chula. También muchas de las películas y de los libros que más admiraba los había encontrado en sus estanterías.

Cuando éramos pequeños, dormíamos los dos en el mismo cuarto. Hablábamos con la luz

apagada, hasta que nos quedábamos dormidos. Yo escuchaba con devoción sus historias. Luego, cuando me hice mayor, saqué mi cama de allí. Quise forjar mi identidad por oposición a la suya, desmarcarme de él tanto como me fuera posible.

Pero siempre miraba de reojo en su dirección, y nunca hubo nadie que ejerciese una influencia tan poderosa sobre mí. Sólo sus halagos me llenaban, y sólo su rechazo podía arrebatarme la fe en mí mismo.

Ni que decir tiene que todo este asunto nunca se ponía sobre la mesa. Me reía yo de mi presunta voluntad de acercamiento. Un acercamiento de puntillas, que no salpicase mucho. Que *pareciese* que estábamos saliendo a cenar juntos. Bueno, salíamos, pero yo no abandonaba del todo mi postura belicosa. Cuánto odio, cuánta envidia, y cuánto amor mal expresado, mal canalizado.

Me reía con hipocresía de sus chistes, pero sólo quería clavarle el tenedor en el ojo, trincharlo como una aceituna. Por ser más inteligente que yo, y mejor conversador, y por tener un grupo de amigos. Y por no quererme, o no tanto como yo necesitaba. Me asfixiaba, quería más, y más, y más. Nunca se saciaba mi sed de ser más importante para él.

Cuando salimos de la cervecería, había dejado de llover. Nos metimos en otro sitio. Sólo cuando estuvimos dentro me di cuenta de que era el sitio donde estaba tomando cerveza negra el día que entró Carmen con las amigas.

Me pregunté si debía hablar de eso con mi hermano. Me apetecía que supiera que yo follaba como un campeón, pero me daba corte sacar el tema de manera abrupta. Hubiera estado bien que me hubiera pillado, de alguna manera que no se me ocurría.

Sin saber cómo enlazaría con el tema de Carmen, me arranqué diciéndole que estaba bastante contento con los reportajes sobre cine que escribía en la revista. Me dijo que estaban muy bien, que el resto de la revista era mucho peor. No era algo muy distinto de lo que hubiera dicho mi padre, pero a mi padre no le creía, y a mi hermano, sí.

Cuando llevaba la revista a casa, mi padre dejaba de cenar inmediatamente, se levantaba las gafas hasta dejarlas enganchadas en la frente, porque de cerca veía mejor sin ellas, y se ponía a leer, aún masticando, con una concentración absoluta. Mi madre me miraba buscando mi complicidad para ridiculizarlo, pero yo hacía como que no la veía.

Leía durante minutos y minutos, y al fin me entregaba la revista con solemnidad y me decía que era *de premio Nobel*. Yo me enfadaba con él, con su falta de criterio, o quizá con su falta de honestidad. Con el hecho de que fuera tan insultantemente parcial.

Pero a mi hermano sí me gustaba impresionarle. Me quité importancia diciendo que en la revista las tías estaban tan sobrepasadas por el volumen de trabajo, que sólo les interesaba quitarse páginas de en medio, y muchas veces daban por buena auténtica bazofia.

Entonces le dije que había una que escribía bien, Carmen. Me preguntó que en qué sección escribía. Le contesté que era la redactora jefe, que supervisaba todo lo que escribían los demás. Me preguntó que qué opinaba de lo que escribía yo. Le dije que le gustaba. Me sonreí como un galán de cine y añadí que, de hecho, apreciaba tanto mi trabajo que se había empezado a interesar por mí. Y yo por ella.

No sabía por qué coño hablaba así de retóricamente con él, ése era un síntoma claro de que yo no estaba cómodo. Me sonrió con complicidad y me preguntó que si nos habíamos liado. Le dije que sí, que no había podido evitarlo. Entonces se rió con cierta maldad y dijo que qué cabrón.

Así que yo puse cara de conquistador incapaz de renunciar a su destino de ir por ahí rompiendo corazones, y le dije que en realidad no sabía si era positivo que nos hubiéramos liado. Que cuando la relación terminase, podría peligrar mi puesto de trabajo. Me dijo que qué más daba, que ya encontraría otro sitio donde escribir. Y ahí sí me preguntó si la tía estaba bien.

Se me escapó la risa y le dije que sí, que estaba bastante bien. Me preguntó que a quién se parecía, y le dije que no sabía decir. Se la describí a grandes rasgos y me dijo que estaba fenomenal, y que eso sí que era un braguetazo laboral. Nos empezamos a reír los dos. Como estábamos de buen humor, nos pedimos dos cervezas de abadía.

Se le empezaba a entender cada vez menos. Y a mí también me estaba costando cada vez más expresarme. Pero qué divertido era. Me fui relajando, y eso sí que era poco frecuente. Le dije que me acordaba muchas veces de las chavalas de la costa con las que nos habíamos liado en nuestros veranos adolescentes.

Se rió de buena gana. Salíamos los cuatro por los chiringuitos de la playa. Me acordaba de cómo íbamos de repeinados y de machotes, como el hermano pequeño de Nuria, aquél que nos acompañó en la primera cita a ciegas. Cuánta trascendencia innecesaria, qué densidad. Pero las pavas se enrollaban con nosotros, les parecíamos profundos.

Lo que mi hermano no sabía era que yo me había seguido carteando durante años con una de ellas, Miriam. Sus primeras cartas fueron una puta mierda, pero con el tiempo habían llegado a ser francamente buenas. Las mejores que nadie me había mandado en todos esos años, en los que yo me había carteado con todo aquel incauto que se había prestado a ello.

Eran muy distintas de las mías, yo nunca las hubiera escrito así si alguien me hubiese pedido que escribiese una carta que tratase exactamente sobre esos temas, y sin embargo me resultaban fascinantes. Era como otro idioma, pero igual de complejo y de estructurado y de colorido y de trenzado que el mío. Era como encontrarme con alguien que se hubiera criado conmigo y que, tras muchos años en un país remoto, hubiese llegado a ser algo o alguien muy diferente de mí.

De niños, ese alguien y yo nos habríamos parecido mucho, nos habría gustado hacer las mismas cosas y las habríamos hecho juntos, y sin embargo ahora, frente a frente en una estación de tren en cualquier parte del mundo, nos mirábamos esa persona y yo, sorprendidos de cómo de raro era el otro, pero a la vez también impresionados porque el otro habría llegado a las mismas cotas de desarrollo a todos los niveles, pero por caminos muy distintos.

Me encantaban aquellas cartas. Las leía una y otra vez: parecía que había dado con alguien que despertaba al fin mi curiosidad.

Con el tiempo, había llegado a quedar con la tía, y tras unos cuantos polvos, nos habíamos despedido para siempre. Nuestra deuda adolescente había quedado saldada y cada cual se había ido por su lado. Mi hermano dijo algo en el sentido de que no hay que volver nunca al sitio donde uno ha sido feliz.

De pronto reparé en que estaba logrando hablar con él con la soltura con que me desenvolvía en

otras circunstancias, dejándome arrastrar por la fascinación que me provocaba el lenguaje. Él no parecía impresionado, probablemente supondría que yo era capaz de eso y de mucho más. Si no hubiera estado yo siempre tan acomplejado con respecto a él, habríamos podido llevarnos de puta madre.

Nos estábamos quedando solos en el sitio, ya eran casi las dos de la mañana y el día siguiente era laborable. Pero yo no entraba hasta la una de la tarde, así que me importaba tres cojones. Mi hermano sí tenía que madrugar, pero estaba tan pedo que no era consciente de la hora que era. Yo estaba tan cómodo con él, era tan importante para mí que ese momento se prolongase, que no le avisé.

Me miraba con ojos vidriosos y sonrisa bonachona. Todas las precauciones y las consideraciones de las primeras horas de la tarde estaban ya en algún lugar remoto. Ahora éramos dos pavos sin más, despojados de todo condicionamiento.

Salimos a la calle y nos sentamos en una parada de autobús. Después de más de media hora esperándolo, nos dimos cuenta de que ya era mucho más tarde de la hora a la que dejaban de circular los autobuses. Echamos a andar hacia la parada de uno nocturno. Hacía un frío de la leche. Yo me iba dando golpes en el pecho para entrar en calor.

Mi hermano iba cantando. Cantaba fatal. No había casi nadie por la calle, sólo algún taxista y también algún que otro borracho. Cuando nos quedaban unos veinte metros para llegar a la parada, vimos llegar al nocturno, allá a lo lejos. Echamos a correr entre carcajadas para montarnos, sólo pasaban cada media hora.

Dentro del autobús había mucha humedad. Pese a ser un día de entre semana, en el autobús había bastantes jovencillos que iban alborotando y dando por culo. Hablaban a gritos. Con los frenazos del autobús se caían unos encima de otros y llamaban la atención al conductor a voces. En los últimos asientos había parejas dándose el filete. Nos sentamos en dos asientos que había por la parte delantera. Mi hermano dijo que quizá teníamos que haber cogido un taxi. Se me iban cerrando los ojos. Todo me daba vueltas.

Noté unos golpecitos en el hombro. Levanté la vista y era el conductor del autobús. Me costó enterarme de lo que estaba pasando. Habíamos llegado a la última parada y el pavo quería que nos bajásemos. Miré a mi izquierda y vi a mi hermano profundamente dormido, con la cabeza sobre el hombro izquierdo.

Volví a concentrar mi atención en el conductor. Achiné varias veces los ojos para intentar enfocar. Llevaba una camisa azul claro y unos pantalones azul oscuro. Tenía un cigarrillo apagado en los labios, lo volvería a encender en cuanto nos pirásemos. Tenía bolsas en los ojos. No le hacía ni pizca de gracia tener que estar despertando a dos gilipollas como nosotros.

Nos levantamos a duras penas. Mi hermano casi se cae al bajar las escaleras del autobús. Luego anduvimos hacia casa. Había que atravesar un descampado. Con la lluvia, estaba embarrado. Cuando llegamos a casa, todo estaba apagado. Pero nada más cerrar la puerta, oí cómo mi madre se levantaba. Cerró la puerta del pasillo y encendió la luz del salón. Entonces nos preguntó que qué vida llevábamos.

Mi hermano se sentó en una silla. Estaba bastante atontado. Yo, dentro de mi nebulosa, me

sentía importante por estar dando la cara por los dos, ejerciendo de portavoz. Le dije que era absurdo intentar negar que habíamos bebido, pero que estaba seguro de que a ella le gustaría que nos llevásemos mejor de lo que nos llevábamos, y que nos habíamos acercado mucho en sólo unas horas juntos.

Me dijo que no le tomase el pelo. Que iba a acabar muy mal. Lo decía con franca preocupación. Puse cara de cordero degollado y sostuve su mirada unos segundos. Luego negó con la cabeza, miró al suelo y se perdió despacio por la oscuridad del pasillo.

Mi hermano seguía frito en la silla. Puse la tele. Había un programa de economía. Un hombre con una corbata lisa explicaba que vivíamos un período de recesión y que, durante el mismo, la confianza de los inversores estaba bajo mínimos. Cambié de canal. Había un debate sobre cine. Uno de los contertulios estaba diciendo que las películas de ese director habían puesto en tela de juicio la manera de ejercer el poder en su país. Luego me encontré con una peli porno. Dos mujeres con las tetas de silicona comiéndosela a un negro. Me quedé en este canal.

No me gustaban nada las películas porno, todo era impostado, artificial. Vaya muecas más horribles, por no hablar de los diálogos, de lo forzado de las situaciones. Siempre que hablaba de esto con mis amigos me miraban como si fuera un pedante. Santi decía que una peli porno se hacía para lo que se hacía. Pero yo no creía que la excitación tuviera que estar reñida con que se cuidase todo tanto como en una peli convencional.

Era insultante lo tosco que era todo. Yo me hubiera puesto mucho más cachondo si las golfas de la pantalla hubieran dado alguna señal de raciocinio. Hombre, había que reconocer que con lo que estaba viendo también me estaba encendiendo. Una de las pavas se había sentado encima del negro y la otra le estaba comiendo el culo a la primera.

Se oían los ronquidos de mi padre. El cabrón tenía un sueño inalterable. Me acordé de cuando era pequeño y tenía pesadillas. Me despertaba asustado en medio de la noche y me colaba en el cuarto de mis padres. Los dos estaban roncando. Me deslizaba en la oscuridad hasta el lado en el que estaba mi padre y le despertaba poniéndole la manita sobre el hombro. Su ronquido se interrumpía bruscamente. Entonces yo le decía que había tenido una pesadilla, y que si no le importaba quedarse conmigo hasta que se me pasara el miedo.

Se levantaba conmigo y nos íbamos a la cocina. Se servía un vaso de leche. Yo le pedía siempre perdón por haberlo despertado, y le preguntaba si tampoco le había molestado mucho. Y él me decía que estaba despierto, que esa noche no se estaba pudiendo dormir. O bien que le gustaba levantarse a media noche a tomar un vaso de leche, porque el calcio era muy bueno para los huesos.

En la pantalla, la siguiente escena de la peli porno transcurría en un presunto despacho de un presunto abogado. La secretaria, una rubia de bote con dos bolas de goma, estaba tomando nota a mano de una circular que le estaba dictando el abogado. Cuando terminaba el dictado, el abogado le decía a la chica que era la mejor secretaria que había tenido. Entonces la chica le miraba con lascivia mal conseguida y le decía que él todavía no había visto todo lo que ella era capaz de hacer.

Se arrodillaba delante de él y le bajaba los pantalones y los calzoncillos. El tío tenía un pene pequeño, flácido, como recogido sobre sí mismo. Pero cuando la tía se lo empezaba a comer, se

ponía bastante más tocho. Entonces entraba otra compañera del bufete, pero al ver la escena daba un respingo, pedía disculpas y salía del despacho atropelladamente. Los otros dos se quedaban un poco cortados durante unos segundos, pero a continuación se ponían de nuevo a lo suyo. La compañera recapacitaba y volvía sobre sus pasos. Cuando volvía a entrar, los dos estaban ya en pelota viva. La pava, tumbada en la mesa del despacho, y el tío comiéndole el pitorro.

Se me estaban cerrando los ojos. La compañera llegaba hasta donde estaban los otros dos, se arrodillaba y le metía la lengua en el culo al tío. Él la miraba con complicidad, o así debía de indicarlo el guión, pero seguía chupando a la otra. La de detrás separaba las cachas del tío. Eran dos cachas musculosas, el pavo era un culturista, o poco menos.

La de detrás me ponía más que la otra. Las tetas eran naturales, cosa bastante poco frecuente en esas pelis y que yo siempre agradecía mucho. Le empezaba a pasar las peras por el culo, y al tío le empezaba a poner más. Ya pasaba menos tiempo con el chichi de la de delante, y más girando la cabeza para mirar a la otra, que le sonreía cachondona desde abajo.

Al final, el tío se daba la vuelta, agarraba a la piba por los sobacos, la levantaba y la empezaba a besar en los labios. La tía le correspondía, y a la vez le cogía la picha con la mano izquierda y los huevos con la derecha. Ahora el pavo agarraba las berzas y las estrujaba. Lo hacía demasiado fuerte, se notaba que a la actriz le molestaba. Pero le seguía sonriendo con esa sonrisa de plástico.

La pava que ahora se había quedado sola empezaba a acariciar la espalda del cachas, y a chuparle la oreja. El tío se encendía y, con gesto de lanzador de piedras, arrodillaba con un toque seco en cada hombro a la que tenía delante y le metía la cola en la cara. Le follaba la mandíbula durante un tiempecillo. La de detrás seguía dando besitos y masajitos. Terminaba por poner nervioso al tío, que le daba un manotazo sin mirarla y la tiraba al suelo. La tía se levantaba tocándose la nariz y mirándose la mano para ver si estaba sangrando, y a continuación, con gesto irritado, saltaba a la espalda del culturista y le empezaba a tirar del pelo y a arañar en la cara.

El tío se desentendía de la mamada y empezaba a dar vueltas sobre sí mismo, intentando deshacerse de su agresora, pero como ella seguía agarrada a la espalda, nunca la cogía. Se lanzaba contra una columna, la tía se golpeaba y se soltaba. Caía al suelo, y el tío la cogía y le separaba las piernas a la fuerza.

Di una cabezada. Soñé que estaba en la oficina, tecleando, y me levantaba un momento para ir al baño. De camino, iba pensando en que nada me haría más feliz en la vida que hacérmelo con alguna de la oficina en la antesala de los baños. Atravesaba la puerta que daba acceso a la misma y llegaba a la de los tíos, pero estaba cerrada con llave, o atascada. Lo intentaba una vez tras otra, pero no cedía. Me sujetaba el paquete y doblaba las rodillas, me estaba meando bastante. Entonces intentaba entrar en el de las chicas pero también estaba cerrado. Me iba impacientando, forcejeaba con una puerta y otra, pero no cedía ninguna de las dos.

No me quedaba otra que salir y bajar a la calle. Pero también la puerta de la antesala estaba cerrada. Estaba encerrado entre las tres puertas. Empezaba a dar puñetazos en la puerta de la antesala para que viniese a abrirme alguien de la oficina, pero no venía nadie. Así que me decía que qué demonios, que iba a mear ahí, en un rincón de la antesala, y a tomar por culo.

Pero resultaba que tampoco me podía bajar la bragueta, ni desabrocharme el pantalón. Tiraba con toda mi furia de las costuras, pero no había nada que hacer. Aguantaba todo lo que podía, pero

después de ir más allá de lo que daba de sí el cuerpo, y luego más allá, y un poco más allá todavía, me acababa meando encima.

Al principio, con una vergüenza acojonante. Pero luego, conforme me iba embargando esa sensación de saciedad, de satisfacción, de abandono, y ese cosquilleo, me decía que bueno, que se jodieran los que me tuvieran que ver ahí con el charco de pis en el pantalón, que se rieran lo que quisieran.

Llegaba a contemplar la posibilidad de hacerlo en alguna otra ocasión. Y esto me remitía al debate de siempre sobre que los humanos éramos gilipollas por esforzarnos en escapar de nuestra naturaleza animal, a la que estábamos indisolublemente unidos, nos pusiéramos como nos pusiéramos. Podíamos erguirnos, vestirnos, perfumarnos, sofisticar nuestro lenguaje, pero al final éramos putos monos con menos pelo por el cuerpo. Y eso, en el mejor de los casos.

Así que me sentaba en un rincón oscuro de la antesala, meado, como un inútil, pero también muy consolado. Ya no tenía nada que perder, no tenía miedo, no cabía mayor abyección y tampoco era para tanto.

Me despertó la puerta del salón al abrirse bruscamente. Me moví en el asiento sin saber dónde estaba. Mi madre había entrado en el salón y nos había pillado a mi hermano y a mí dormidos, con la peli porno puesta. Se irritó tanto que me agarró de la patilla y tiró tan fuerte que me levanté de un salto. Me miró con ira, como un puñal, y me dijo que cómo me atrevía.

Al levantarme, noté el calor y la humedad en la entrepierna. Me había meado encima en la realidad. Me cagué en la puta deoros. Estábamos a oscuras, la luz de la tele llenaba la habitación, pero todo estaba lleno de sombras. Para mí era fundamental que mi madre no se diese cuenta de que me había meado. No tenía por qué, si yo no perdía el dominio de mí mismo.

Le dije que perdonase. No me atrevía a mirarla a los ojos. Me dijo que cómo que perdonase. Le dije que nos habíamos quedado dormidos viendo el programa anterior a esa película, contradiciendo el hecho de que le acabase de pedir perdón. No se lo creyó. Me dijo que estaba muy equivocado, muy equivocado. Empezó a subir el tono de voz, quizá sin darse cuenta.

Enseguida aparecieron mi padre y mi hermana en escena. Mi padre encendió la luz, pero a mí me dio tiempo a sentarme sin que nadie notase mi manchurrón, y quité la tele rápidamente. Mi madre se marchó, muy agitada, me pareció que al borde de un llanto crispado. Mi padre y mi hermana se desplazaban con torpeza por el salón, aunque despejados súbitamente por el susto de oír a mi madre plañir así.

Mi padre preguntó que qué pasaba. Yo no sabía si había llegado a darse cuenta de que yo acababa de quitar una porno. Le dije que se había puesto muy nerviosa porque habíamos salido los dos a cenar y habíamos bebido un par de cervezas y a mi hermano le habían sentado mal.

Mi padre siguió parpadeando un poco confundido. Preguntó que por qué se había puesto así, que si había pasado algo más. Yo decía que no, pero me avergonzaba de mí mismo por tener la cara tan dura. Miré a mi hermana, que me miraba con cierta irritación, absolutamente solidaria con mi madre. Ejercía de voz de la conciencia que me hacía sentir culpable en todo lo referente a tratar de desembarazarme del yugo de mi madre.

Mi padre me dijo que ya éramos mayores y que no debíamos darle disgustos a nuestra madre,

que había que intentar pensar todos como un bloque y colaborar. Ya estaba empezando a desplegar todo un discurso sobre la importancia de la familia como primera unidad de la sociedad, cuando mi hermana empezó a lanzar bufidos desaprobatorios.

Asumía el papel castrador de mi madre cuando ésta no estaba presente. Pidió silencio de manera cortante y dijo que ya era muy tarde, y que ya me valía, que yo estaba siempre mandando callar a todo el mundo, que no se podía ni respirar en la casa cuando yo estaba acostado, y que ahora que era yo el que había llegado tarde, había levantado a toda la familia.

Qué razón tenía, joder. Qué castradora ni qué ocho cuartos, lo único que pasaba era que yo era un jeta que exigía mucho y que ofrecía muy poco a cambio. Me puse en cuclillas para desabrocharme los zapatos. Al hacerlo estuve a punto de perder el equilibrio, pero, por suerte, tanto mi hermana como mi padre ya se habían dado la vuelta y no me vieron.

Me quité los zapatos y me encaminé hacia mi habitación con ellos en la mano. Al entrar en el pasillo, todavía pude ver las siluetas de los dos perdiéndose en sus respectivas habitaciones. Mi hermano, por su parte, seguía frito en el salón.

Capítulo VII

Un día coincidí con Ainhoa al salir de la oficina. Me dijo que tenía médico, y que había pedido permiso para salir antes. La dejé pasar y le miré el culete. Quizá estuviera algo fofo, pero había sido muy majo pocos años atrás. Se le marcaba la goma de las braguitas en mitad de los glúteos. Bajamos en el ascensor, aunque sólo eran dos plantas.

Le pregunté si vivía muy lejos, y me dijo que no, pero que el médico sí estaba a más de veinte minutos en coche. Yo le dije que no tenía carnet de conducir, y le sorprendió un poco. Le dije que siempre lo iba aplazando, siempre encontraba cosas más urgentes.

Entonces me dijo que antes de empezar a dejarme dinero en la autoescuela, tenía que aprender a conducir. Que era mejor ir sabiendo ya, como había hecho ella en su pueblo. Así dabas menos clases.

Yo no mostré excesivo interés, porque me daba miedo conducir. Pero ella insistió en que, si quería, y como tenía las tardes libres, podíamos vernos sobre las siete y conducir un rato. Ella lo llevaría hasta una zona que conocía en la que apenas había circulación, y allí me enseñaría unas maniobras básicas.

La tía estaba bien, pero sonaba todo un poco raro. Yo no entendía qué interés podía tener ella en que yo condujera. Yo siempre había contado con liarme con alguna que tuviera coche y que me llevase y trajese aquí y allá.

Le dije que vale, que cuando quisiera. Era muy posible que las pasase putas al volante, pero me dije que muchas pavas encontraban muy divertida mi absoluta torpeza. Yo había aprendido a dejar de ocultarla, al final salía a cuenta mostrarse patoso en según qué cosas. Todo se perdonaba si luego uno mostraba pericia para follar. Qué zorras eran.

Dos o tres tardes después, coincidimos en la comida y me preguntó sonriente si estaba preparado para mi primera clase. Le dije que, si quería que fuera sincero con ella, estaba un poco nervioso. Se empezó a tronchar. Me dijo que era muy fácil, pero que mis propios nervios podían hacer complicado lo sencillo. Que era esencial permanecer tranquilo.

Cuando salí a la calle, me quedaban dos horas por matar hasta la clase. Llamé a Carmen y me dijo que esa tarde tenía menos lío, que si quería podía acercarme a la redacción y nos veíamos un rato.

Al llegar, estaban dos de las amigas de aquella tarde. Las dos que no eran Laura. La tetuda resultó llamarse Raquel. Me saludó, aunque se notó que no se acordaba de mi nombre. Quizá ni se acordase de mí siquiera. Me enfadé un poco. La otra dio un paso al frente, me agarró la cabeza y me besó sonoramente en los mofletes. Me preguntó que cómo estaba. Se llamaba Merche.

Se apartó y dijo que era una afirmación, no una pregunta, y se empezó a reír. Las otras dos ni miraron, no se enteraron de la broma, pero a mí me hacía gracia que fuera gansa. Hombre, me hacía gracia para un rato, supuse que si fuera mi mujer yo pasaría mucha vergüenza ajena.

Hablamos un ratillo en la puerta del despacho de Carmen y luego bajamos los cuatro a una cafetería cercana. Carmen se pidió un té, y los demás, cerveza. Me pareció que formaban un grupo

descompensado, no se parecían nada entre sí. Carmen parecía mucho más centrada, y también más elegante, sobre todo en ausencia de Laura.

Me dije que quizá el haber tenido el niño la había ayudado a encontrar su lugar en el mundo, como tantas veces había oído decir. Me pregunté qué habría sido de mi vida si hubiese nacido mi hijo. Ahora no estaría sentado en esa terraza, ni podría permitirme trabajar sólo cuatro horas al día.

Quizá el cambio no tuviera que ver sólo con eso. Quizá se refirieran todos a que uno se veía obligado a asumir al fin una responsabilidad ineludible, te ponías las pilas porque no quedaban más narices. Por suerte, yo hasta ahora había tenido la opción de eludir cada una de las responsabilidades que se me habían presentado. Luego había habido algunas que sí había asumido, pero me gustaba que no hubiera una obligatoriedad real.

Merche me dijo que estaba muy serio, que en qué estaba pensando. Le dije que me gustaba lo unidas que se las veía a las tres. Escogí al azar una de esas frases que siempre provocaban alguna reacción. En este caso, miraron al suelo casi a la vez, y se hizo un silencio algo incómodo. Luego seguimos hablando, pero la tensión no desapareció por un rato.

A las siete en punto estaba como un clavo en la puerta de la oficina esperando a Ainhoa. Temblaba como un flan. Salió a la calle un par de minutos después, con otra compañera a la que yo sólo conocía de vista. Ésta me saludó levantando la cabeza y le dijo a Ainhoa que hasta el día siguiente.

Cuando nos quedamos solos, me cogió del brazo y me preguntó si estaba preparado. Me violentó un poco su familiaridad, nunca nos habíamos tocado hasta ese momento. Le dije que no, pero que lo iba a hacer costara lo que costara. Me dijo que ésa era una buena política. Me pareció que estaba también nerviosa, más de lo que quería que se le notase.

Tenía el coche aparcado a la vuelta de la esquina. Estaba reluciente, y tenía una florecita de goma colgada del retrovisor. Y una pegatina con el símbolo de la paz pegada en el cristal. No le pegaba nada, se notaba que era dura de cojones, partidaria de la lucha sin cuartel, de las trincheras.

Arrancó y me dijo que era el coche de su hermana. Que el suyo estaba en el taller porque se había dado una piña contra un gilipollas que se había saltado un ceda el paso. Le pregunté si le había pasado algo, fingiendo cierta alarma, y me dijo que no, que ella era mala hierba.

Unos veinte minutos después llegamos al descampado. Me sudaban las manos. Me dijo que había llegado mi turno, y se levantó con energía. Yo salí por mi puerta encorvado. Me sentía como un actor que no se sabía el papel cuando ya se estaba levantando el telón.

No era fácil mostrarle a otra persona lo inoperante que era uno. Sobre todo, si era una tía a la que se quería impresionar. Ya era jodido contemplarlo uno mismo, pero ante ella era peor. Hombre, era verdad que se alcanzaba mucha intimidad muy rápidamente. Me había pasado más veces. Se les despertaba a las tías una solidaridad maternal y se sentían obligadas a hacerse cargo del paquete que yo resultaba ser.

Me senté en el asiento del conductor. Estaba caliente, aunque pensé que lo había dejado caliente su culito y restregué un poco las nalgas contra la tela. Ella me estaba hablando, pero yo ya estaba

bloqueado desde antes de empezar. Me explicó que tenía que pisar el pedal de la izquierda con el pie izquierdo, y empujar la palanca.

Empecé a mover la palanca sin pisar ningún pedal. La palanca se resistía. La movía cada vez más fuerte, pero nada. Yo me estaba enfadando, qué mierda de coche. Me estaban entrando ganas de llorar de rabia, o de gritar algo. Entonces me puso la mano en el hombro.

La miré. Me estaba mirando a los ojos. No se veía bien su cara porque estaba empezando a oscurecer, pero pude sentir su mirada. Era como si me sujetase la cabeza con las dos manos. Me dijo que tenía que pisar el pedal de la izquierda. Lo hizo con una suavidad que yo todavía no le conocía. Lo pisé.

Luego moví la palanca, y se movió. Me dijo que muy bien. Me encantaba que me dieran ánimos, me daba seguridad. Me di cuenta de que estaba sudando, me limpié la frente y una ceja. También me chupé una gota de sudor que me había rodado hasta la boca. Sabía salada.

Me dijo que tenía que ir levantando suavemente el pie, y pisando el acelerador con el otro pie. Levanté el pie de un tirón y el coche dio un brinco. Por primera vez estuvo a punto de escapársele la risa, pero mantuvo la concentración. Me dijo que se me había calado, y que tenía que volver a arrancar el motor.

Estuve un rato largo al volante, pero no fui capaz más que de arrancar y hacer avanzar el coche unos metros. Al fin, me dijo que ya había sido suficiente por ese día. Se bajó y me abrió la puerta. Al incorporarme me di cuenta de que tenía todo el cuerpo agarrotado. Estaba tan cansado muscularmente como si hubiera estado descargando camiones durante horas.

Me preguntó que dónde vivía, para llevarme a casa. No se lo supe explicar bien. Tartamudeé. Se daba la circunstancia de que yo me subía al autobús en su primera parada y me bajaba en la última, pero no sabía cómo se iba en coche. Me miró como si fuera un poco tonto. Le expliqué que durante el trayecto siempre iba leyendo, y nunca, en años y años, me había fijado bien en el camino. Quizá pensó que le estaba tomando el pelo, pero era cierto.

Dimos unas cuantas vueltas y al final conseguimos llegar. Me deseó buenas noches, pero no me dio ningún beso. Yo que me las prometía tan felices con la cita en el descampado, y había quedado como un lerdo.

Cuando llegué a casa, mi padre estaba roncando delante de la televisión. Se despertó al oírme entrar. Me sonrió y me dijo que estaba a punto de quedarse dormido. Trabajaba quince horas al día. Le pregunté si estaba cansado y me dijo que no.

Cuando llegaba a esas horas, me encantaba cenar solo, abandonándome a mis pensamientos y a mis recuerdos. Encontrarle levantado era una putada para mí, porque él creía que yo quería cenar acompañado y se quedaba por hacerme compañía. Yo le decía que se acostase, pero él creía que lo decía por deferencia hacia él e insistía en quedarse.

Me preguntó que qué tal el trabajo, y le dije que bien. Me dijo que estaba contento porque, sin ningún contacto ni referencias, estaba consiguiendo entrar en un mundillo difícil, como el del periodismo. Emití un gruñido. Dijo que cuando él empezó, había trabajado en cosas que no estaban relacionadas con su carrera, y que poco a poco se había ido introduciendo en su profesión. Sentía verdadero cariño por su profesión, incluso llevaba una insignia en la solapa.

Yo le dije que no estaba claro qué trabajos estaban relacionados con mi carrera y cuáles no, y que, en cualquier caso, no estaba interesado ni en unos ni en otros. Me dijo que lo comprendía, porque hasta ahora habría tenido trabajos ingratos, pero que con el tiempo iría amando el hecho de ganarme la vida haciendo algo que me gustara. Entonces le dije que tampoco había nada que me gustase, y me dijo que eso no era así.

No encontraba la manera de provocarle, ni de llevarle la contraria. Quería estropearle el discurso. Me habría gustado sacarle de sus casillas, verle perder la calma. Seguía molesto con él por haberme esperado levantado. Me había jodido la posibilidad de pasarme la cena pensando en el culito de Ainhoa. Lo miré con rechazo. Me sonreía con su mirada comprensiva y cariñosa, de perro fiel que nunca me fallaría.

Capítulo VIII

Tal y como me había imaginado, mi relación con Carmen fue ganando en intimidad desde el día en que conocí a su hijo. Fuimos quedando con más asiduidad. Unas semanas después, quedamos para cenar. Los dos solos. Supuse que se trataría de una cita en toda regla. Por si acaso, quedé unas horas antes con Santi y me tomé cuatro o cinco cervezas. Para resultar más divertido.

Efectivamente, me sentía suelto y la traté de tú a tú. Quizá por vez primera. Siempre le tenía demasiado respeto. Ahí sentada delante de mí, hablando en voz tan baja, sin exabruptos, tan bien plantada, tan moderada. Qué seguridad aparentaba, por mucho que ella dijese que tenía sus cositas.

El conocer a Emilio no hacía que yo la viera diferente. No dejaba de hablar de él y de las dificultades que preveía. Yo le decía que Emilio era un chaval increíble y que seguro que los idiotas que ahora pudieran darle la espalda, tratarían de ganarse su aprecio en pocos años. De veras lo creía así.

De la misma manera que yo admiraba su tono suave, su dominio de sí misma, ella sentía curiosidad por mi permanente estado de efervescencia. Le hacía gracia que hablase tan rápido, pero que a pesar de ello lo hiciese con una precisión acojonante y una dicción que para qué te voy a contar.

Decía que mi cabeza le recordaba a la de su hijo. Que éramos las dos únicas personas que conocía a las que ella tenía problemas para seguir. Que éramos igual de rápidos y saltábamos de un tema a otro con la misma facilidad. Que podíamos mantener siete conversaciones a la vez con una coherencia interna absoluta en cada una de ellas.

Yo la escuchaba sonriente. Me encantaba que me dorasen la píldora. Y si lo que se elogiaba eran mis cualidades intelectuales, mucho mejor todavía. También era verdad, me dije, que si me estaba elogiando era porque le ponía en el plano físico. De lo contrario, seguro que ni siquiera estaría cenando conmigo, la muy hija de puta.

Me dijo que su hijo siempre le decía cosas que la dejaban desconcertada. Conocía la longitud de cada uno de los ríos del planeta, las dimensiones de cada país, todos los resultados de su equipo de baloncesto en las últimas cinco temporadas, y había creado dos lenguajes propios, que eran los que utilizaba cuando jugaba con sus muñecos. Saltaba de un lenguaje al otro en función del muñeco que tuviera en la mano.

Le pregunté que cómo distinguía ella si había cambiado o no de idioma, y cómo podía saber si esos idiomas eran siempre iguales o se los inventaba cada vez que jugaba. Quizá no fueran idiomas perfectamente estructurados, sino sólo palabras que no significaban nada, balbuceos que nunca se repetían.

Se echó a reír y me dijo que esa pregunta ya demostraba que yo tenía otra cabezota como la de su hijo. Que estaba segura de que si se lo hubiera contado a cualquier otra persona, sólo le hubieran contestado que vaya, qué barbaridad, y tal.

Ella me había tomado por mucho más listo de lo que yo era en realidad. Siempre me pasaba eso. Yo debía de tener cara de listo. Me mantuve en silencio, no desmentí nada. Me quedé ahí

sonriendo con falsa modestia.

De puta madre, ya había colado. Si la pava me tenía por más inteligente que ella, me hablaría con una deferencia ante la que yo me sentiría como pez en el agua. Mi inseguridad se esfumaba en cuanto la otra persona me hacía ver que me tenía por espabilado. Entonces podía llegar a decir cosas francamente dignas de esa admiración.

También me pasaba lo contrario, si el otro me hacía ver que yo le parecía tonto del culo, me trastabillaba ante la cosa más simple. Siempre confirmaba los diagnósticos de los demás, para bien o para mal. Estaba absolutamente a merced de lo que pensasen de mí, o incluso de lo que me hiciesen creer que pensaban. Por eso me gustaba estar con gente que creyera firmemente en mí.

Después de la cena, dimos un paseo. Era sábado por la noche y las calles principales estaban a reventar. Ella siempre andaba con los brazos cruzados y mirando al suelo. Se movía muy despacio, con ritmo. Tomamos unos cócteles en un sitio brasileño.

La música estaba muy alta para lo que yo podía aguantar, pero no dije nada porque las cosas estaban saliendo bastante bien y ella parecía no haberse dado cuenta de lo viejo que era yo por dentro. Mi hermana decía que yo era un abuelillo encerrado en un cuerpo de joven.

Estábamos tomando una cosa de color azul cian con pajita. Ella estaba sorbiendo la suya cuando entornó la mirada y me preguntó si me apetecía bailar. Yo sentí un escalofrío, tartamudeé y le dije que no con la cabeza. Sonreí y dije que no, no, no. Se rió y dijo que por qué no. Había siete u ocho personas bailando, mulatos con la camisa abierta y negras con el pelo afro y faldas blancas. Le dije que no se me daba nada bien.

Insistió. Se acercó a mi oído y me dijo que esta noche se sentía joven, que no quería ser siempre una mamá. Que también era una mujer. Se me tensó el esfínter. Yo era muy capaz de negarme, hasta la desesperación. Me cogía las muñecas, me las agitaba y simulaba maullidos de gato. No la reconocía, pensé que quizá se le estuviera subiendo la bebida. Me faltó poco para enfadarme con ella y llamarla al orden.

Pero me acordé de Emilio, me lo imaginé jugando solo. Luego me la imaginé a ella deseando con todo su corazón que su hijo tuviese una vida normal. Me planteé por un segundo cuánto podía sufrir una madre que amaba a su hijo más que a sí misma. Yo nunca había amado a nadie que no fuera yo mismo. La miré. Seguía haciendo la tontería de los maullidos, pero ahora lo vi muy distinto. La noche le brindaba una oportunidad de darse una tregua de unas horas. No era el momento de que yo sacase a relucir mi baraja de tonterías. Me levanté refunfuñando.

Me empecé a mover tanto como me daba el cuerpo. Hacía aspavientos, saltaba, me inclinaba y me volvía a cuadrar. Los que estaban sentados empezaron a llamarse la atención unos a otros sobre mí. Los demás bailarines me fueron haciendo hueco. Me sentía como si me rodease un corro de admiradores. Creí por unos momentos que era un bailarín callejero en un suburbio, bailando con mi radio a todo volumen.

Todos se reían. Era posible que se burlasen, y era posible que les gustase. Pero no había tiempo para comprobarlo. Baila, baila, baila. Lo más difícil había sido empezar. Ahora todo salía solo, mi cuerpo y la música se entendían el uno al otro, jugaban, se retaban, se anticipaban mutuamente. No quería que se acabase nunca aquel momento. Jodeos todos los que no creíais en mí, mirad

ahora de lo que soy capaz. A ver si alguna vez hacéis vosotros algo así. Caña, caña. Comprendía a todos los que se enganchaban a cualquier cosa, qué adictivo.

Cuando terminó la canción, me dirigí de nuevo a mi banqueta. Estaba sudando como un pollo, pero qué gratificante sensación de deber cumplido. Me había divertido más que con todas las cervezas y que en todas las camas. Enseguida me alcanzó Carmen, que se sentó en la suya. Me sonrió y me dijo que qué prisa, que podíamos haber bailado un poco más. Me molestó un poco que no reconociera mi sacrificio. Ella no tenía ni idea del esfuerzo que me había supuesto, la catarata de complejos que me había venido a la garganta en el momento de levantarme hacia la pista.

Pero me mantuve frío y le dije que lo bueno, si breve, dos veces bueno. Entonces puso una mano en mi banqueta, justo en la parte de la misma que quedaba entre mis piernas abiertas, y me preguntó si yo creía. Me miró con lascivia, por vez primera. Me di cuenta de que no la creía capaz de esa mirada, ni siquiera había contemplado que tuviera esa dimensión, esa faceta.

Me puse nerviosísimo. Quise decir varias frases ingeniosas a la vez, pero no conseguí decir ninguna, entrechocaron todas en mi cerebro. Le hizo gracia y me dijo que era la primera vez que me dejaba sin palabras. Le dije que sí, y me sonrojé. Entonces se me acercó y me besó en los labios. Los suyos estaban fríos. La lengua también. Sabía al licor azul.

No sabía qué coño había hecho, pero lo había conseguido otra vez. Era un pichabrava cabrón. Claro que, bailando así, no me extrañaba que las mujeres cayeran rendidas a mis pies, me dije. Qué sobrado me veía. Qué fácil era meterme conmigo mismo cuando las cosas me salían bien.

Fuimos a otro bar, y luego a otro. Yo ya no sabía ni dónde estaba. Entreveía allá, a lo lejos, como en sueños, que había pasado algo muy agradable, que estaba siendo una gran noche, pero ni siquiera caía en la cuenta de por qué. Me sentía acogido, sabía que estaba con alguien que me iba a cuidar, que no iba a permitir que me pasase nada malo. Pero por momentos ni siquiera sabía quién era ese alguien.

Me metí en su coche y condujo hasta su casa. Me desperté cuando ya estaba aparcando frente al edificio. Me costó un esfuerzo sobrehumano despegar los ojos, y no te digo ya levantarme y andar hasta el ascensor. Me dije que tenía que apretar los dientes por unos minutos y luego la recompensa se presentaría por sí sola.

Me tumbé en su cama vestido. Ya había hecho bastante. La escuchaba lavarse los dientes en alguna parte de la casa. Abrí los ojos y miré la lámpara. No paraba de dar vueltas, no se quedaba quieta. Miré a mi izquierda. Había un armario de madera cerrado. Entonces entró en la habitación.

Se desvistió delante de mí y se puso un camisón blanco como de niña. No me pude fijar en ningún detalle de su ropa interior, muy a mi pesar. Me escocían los ojos y lo veía todo borroso, por más que trataba de enfocar. Le pregunté si estaba pedo, y me dijo que no tanto como yo. Luego me quitó los pantalones y la camiseta. Lo hizo con mucha dulzura, sin reproche alguno, aunque también sin ninguna connotación sexual. Era como si estuviera desvistiendo a Emilio.

Entonces caí en la cuenta y le pregunté si no le estaríamos molestando haciendo tanto ruido. Apagó la luz del techo y encendió la de su mesilla, y me dijo que ese fin de semana estaba con su padre. Luego me acarició el torso con la mano izquierda. Yo me sentía incapaz siquiera de corresponder a su caricia, de mover un solo músculo. Como para tener una erección. Sí, hombre,

sí. Y qué más.

Me acarició los muslos brevemente. Yo cada vez parpadeaba más densamente, tardaba más en abrir los ojos y menos en cerrarlos. Poco a poco, fue espaciando los cariñitos, hasta que se giró definitivamente hacia su lado de la cama.

Capítulo IX

Cuando me desperté, se estaba duchando. Me incorporé penosamente hasta quedar sentado en la cama. No tenía resaca. Nunca tenía, qué de puta madre. Era sábado por la mañana, no tenía nada que hacer en todo el día. Le había dicho a mi madre que iba a pasar el fin de semana en la sierra, en casa de unos amigos. Así que me podía pasar allí todo el puto día, si se terciaba.

Entré en el baño cuando ella ya se estaba secando. Se había recogido el pelo con una toalla y llevaba otra desde las axilas hasta la mitad de los muslos. El espejo estaba lleno de vaho. Se estaba poniendo crema hidratante en las manos y en los brazos. Me sonrió cuando entré y me preguntó si me dolía mucho la cabeza. Le dije que no, que nunca tenía resaca. Abrí el grifo y me lavé la cara.

Le pregunté si podía quedarme un rato. Me dijo que si era tonto. Que su casa era mi casa. Fuimos a la cocina a desayunar. Era una tía poco mayor que yo, pero su casa ya era una casa hecha y derecha. Ella ya había dado ese salto cualitativo que yo no estaba teniendo los cojones de dar, quería seguir siendo un niño y que me lo hiciesen todo durante toda la vida. Bueno, los cojones o lo que fuera. Para mí, desde luego, no era una cuestión de cojones en absoluto.

Estaba mordiendo una galleta cuando me preguntó que por qué no me ponía a escribir. Le dije que a qué se refería, que no tenía que entregar el siguiente artículo hasta dentro de diez días. Me dijo que no, no, que por qué no cogía el toro por los cuernos y me ponía a escribir una novela. Le dije que nunca me lo había planteado, aunque no era verdad. Me dijo que tenía la intuición de que podía ser un muy buen escritor. Ya había escuchado eso en alguna parte, aunque en esta ocasión no me quise poner a la defensiva porque tenía intención de mojar.

Le pregunté que qué le hacía pensar eso, y me dijo que mi manera de asomarme al mundo era la de un escritor. Que no me preocupaban las cosas logísticas que le preocupaban a todo el mundo. Que no tenía ninguna mundología, ni sentía curiosidad por cosas con las que todos estaban familiarizados. Tampoco sabía moverme, ni tenía ningún control sobre mi cuerpo.

Que era un individuo muy estático, casi hierático, al que le pasaba por alto casi todo, y que sin embargo advertía cosas que nadie más percibía. Y que, desde luego, tenía una forma de contarlas de la que muy poca gente era capaz. Que tenía mucha fantasía, y también un don para atraer la atención hacia lo que quería contar. Y que quizá el único escollo era que todavía no sabía bien qué quería contar, pero seguro que sí sabría cómo hacerlo.

Me impresionó un poco que tuviese un perfil sobre mí tan acabado. Aunque en líneas generales no me sentía muy identificado. No pensaba que tuviese fantasía, ni creatividad. Era cierto que no me enteraba de nada, no sabía cómo todos a mi alrededor podían estar al corriente de todas las innovaciones tecnológicas, de los cantantes del momento o información de ese tipo. No sabía dónde había que buscar nada de eso.

Lo que tampoco era verdad era que no supiera moverme. Me molestó un poco que lo pensase. Le pregunté si no me había visto bailar la noche anterior. Como se empezó a aguantar la risa, fingí que lo decía de broma, aunque lo había dicho totalmente en serio. Me acababa de enterar de que le parecía un gracioso, pero torpe, y no el diablo de la pista que yo creía ser.

Me quería consolar con la idea de que lo importante era que me apreciaba, pero yo lo que quería era impresionarla. Se lo dije, y me dijo que quedaría impresionada cuando leyese lo que yo tenía que tener el valor de escribir.

Terminé el desayuno. Me estaba cagando vivo, pero no sabía cómo ir sin que se diera cuenta de que estaba yendo al baño para eso. Yo me había convertido automáticamente en un erudito, un escritor, alguien con una visión propia de las cosas. No podía cagar, eso no entraba en los cálculos, no podía venir en el guión. Así que cerré la puerta y abrí el grifo, como si me fuera a duchar.

Me puse a gñar con el grifo de la ducha abierto. Tardé menos de lo habitual. Olía fatal. Me levanté y toda la tabla estaba húmeda de sudor. Había gotitas como de rocío. Me metí en la ducha directamente, sin tirar de la cadena, porque si se oía la cadena perdería verosimilitud mi propuesta, cómo iba a sonar la cadena a la mitad de la hipotética ducha.

Al salir de la bañera sí tiré de la cadena. Ni siquiera tuve que pasar la escobilla, la plasta era bastante líquida. Me quedé más tranquilo, había estado todo ese rato preocupado con la posibilidad de que entrase en el baño mientras yo estaba bajo el agua y con todo el pastel en el retrete. A ver cómo lo explicaba.

Me vestí con la misma ropa sudada de la noche anterior. Cuando me vio, me preguntó si quería ropa de su ex, todavía quedaba alguna por la casa. Le dije que no, pero insistió. Al final me puse una camiseta que me quedaba algo grande y unos calzoncillos de padre, pero me quedé con mis pantalones y mi jersey.

Se me hacía todo rarísimo. No me era posible pasar por alto su confesión de la noche anterior de que yo le gustaba. Pero ahora estábamos recién levantados y como tampoco había llegado a pasar nada, tampoco me sentía legitimado ahora a intentar enrollarme con ella por vez primera, la situación no lo estaba pidiendo. Era posible que ella se hubiese lanzado porque llevaba unas copas, pero que por la mañana lo estuviera viendo todo distinto. Y como entrase en el baño, se iba a echar para atrás definitivamente.

Al final le pregunté que qué había pasado la noche anterior. Le dije que no me acordaba absolutamente de nada. Se rió y me preguntó que si de nada, de nada. Le dije que tenía una laguna enorme prácticamente desde la cena. Entonces me dijo que habíamos ido a un brasileño y habíamos tomado unos cacharrillos. Que yo me había puesto a bailar. Se echó a reír. Que había sido muy gracioso, que me habían hecho corro porque hacía muchas muecas.

Bajó la vista y dijo que luego nos habíamos besado. Le pregunté que si había estado bien. Me sonrió y me dijo que todo lo bien que podía estar besarse con alguien que no veía tres en un burro. Le dije que si se arrepentía de lo ocurrido. Me miró a los ojos y me dijo que en absoluto.

Entonces me acerqué a besarla y se dejó. La besé un par de veces. Le pregunté que qué tal. Me dijo que bien. Me di cuenta de que estaba mostrando toscamente mi inseguridad. Pensé que ella se estaría dando cuenta seguro, y le agradecí que no hiciera leña del árbol caído que yo podía ser en ciertos momentos, como habría hecho Nuria, por ejemplo.

Me gustaba mucho Carmen. La miré a los ojos. Qué mirada tan noble. Se daba cuenta de mi mierda y elegía no meter el dedo en la llaga. Lo contrario de lo que había estado haciendo yo con

ella no mucho tiempo atrás. Me sentí como un insecto una vez más. Joder, me pasaba con cada tía. Cuándo daría con alguien más miserable que yo. Todas me superaban en honestidad, en humanidad, en entereza, en dedicación.

Salimos a dar una vuelta por el barrio y compramos el pan. Me sentía como si fuéramos un matrimonio joven y modélico. Estaba soleado, pero hacía fresco. Luego la ayudé a hacer la comida. También en la cocina era distinta de las chicas con las que yo me metía en estos embolados.

Todas tenían ese aire de jovencitas de piso de estudiantes que sabían hacer cuatro cosas. Ella, en cambio, parecía llevar veinte años cocinando. La misma moderación con que se movía, y con que conducía, se manifestaba cuando cocinaba. Por supuesto, me pregunté si follando también sería así.

Después de comer, nos sentamos en el sofá. Tenía una mesa camilla con un brasero. Nos sentamos tras ella y nos cogimos de la mano mientras veíamos la tele. Lo dicho, como el maridito y la mujercita. Le empecé a acariciar los antebrazos. Luego, la cabeza. La apoyó en mi hombro.

No me abandonaba en ningún momento la sensación de que estaba con una mujer cuando yo sólo era un chiquillo. Quería tener cinco o diez años más para sentirme suficiente para ella. Pero era sólo cosa mía. Por extraño que fuera para mí, ella se comportaba como si estuviera con su pareja, parecía bastarle conmigo.

A pesar de esto, yo seguía a lo mío. Me parecía muy poco hombre sobre el que llorar. Vaya mierda de bastión que sería yo, si no sabía ni cuidarme a mí mismo. Giré la cabeza y la besé. Nos besamos más tiempo seguido que las anteriores veces. Al final le deslicé la mano dentro de la camisa de cuadros, sobre la camiseta que llevaba debajo. La puse en la teta. No hizo nada. La dejé ahí, me daba corte ir más rápido que eso.

Joder, macho, sólo era una teta, no había para tanto. Pasaba la palma abierta por la tela. El pezón no estaba duro. Le empecé a desabrochar los botones de la camisa. Luego levanté la camiseta hasta descubrir el ombligo. Tenía un michelín, pero nada preocupante para la edad que tenía.

Entonces me quité yo el jersey y la camiseta, todo de una sola pieza. Ése solía ser un momento clave para mi confianza, todas las tías hacían siempre un comentario sobre mi musculatura y eso me afianzaba. Ella no dijo nada. Supuse que a esas edades ya no se fijaban las tías en eso.

Cuando me empezó a acariciar el torso, me di cuenta de lo tenso que estaba. Me estremecí un poco. Me acariciaba con dulzura, era una situación más tierna que erótica. Quería ser cariñosa, no volcánica. Justo lo que yo había esperado, pero ahora me decepcionaba un poco. La mano en la teta me había puesto a mil en pocos segundos y no quería andarme con tonterías. Me sentía con una energía desbocada, de pronto la quise tumbar debajo de mí y darle un pollazo.

Pero claro, era muy consciente de que se imponía el discurso quedo, pausado, como si estuviese sonando música clásica de fondo. Tenía que conseguir hacerme dueño de mí mismo. De lo contrario, en pocos segundos le metería la mano dentro de las bragas o haría cualquier cosa que podría molestarla. Era como una sonámbula a la que había que tener cuidado de no despertar.

Respiré hondo y me puse a recitar para mis adentros la lista de los nueve planetas. Luego traté

de decir los nombres en orden inverso. Tenía que salirme del contexto, amansar al purasangre que se me había encendido. Me acariciaba los hombros y el cuello. Me pasaba el dorso de la mano por los pectorales. Pero mi táctica estaba funcionando. Me iba saliendo de mí mismo y podía empezar a mirarla a ella. Se quitó la camisa de cuadros, pero se quedó con la camiseta puesta.

Todo iba desesperantemente despacio. Supongo que para ella estaría siendo un momento más especial que la leche, pero yo sólo quería que se quitase el suje. Quería comerle las tetas. Ya habría tiempo para cariñitos después de follar. Quizá ella temiera que después de correrme me quedase dormido, o simplemente pasase de ella. Pero no, yo siempre seguía abrazando a las pavas después del orgasmo. Aunque no me apeteciera. Sabía que para ellas era importante, y era un buen elemento de negociación posterior.

Le pasé la mano por la cabeza. Un cráneo redondo, liso. No sabía por qué, pero siempre que palpaba una cabeza me daba por pensar que qué frágiles éramos todos, qué fino era el hilo del que pendía la vida humana. Qué poco había que hacer para que muriésemos, para que todas nuestras ilusiones se fuesen al carajo. Y qué espejismo toda sensación de seguridad.

Ahora sí que estaba definitivamente fuera del contexto sexual. Estaba preparado para la batalla de la paciencia, podía pasarme años ahí tocando puntos que no fueran clave, sin pasar a la acción. Que fuese ella quien tomase la iniciativa y se expusiese a que se la llamase a capítulo.

Y efectivamente, tras unos minutos ahí sobándonos las caras y mirándonos a los ojos como dos gilipollas, por fin empezó a poner carne en el asador. No le quedaban más narices. De lo contrario, nos hubiésemos hecho viejos en ese momento presuntamente romántico.

Acercó su cara como si fuese a besarme, pero pasó de largo y se paró junto a mi oreja. Me dijo al oído que yo despertaba en ella sensaciones que ya había olvidado. Me dio un poco de vergüenza ajena, pero era evidente que le estaba costando la vida abrirse de nuevo a la esperanza de ser amada, así que mantuve un silencio solemne y respetuoso.

Le dije que yo no era nada especial y que no sabía por qué le pasaba eso. Me dijo que no era cierto. Que hacía mucho tiempo que no había conocido a nadie como yo. Me empezó a chupar un pezón. Lo hizo más ardientemente de lo que yo había esperado. Le cogí la cara con las dos manos y la besé otra vez. Esta vez sí que me metió la lengua en plan bien, fue un beso como los que cabía exigir.

Nos besamos unos minutos. Volvía a estar cachondo, pero ahora sí estaba acorde con la situación. También ella se estaba activando, estaba casi como la noche anterior. Le empecé a agarrar las tetas. Qué gordas eran, la madre que me parió. Me empecé a poner realmente lascivo. Las estrujaba como si fueran globos de agua.

Por fin se quitó la camiseta. Llevaba un sujetador de madre, liso, de un verde apagado. En menos de un minuto también se lo quitó. Eso eran dos tetas. Me cagué en la puta. No podía ser que tanto placer se me precipitase de repente. Como morder una golosina de pica-pica.

Eran enormes, pero no se hacían fofas, ni deformes. No parecían dos alforjas, ni estaban caídas, y eso que ella ya había tenido un parto. Era como si estuvieran trucadas, retocadas. Eran las tetas que todo el mundo querría mirar y tener.

Las empecé a chupar sin más ni más. Terminó la novelería. Si ella me las estaba ofreciendo era

porque sabía que yo no era un cabrón que lo único que quería era comerle las tetas.

Siempre me hacía gracia ese contraste: como pensarán que sólo te las querías follar, ahí te quedabas. Pero como les hicieras creer que podías ver aquello que ellas creían tener y que los demás no valoraban, entonces sí podías follar como un cerdo, y faltarles más al respeto y tocarlas más cochinemente de lo que las hubiera tocado uno que sólo hubiera venido a follar.

Barra libre, todo estaba amparado por lo que había entre ella y tú. Entonces era amor, entonces los tocamientos estaban vinculados a lo que había nacido entre ambos. Y al que le reprochase su ligereza de cascos, ella le contestaría que no entendía nada de nada. No me jodas.

Me puse ciego con sus tetas. A mí las tetas de las chicas no me solían decir nada, siempre me fijaba más en las caras y en los culos. Nunca me iría con una tetuda que no tuviera nada más, mientras que sí me arrimaría sin problemas a una que tuviera un buen culo, a poco que no fuera desdentada o cejijunta.

Pero esta vez sí. Por vez primera entendía el deleite de comerse un par de tetas. Me sentía como un camionero en brazos de una bailarina de barra. Pero encima era una mujer inteligente, elegante, prudente, y además una buena madre. La suerte siempre estaba de parte de los cabrones como yo.

También le empecé a acariciar los michelines. No me molestaban en modo alguno, estaban justificados, había que verlos en su contexto. Era una mujer abundante, habría sido ridículo verla ahí metiendo tripa, o vigilando la línea. Era una mujer pensada para entregar, para ofrecer, para abandonarse sobre ella, porque tenía para sí misma y para todo el que se acercase deslomado para abreviar su sed.

Luego le seguí comiendo la boca mientras me desabrochaba el pantalón. Me encantaba la firmeza de sus movimientos, no había precipitación, ni ansiedad. Sabía muy bien lo que hacía, lo que estaba pasando, y no le temblaba el pulso. Eran las mismas manos que vestían a su hijo para llevarlo al colegio, dos versiones muy diferentes de una misma mujer, dos contextos.

Me puse de pie delante de ella y me bajó de un tirón los pantalones y los calzoncillos. No hace falta añadir que yo tenía una erección de caballo. La picha levantada ciento diez grados y apuntando hacia la derecha. Me volví a sentar, el culo peludo desnudo sobre el sofá. Lo hice instintivamente, sin pensar. Era un poco agresivo quedarse ahí de pie, un poco impositivo, y la cosa no estaba yendo por ahí.

Me besaba en el cuello y me acariciaba los hombros. Como si no hubiese visto la polla. Me dije que era posible que no la chupase en la primera cita. O nunca. Si no lo había hecho inmediatamente, quizá no fuera a hacerlo. En realidad tampoco me lo estaba pidiendo el cuerpo, quería comerle yo todo a ella. Me sentía como un explorador atolondrado delante de una esfinge, era yo quien tenía que mirar, estudiar, subir, bajar, medir, tomar notas en una libreta.

Entonces me levanté, le puse las manos bajo las axilas y la senté en el sofá. Le desabroché el botón del pantalón y le bajé la cremallera. Tenía unas braguitas verdes de encaje más atrevidas de lo que jamás hubiera imaginado. Me puse sus tobillos en los hombros y empecé a tirar de las piernas del pantalón.

Eché la cabeza hacia atrás con deleite, como si estuviera empezando a abandonarse. Tiré los pantalones por ahí. Ahora tenía sus piecitos en mis hombros, con los calcetines puestos, y a

continuación las dos piernas. Ya sólo llevaba puestas las bragas. Las tetas descansaban allí al fondo, dos enormes flanes de gelatina dormidos. Pese a los miches de la tripa, el cuerpo en general era magro, sólido. Era un mazacote, aunque las anchas caderas y las tetazas le otorgaban una feminidad acojonante.

Empecé a besar las pantorrillas. Estaban depiladas a la cera, algo ásperas. Pasé las manos arriba y abajo, como un masajista. Los muslos eran firmes, musculosos. Joder, tocarlos me puso casi tanto como sobarle las berzas. Era distinto, más erótico. Al final mis dedos se engancharon en sus bragas y la siguiente vez que bajé las manos, se las llevaron con ellos.

Tenía muy poco vello, muy clareado, como débil. Contrastaba con su enorme personalidad, con su rotundidad como persona. Me di cuenta en ese momento de que, sin saberlo, me había esperado un felpudazo del quince. En ella no me hubiera molestado para nada. Me hubiera sumergido en él sin escafandra.

Pero no, amigo mío: un chichi de jovencita, al menos en un primer golpe de vista. Ni siquiera en pelota picada y con una pierna en cada uno de mis hombros perdía la entereza, la dignidad. Era la polla esta tía. Me miraba serena. No había desafío en sus ojos, ni desenvoltura afectada, simplemente se mantenía en su sitio, como siempre hacía en todas las situaciones. Nunca supe de dónde sacaba ese saber estar, cómo conseguía conservar su lugar. Seguro que lo hubiera hecho aunque le echases mierda con una manguera.

El coño palpitaba aterciopelado como un albaricoque. Y estaba empapado Vaya, vaya. Aunque se mostrase así de tranquila, debía de estar en ebullición por dentro. Lo sorbí. Sorbía una y otra vez, olvidado ya de Carmen, sin mirarla. Sujetaba el culazo a pulso como si fuera un cántaro. Empezó a jadear, primero suave y con la boca cerrada, pero luego ya gruñidos de intensidad media. Después empecé a estirar el clítoris con mis labios, sin usar los dientes ni la lengua. También pasaba toda la lengua abierta, como un pastor alemán.

Llegó un momento en el que se me cansaron los brazos, así que los fui bajando hasta que sus pies tocaron el suelo. Me iba a sentar a su lado, pero no me dio tiempo. Me la empezó a chupar sin preguntar. Con un movimiento rápido se plantó a pocos centímetros de la cola, pero se la metió en la boca despacio. Como en todo lo demás, lo hacía a la vez con delicadeza y con firmeza, sin blandenguería.

Yo estaba tan caliente, que no tardé en correrme en el suelo, cerca de ella. Se levantó tranquilamente y se fue al baño. Volvió con un trozo de papel para limpiar el semen. Sonrió y dijo que había que deshacerse de la prueba del delito. Le pedí perdón y me dijo que eran cosas que pasaban. Me guiñó un ojo y me besó en la mejilla.

Se puso las bragas y se sentó a mi lado. Mi picha iba perdiendo su rigidez. Le dije que era una pena no haber podido hacer el amor, que me apetecía mucho. Al decirlo me sentí como un mono, pero ella no pareció darle importancia. Me acariciaba la espalda. Sentí que era mi cómplice, y era realmente difícil que yo sintiera eso.

Me preguntó si quería beber algo, y le dije que una cerveza. Ya eran como las seis de la tarde. Mientras me echaba la cerveza en el vaso me pregunté varias veces si debía decirlo o no, pero al final me dije que a la mierda con todo y le conté que desde hacía un tiempo eyaculaba al poco de comenzar. Empleé exactamente esas palabras, y me ruboricé, quizá más por lo pusilánime de las

palabras que por la propia confesión.

Se puso seria, a la altura de la importancia que yo le daba a eso, con ojos como de farmacéutica. Me dijo que conocía más gente a la que le había pasado, y que había terapias en las que se podía trabajar eso. Me escamó también esta palabra, me recordó a mi maldita profesora de teatro. Me dijo que me podía conseguir el teléfono de un sitio donde se hacía.

Qué fácil era todo con ella, no había margen para la burla, ni para la vergüenza, ni para la soledad. Qué gran compañera de viaje, en el caso de que uno hubiera sido honrado y buena gente como ella.

CUARTA PARTE

Capítulo I

Los lunes llegaba ilusionado al trabajo. Nunca me pasaba lo que siempre oía decir de que los lunes se hacían cuesta arriba porque venías con la inercia del fin de semana. Al contrario. A mí me gustaba la actividad, y ver toda la semana de trabajo por delante me emocionaba. Bueno, quizá fuera porque el trabajo que yo tenía tampoco era para matarse, y además sólo eran cuatro horas al día.

A la una y media entró Ainhoa. Habíamos dado un par de clases de conducir más, pero mi inoperancia absoluta había terminado por colmar su paciencia. Sin embargo, y tal y como yo había pensado, no se había enfadado conmigo por ser un zoquete. Aunque me daba la impresión de que, si en algún momento me había considerado como un posible polvo, desde que me había visto al volante se le habían pasado las ganas.

Se sentó enfrente de mí. Se había puesto flequillo, no me gustaba nada cómo le quedaba. Le pregunté si se había puesto flequillo y le dije que le favorecía un montón. Sonrió, se notó que le llegó el halago. Las duras eran a veces las más receptivas a esas tonterías.

Le pregunté qué le gustaría hacer con su vida, si estaba contenta con ese trabajo. Se rio con un sarcasmo algo amargo y me dijo que nadie podía estar contento en un trabajo así. Le recordé que había trabajos mucho peores, con peor horario, peor pagados y más esclavos. Lanzó un bufido de fastidio, como una niña a la que obligaras a recogerlo todo y ponerse a estudiar.

Después de un pequeño tira y afloja, me dijo que le encantaría trabajar en un hospital ayudando a los enfermos. Que no se sentía bien ganando dinero sin echar una mano a nadie. Me impresionó. Yo nunca me había planteado la opción de ganarme la vida facilitándosela a otros. Seguro que sería lo típico que aplaudiría mi madre, siempre tan frustrada con el energúmeno que yo le parecía.

Le dije que sólo tenía que ir paso a paso para conseguir lo que quisiera, y que el paso más difícil era el primero. Volvió su sonrisa mordaz. Ahora fue ella quien me recordó que yo trabajaba también ahí, y me preguntó si yo era una muestra fehaciente de que uno podía comerse el mundo.

Me mantuve bastante tranquilo frente a esa provocación y le dije que yo estaba en ese momento donde quería estar. Que en poco tiempo pasaría a otra cosa, que me sentía como en una plataforma, tomando impulso. Entonces me dijo que esperaba que saltando fuese más hábil que conduciendo.

Eso sí me jodió un poco más. No me gustaba que no me permitiesen justificarme. Además, quién coño se creía ella para determinar si yo estaba consiguiendo o no lo que quería, qué sabía ella cuál era mi sitio. Le dije que era muy cómodo pasarse allí los días cagándose en todo y maldiciendo por la mala suerte de uno, y que yo por lo menos me arriesgaba con las cosas que no se me daban bien, sin tantas lamentaciones.

Pensé que se enfadaría y se piraría, pero aún aguantó un asalto más. Me dijo que lo que sí que era fácil era negar uno que el presente era una mierda y justificarlo a los propios ojos diciendo que era una rampa de lanzamiento. Volvió a impresionarme, tanto por su lucidez en el análisis como por el lenguaje que estaba empleando. Me quedé callado como un gilipollas, me había

rajado con bisturí como a un pescado.

Ahora sí se levantó triunfal y se marchó con orgullo. Se notaba que se apuntaba un tanto. Cerró la puerta tras ella. Estaba seguro de que los ojos le brillaban mientras avanzaba por la oficina. Pero el caso era que tampoco estaba enfadado, sino casi como agradecido por hacerme ver algo sobre mí mismo que quizá yo nunca hubiese llegado a ver solo.

Yo siempre decía que quería que me dijese las cosas por las buenas, que aprendía más de los profesores que elogiaban mis posibilidades que de los que subrayaban mis defectos. Pero en este caso la tía lo había hecho para putearme, y sin embargo no me había irritado. Joder, de hecho me había puesto de buen humor.

La empecé a ver como algo más que un culito donde meterla. Nunca me había parecido nada del otro jueves, sobre todo desde el punto de vista intelectual. Pero eché la vista atrás y recordé varias situaciones en las que me había puesto en mi sitio, al margen de que se expresaba mejor de lo que yo le había querido reconocer, con la importancia que yo le daba a ello.

Pensé mucho sobre eso de que yo negaba la realidad. Estaba más en el futuro que en el presente, y me las ingeniaba para que el presente tuviera un sentido, y también un carácter de preámbulo necesario. Qué tonto era.

Llamé a Carmen y le dije que iba a empezar a escribir esa misma tarde. Se puso muy contenta. Me dijo que más valía tarde que nunca. Me preguntó si podía hacer algo por mí. Le dije que en realidad yo no tenía ni idea de cómo era el abismo que tenía delante de mis pies.

Me preguntó que por qué lo veía como un abismo. Que también podía ser un cheque en blanco, la oportunidad de convertirme en la ficción en lo que quisiera durante el tiempo que quisiera, de que me pasase lo que quisiera. Intentó hacerme ver que podía tomármelo como un juego y hacer oídos sordos a toda la presión.

Era verdad que la presión me atenazaba. Podía meterme en cualquier cosa, enrolarme en cualquier trabajo o en cualquier otra aventura del tipo que fuera, porque siempre me amparaba la red de que detrás me quedaría lo de escribir. Podía salir mal lo que fuera, que yo siempre transformaría cualquier fracaso en una experiencia sobre la que escribir.

Pero debajo de escribir ya no quedaba nada más. Ahora me daba cuenta del miedo que tenía. Yo, que siempre me burlaba de los miedos de los demás, que los detestaba por su atenazamiento.

Había intentado escribir un millón de veces. Había escrito un montón de cartas y de diarios, pero nunca nada de ficción. No sabía sobre nada, no había ningún tema sobre el que pudiera escribir más de dos párrafos. Tampoco tenía ni gota de imaginación, ni de creatividad. Ni tenía ninguna buena idea. Un par de veces me había puesto con un relato corto, pero el resultado había sido una puta basura.

Con lo fácil que me resultaba criticar cualquier novela o cualquier película, encontrar mil incoherencias o mil defectos de estilo. Pero qué distinto se veía desde el otro lado. Destruir era más fácil que crear, nos ha jodido.

Carmen decía que no tenía por qué inventar nada. Que ya me habían pasado más cosas de las que le pasaban a mucha gente en toda su vida. Y que, además, con la manera tan peculiar que tenía

de ver las cosas, y de contarlas, seguro que saldría algo explosivo con que me limitase a escribir sobre mí mismo.

Me gustaba, en abstracto, lo de ser escritor, pero no las tenía todas conmigo. Tenía un sentido de la obligación que siempre lo estropeaba todo. Y también una horrible tendencia a establecer rutinas y a mecanizar las cosas. Seguro que a la cuarta o quinta novela me haría con unos recursos técnicos suficientes para salir del paso sin involucrarme y llegaría a calcular con precisión cada cuántos minutos escribiría cada página. Yo podía desproveer todo de su magia y de su autenticidad.

Quizá me apetecía más seguir soñando con que era un escritor en potencia, alguien con una visión de la vida propia de un escritor, pero que no escribiera una mierda. Tener ese comodín para no usarlo. Cada vez que vinieran mal dadas, me diría que siempre me quedaría lo de escribir, cosa que no haría jamás.

Capítulo II

Al día siguiente entré en el comedorcillo de la oficina a la una y media. Allí estaba Ainhoa. Era la primera vez que llegaba antes que yo. Me sonrió y me preguntó que qué tal estaba. Tenía una dentadura fea, unos dientes pequeños y afilados, como los de una lagartija. Le dije que me sorprendía tanta amabilidad. Era cierto. Me dijo que por la tarde se había dicho a sí misma que quizá había sido un poco dura conmigo.

Le dije que al contrario, que me había venido muy bien. Que, de hecho, mientras ella pensaba en eso, yo había empezado a escribir. Se le iluminó la cara y me dijo que se alegraba un montón. Parecía que lo decía de verdad. Me dijo que estaba segura de que se me daría bien.

Le pregunté que por qué lo sabía. Me dijo que era evidente que yo tenía talento, y que lo que hasta ahora no había tenido claro era en qué se me manifestaría. Y que se notaba cuando yo hablaba que me gustaba el lenguaje y que tenía mucho vocabulario.

Ese tipo de observaciones siempre me hacían sentir incómodo. Yo pensaba que lo de escribir era un tema que no se podía afrontar a la ligera. Me molestaba que la gente se creyera que leía o que escribía, que todos pensasen que eran dignos de una cosa y otra. Que hablasen de ello como si fuesen cosas para todo el mundo.

Tampoco estaba de acuerdo con nada de lo que ella decía. Yo no creía tener mucho vocabulario, simplemente la gente tenía tan poco que parecía que yo tenía mucho. Por otro lado, no creía que escribir tuviera nada que ver con tener mucho vocabulario.

Me acordé de una ceporra con la que coincidí en cierta ocasión en un curso. En un descanso, tomando café, me dijo que había escrito ya cuatro novelas. Y que siempre escribía con un diccionario de sinónimos y antónimos sobre la mesa. No me jodas. Qué farsa era ésa. Mientras lo decía, fumaba un cigarrillo y echaba el humo por un lado de la boca. Apreté la mandíbula, pero no dije nada. Llevaba el pelo muy corto, con fijador, de punta, y unas gafas con los cristales morados.

Entonces Ainhoa me rescató de la ensoñación. Me dijo que ya me había enfadado por algo. Hice un gesto de fastidio. Me dijo que no debía de ser fácil el día a día con alguien que se enfadaba siempre por todo. Que, sobre todo, no debía de ser fácil para mí convivir conmigo mismo.

Le dije que se fuera a la mierda, y seguí comiendo. Se empezó a reír. Disfrutaba haciéndome enfadar, quizá la calentase el que yo me pusiese en plan cascarrabias. Entonces empezó a hacerme burla, se ponía los pulgares en las sienes y agitaba las palmas con los dedos abiertos. Se levantó y se plantó de pie delante de mí, contoneándose y diciendo que quién temía al lobo feroz.

Yo me mantuve en silencio durante unos segundos, pero la tía seguía. No pararía hasta que yo reaccionase de alguna manera. Al final la agarré con fuerza por una muñeca y la obligué a parar. Su cara quedó frente a la mía. Me preguntó si la iba a pegar, con cierto aire de desafío. Entonces la besé en los labios.

Me cogió la cara y me metió la lengua hasta el fondo. Luego se me sentó en las piernas y me metió las manos por dentro de la camiseta. Me decía que qué bueno estaba, que ya se olía que iba a estar así de bueno. Sus manos me recorrían con grosería. Quise decir algo como que podía

entrar alguien en cualquier momento, pero me daba miedo parecer un aburrido, así que no dije nada, aunque no perdía de vista la puerta de entrada a la habitación.

Al fin me preguntó si quería que nos metiésemos en el baño. Me levanté aliviado, porque en el baño ya sería más difícil que nos pillaran. Se alisó la falda y la camiseta y se peinó un poco. Yo estaba bastante empalmado, aunque llevaba los pantalones ajustados y contenían la erección dentro de un orden. Me acomodé la camiseta.

Abrió la puerta, pero antes de salir se dio la vuelta y me dijo que primero yo, y que luego iría ella. Crucé la oficina con aire indiferente y me metí en el baño de tíos. Había dos cabinas, y una de ellas estaba ocupada. Me asomé desde debajo. Se veían unos zapatos buenos, los pantalones de vestir bajados, el final de los calcetines, subidos casi hasta las rodillas, y unas piernas algo velludas. Blanco y en botella. Había un tío giñando.

Me metí en la cabina de al lado. Iba a cerrar la puerta, pero pensé que quizá Ainhoa no sabría en cuál de las dos cabinas meterse. Así que me puse de espaldas a la entrada, con la puerta abierta, como si fuera a mear. Entró ella, y le hice una seña para que no hiciera ruido, porque al lado había alguien. Se sonrió y se acercó de puntillas. Cerramos la puerta de la cabina.

Me puso las manos en los pectorales y me lamió desde la barbilla hasta la frente, como un perro. Me dio un poco de asco. De la cabina de al lado venían respiraciones fuertes, como de esfuerzo. Nos mantuvimos unos minutos prácticamente paralizados. Luego se oyó una respiración honda, como si el tipo hubiese adoptado una importante resolución, y poco después la cadena. Se abrió su puerta, salió silbando, se lavó las manos, y se marchó.

Entonces miré a Ainhoa. Para mí había desaparecido todo el morbo. Había perdido la erección. Además, olía fatal. Ella seguía sonriendo. Entonces me cogió la mano y se la puso en el chichi. La empecé a tocar. Le gustaba un montón, o eso parecía. Me dije que si podía seguirla tocando así durante un minuto, me volvería a encender.

Y así fue. Agarraba el pepe con los cinco dedos. Me quitó la camiseta. Dijo que joder, que era mejor de lo que se esperaba. Su zalamería estaba dando resultado, qué distinta reacción a la de Carmen. Me dio la vuelta y pasó las manos por mi espalda. Luego se me pegó desde detrás y me agarró el paquete. Y con la otra mano, el culo.

Entonces entró alguien. Nos quedamos rígidos de repente. Estuvo meando en la cabina de al lado, caía un buen chorro. Luego se marchó. Me pregunté por qué nadie miraría qué pies había en nuestra cabina. Yo siempre lo hacía.

Por fin pasé yo a la acción. Le metí la mano dentro de la falda y de las bragas, aunque por detrás. El culo no era tan fofo como me había imaginado, conservaba cierta tonicidad. Sin pensarlo dos veces, le bajé la falda y las bragas de un solo tirón, con las dos manos.

Hizo un gesto de sorpresa y luego se rió, y dijo que estaba segura de que iba a ser un cerdo de mierda. Le di la vuelta y le pegué un sonoro azote en el culo. Se volvió a reír y me dijo que pero tío. La mantuve de espaldas y me arrimé a ella. Yo seguía con los pantalones puestos.

Me restregaba contra ella, los pantalones contra su culo desnudo. Vaivenes. Le empecé a tocar el coño. Le metí el dedo corazón. Ya no sonreía, ahora estaba empezando a jadear. Le puse la mano izquierda en la cara y empezó a chupar los dedos.

En ese momento volvió a entrar alguien en el baño. Vio la puerta de una de las cabinas cerradas y pronunció mi nombre en voz alta. Era mi jefe. Le dije que sí, que era yo. Me dijo que valía, que es que nadie sabía donde estaba, que había un asunto urgente del que me tenía que ocupar. Le dije que enseguida iba. Me dijo que tranquilo, que no había prisa.

Capítulo III

Me pasé toda la tarde pensando en ella. Quedé con Carmen, tomamos una cerveza cerca de la redacción, pero yo seguía rememorando el rato en el baño. Había sido lo más cerdo que había hecho en bastante tiempo, me había hecho sentir joven otra vez. Llevaba muchos meses tratando de engañarme a mí mismo con el discurso de que no se podía estar toda la vida a verlas venir, de que había que ser justo y bueno con la gente, de que el que siembra vientos, ya se sabe, y tal, pero al final de los finales, nunca me sentía tan vivo como cuando cometía una de estas canalladas.

El eterno debate. La moderación, el cariño, el respeto, el calor de la lumbre, o desamordazar al animal que era absurdo negar que llevaba dentro. Él ya parecía haberse olvidado de sí mismo, estaba resignado a hibernar dentro de un hombre que había renunciado a sus propias convicciones.

Pequeñas claudicaciones aquí y allá. Si es que lo más cómodo era al final hacer lo que todo el mundo. Sonreír, aguantar, transigir, renunciar.

Pero en ocasiones así el mono se desperezaba, y no había color. Un momento como el del mediodía pesaba más que todas las buenas palabras y los compromisos y los momentos de la verdad en que ella estaba a mi lado y me demostraba que nunca me abandonaría.

Al mediodía siguiente, Ainhoa me preguntó si tenía planes para esa tarde. Yo había quedado con Carmen en que le enseñaría lo que tenía escrito hasta entonces. Le dije a Ainhoa que no había nada en firme, que por qué. Me dijo que llevábamos mucho tiempo sin dar clases de conducir, y que no quería que se me olvidase. Luego se echó a reír y me dijo que, además, había olvidado en las clases anteriores mencionarme una parte fundamental del coche: el asiento de atrás.

Yo quería follármela, pero se me hacía muy evidente que para ella era sólo sexo, que yo le importaba tres cojones. Me daba un poco de pena engañar a Carmen con alguien así. Además, tampoco estaba buena que te mueres, si bien sí que era bastante ardiente, más que Carmen.

Al terminar de comer llamé a Carmen y le dije que no iba a poder quedar hasta las ocho, porque un compañero se había puesto malo e iba a tener que cubrir su trabajo. Le extrañó un poco que me pidieran eso, me preguntó si estaban autorizados a exigirme quedarme fuera de mi horario. Le dije que no lo sabía, pero que, como llevaba poco en la empresa, no me atrevía a decirles que no.

A la salida, nos montamos en el coche de Ainhoa. Esta vez no era el de la hermana, sino el suyo. Vaya diferencia con el otro. Un montón de papelotes, los cristales sucios, ningún adorno, el cenicero lleno de colillas. Condujo hasta el descampado de la otra vez. A la mitad del camino, y por si había alguna duda que despejar, me puso la mano en el paquete. Me dijo que se iba a poner *gocha* conmigo.

Aparcó en el descampado. Estaba bastante oscuro. Entonces se levantó de su asiento y se sentó sobre mí en el del copiloto. Le pregunté que qué pasaba con la clase, y me dijo que eso podía esperar. Se quitó la camiseta. Llevaba un sujetador negro. Las tetas eran pequeñas, pero bien puestas. Entonces le intenté quitar el sujetador, pero no acertaba. Se empezó a reír. Me enfadé, y dijo, sin dejar de reírse, que bueno, que no empezásemos. Le dije que eso mismo, que no empezara ella.

El caso era que yo era habilidoso en todo lo relacionado a desnudar a una tía, pero con ella ya

estaba condicionado. Siempre me pasaba que cuando alguien me creía incapaz de algo, lo era si él estaba mirando. Se lo quitó ella. También me quitó la camiseta. Volvió a decir que joder, igual que el día anterior. Me preguntó si iba al gimnasio. Le dije que hacía tiempo que no, quitándome importancia, pero profundamente complacido.

Me dijo que como se me ocurriese ir, me iba a poner tremendo. Pero que mejor que no fuera, que a ella le gustaban los tíos así, definiditos. Normalmente, cuando una tía mostraba tan abiertamente que yo le gustaba, perdía el interés por ella. Pero ahora estaba más cachondo que un mandril.

Le dije que ella también estaba para darle un puntazo. Se empezó a reír y me preguntó si se iba a dar yo. Le dije que dependía de cómo se portara. Luego se desabrochó los vaqueros y se quitó las zapatillas. Cada una, ayudándose con el otro pie. Se deshizo de los vaqueros y se quedó en bragas y calcetines. Las bragas también eran negras. Le pegaba llevar ropa interior negra.

Yo todavía llevaba puestos los pantalones y abrochados los zapatos. Cualquiera se los intentaba quitar, seguro que me golpeaba con cualquier cosa y se empezaba a partir el culo. Para mi sorpresa, puso las rodillas en el asiento del conductor y se agachó para desatarme los cordones. Me quitó los zapatos y los calcetines. Mientras tanto, yo me desabroché el pantalón y me lo bajé hasta las rodillas.

Se volvió a lanzar sobre mí y reclinó el asiento. Olía un poco a sudor. Entonces me preguntó si tenía la polla muy gorda. Le dije que normal. Me dijo que tenía pinta de tenerla bastante tocha. Era muy ordinaria en el momento en que convenía serlo.

Me bajó los calzoncillos hasta las rodillas. Cogió la picha tiesa con la mano izquierda y le dio un beso. Luego la chupó un momentín. Le pregunté que qué tal. Me dijo que no estaba mal. Me ofendió un poco su ambigüedad. Subió hasta mi cara otra vez y me dijo al oído que era más gorda que la de su chico.

Eso sí que me puso a mil quinientos. Le pregunté si tenía novio, y asintió. Le pregunté que entonces qué hacía allí. Me dio un morreo y me preguntó que qué hacía yo. Yo le dije que no tenía novia. Mientras me respondía, me pregunté si había alguna manera de que supiera que yo estaba con Carmen. Pero no, era imposible, Carmen nunca había venido a recogerme a la oficina, no nos podía haber visto juntos.

Cuando volví a prestarle atención, estaba diciendo que ya que su chico le ponía los cuernos cuando le salía de la polla, que ella no iba a ser menos. Pensé en seguirle preguntando, pero como hablásemos mucho más la cosa se podía enfriar. Le empecé a sobar el culo. Cada vez me gustaba más. Le separaba los glúteos, cogía uno con cada mano y luego los hacía chasquear.

Me dijo que me gustaban los culos. Le dije que me gustaba el suyo. Me dijo que podía ser tan guarro como quisiera. Dónde había oído eso antes. Muchas veces, a las pavas así se les iba la fuerza por la boca. Le metí un dedo en el culo. Esperaba que diese un respingo y me preguntase que qué coño hacía. En lugar de eso, gimió y se retorció un poco.

Intentó darme un bocado en el cuello, pero lo rechazé. Se rió y me preguntó si no era conveniente que me dejase marcas. Me la empezó a cascar con la izquierda, mirándome a los ojos. Era zurda, cosa que me atraía. Las zurdas eran más inteligentes, había leído en alguna parte. Tenía

una mirada de zorrón que me volvía loco. Luego se echó las braguitas hacia un lado y se la metió.

Empezó a darme tralla. A ese ritmo no iba a durar ni cinco segundos. Así que la cogí por los sobacos y le dije que todavía no. Hice rotar ambos cuerpos y me coloqué encima de ella. Luego me escurrí hasta abajo para comerle el parrús. Me dijo que no hacía falta, que ya estaba lista, pero yo, como si no la oyera, le quité las braguitas y me puse a lo mío. Lo tenía rapado al cero, y pinchaba un poco. A ella le encantaba que se lo comiera, empezó a dar gritos realmente fuertes. Hacía bastante calor. En un momento dado miré por las ventanillas. Estaban totalmente empañadas.

Me agarraba la cabeza y me tiraba del pelo. Blasfemaba sin parar. Empezó a restregarse realmente fuerte arriba y abajo contra mi cara. Gritaba más y más y más. Decía auténticas barbaridades, era un poco violento escucharle decir todo aquello. Por fin, presionó mi cabeza contra ella, como si quisiese que la cabeza la atravesase.

Empujó durante unos cinco segundos, en los que permaneció en silencio y con todos los músculos en tensión. Después, soltó un gemido hondo, desde las tripas, ronco. Blasfemó un par de veces más, ya perdiendo la energía. Confíe en que no quisiera follar una vez que se había corrido. Me tendí de costado a su lado en el asiento del copiloto.

Estaba sudando como una gacela. Respiraba aceleradamente. Le mordisqueé levemente la oreja y me dijo que había sido la caña. Después, sin preguntar, se echó abajo otra vez. La cogió de nuevo con la izquierda y me la empezó a cascar. Se la metió en la boca y me puso las manos en los muslos. Me encantaba que me la chupara sin usar las manos.

Se la metía entera en la boca y luego la sacaba del todo. Una y otra vez. Quería probar si le cabía entera. Luego se centraba unas cuantas vueltas en el capullo. Lo chupaba como si fuera una cereza. Joder, era muy buena, la tía. Quizá de las mejores con las que yo hubiera estado.

Por supuesto, a los pocos segundos noté que me iba a venir el orgasmo. Me moví imperceptiblemente en el asiento, pero ella lo notó. Se quedó con el capullo dentro de la boca, dejando el resto fuera, y me la empezó a pelar de nuevo.

Me acordé de las veces que habíamos discutido, y de cómo siempre me había ganado la partida. Era estupenda en el debate. Me dije que era una buena ocasión de ponerme en mi sitio. Me corrí como con un latigazo. Me dio un escalofrío. Se me levantó la tripa y me crujieron las vértebras.

Nos vestimos en silencio. Parecía contenta. Y yo, desde luego, lo estaba. Había conseguido esconderle que tenía eyaculación precoz. Lo curioso era que la tenía sólo al follar, o al menos de manera mucho más acuciante. Cuando me la comían sí podía aguantar más.

Le pregunté si íbamos a practicar ahora con el coche, y me dijo que si sabía qué hora era. Yo había perdido la noción del tiempo, y no llevaba reloj. En el coche había un relojito de agujas que estaba parado en las cuatro y trece.

Me gustaba ir en coche por la noche. Estuvimos unos cuantos minutos sin hablar. Me sabía la boca a su chocho. Como a sangre, hierro y pis. Me sentía agradecido, con mucha intimidad hacia ella. Le pregunté si le apetecía que la invitase a cenar. Se sonrió con sorna y me dijo que no confundiese las cosas.

Me quedé callado, un poco cortado. Al momento dijo que perdonase. Que ya era tarde y mañana tenía que madrugar, que otro día. Le dije que no tenía que cenar conmigo si no le apetecía. Me dijo que tenía novio, y que no siempre le resultaría fácil verme tanto rato seguido.

Hubo una pausa y luego añadió que siempre podíamos follar en el trabajo, y se echó a reír. Le importaba todo una mierda, qué envidia me daba. Yo que estaba siempre tan preocupado, tan pendiente de todo.

Me dejó en mi casa, la verdad era que se portaba. Me sumé a su sarcasmo y le dije que si quería, le presentaba a mis padres. Le hizo bastante gracia, era un chiste más propio de ella que de mí. Me dio un beso y me dijo que estaba muy mono cuando me reía de mí mismo.

En cuanto bajé del coche me acordé de Carmen. Eran casi las ocho, me acababa de decir Ainhoa. Me puse las dos manos en la boca. No me daba tiempo ni de coña a llegar al centro en transporte público. Además, no me iba a ir a por ella así, con el coño de la otra todavía en los labios. Ni tampoco le iba a pedir a Ainhoa que me llevase porque Carmen me podía ver bajar de un coche de una chica.

La llamé desde una cabina y con unas excusas inverosímiles le dije que no me sería posible verla. Me dijo que no pasaba nada y parecía decir la verdad. Me pregunté si se estaría dando cuenta de que la estaba mintiendo. Quizá su comprensión llegase también más allá de eso.

Capítulo IV

A la mañana siguiente le llevé a Sofía el siguiente reportaje de cine. También llevaba conmigo las líneas que había garabateado para enseñárselas a Carmen. A ver cómo la encontraba. Confiaba en que no estuviese distante ni mierdas de esas.

Lo que llevaba escrito era lo que había conseguido improvisar en el autobús de camino al centro, porque no tenía nada que enseñarle. No era para perder la cabeza, pero serviría para salir del paso. Total, ella no tendría ni zorra idea de lo que era escribir bien o mal. Como todos los demás.

Sofía me dijo que tenía que hablar conmigo. Cerré la puerta y me senté. Me dijo que los artículos que escribía estaban bien, pero que quizá eran demasiado literarios. Que esto era periodismo, que la gente sólo quería un poco de texto que acompañase a las fotos de los actores, que eran lo importante. Le dije que intentaría ser un poco más vulgar.

Subió un poco el tono y me dijo que no se trataba de ser vulgar, sino de ser consciente del medio en el que uno trabajaba. Asentí enfáticamente, que era lo que solía hacer cuando quería que no me siguieran dando la matraca, y salí del despacho.

Luego me acerqué al de Carmen. Me sonrió con la mirada llena de ternura. Pasé, entorné la puerta y le di un pico. Me sentí como una rata de cloaca. Le pregunté que qué le pasaba a Sofía, que me había llamado al orden. Me dijo que llevaba toda la mañana de mal humor y que había rumores de recorte presupuestario en la revista. Que todo el mundo estaba un poco nervioso.

Luego le tendí el manuscrito. Me senté frente a ella y la observé mientras lo leía. Lo hacía con un gesto de interés sincero que me hizo sentir aún peor. Asentía en un momento, sonreía en otro. Cuando terminó, me dijo que estaba fenomenal. Le dije que tampoco era para tanto, pero me dijo que no fuera tonto, que lo podía llegar a hacer realmente bien.

Me acompañó hasta la puerta, me dijo que tenía lío. Cuando yo ya salía del despacho, me tocó el culo. La miré sonrojado. Me sonreía pícaro, como una niña. Joder, yo no merecía tanta mujer. Nunca una mala cara, ni una mala palabra. Aunque llovieran clavos para ella, siempre se mantenía templada y serena. Vaya par de huevos. Qué coño vería alguien así en alguien como yo.

A la una y media entré en el comedor de la oficina. No estaba Ainhoa. No había dejado de pensar en ella ni un segundo desde que me había despertado. Me acordaba de su coño afeitado al cero, de cuando le metí el dedo por el culo, de sus gemidos. Qué guarra era la tía.

Pasaban los minutos y seguía sin entrar. Me extrañaba un poco, hacía meses que no había faltado ni una sola vez a nuestra cita tácita. Obviamente, me pregunté si habría relación entre su ausencia y lo ocurrido la noche anterior. Intentaba comer despacio, hacer tiempo para que viniera. Por fin, a las dos en punto, entró por la puerta. La sonreí con ansiedad, como a un libertador, pero no hubo tiempo para nada porque justo detrás entraron cuatro o cinco personas de las que venían siempre a comer a las dos.

Como no quería que nadie supiera que había habido algo entre nosotros, salí sin decirle nada. Me pasé el resto de la jornada de trabajo entre intrigado y molesto, no sabía si habría coincidido a propósito con los demás para no tener que hablar conmigo, o qué coño habría pasado.

Al día siguiente pasó lo mismo, y al siguiente también. Al cuarto día, ya bastante encabronado, fui hasta su puesto en la oficina y le pregunté delante de sus compañeros de departamento si podía venir un momento. Me preguntó que para qué. Le dije que le tenía que comentar una cosa, y me dijo que cuál, sin moverse. Entonces le dije que valía y me fui.

Qué hija de puta. Así que sólo quería echarme un quiqui, yo no significaba nada para ella. Era mentira eso de que los hombres sólo pensasen en mojar, yo sufría cuando la tía no me hablaba al día siguiente.

Me alcanzó a los pocos metros y me tocó en el hombro. Sonreía con burla. Yo le dije que fuéramos a otro lugar. Una o dos cabezas siguieron nuestro movimiento. Por su culpa, se iban a enterar de que pasaba algo raro. Nos fuimos hasta la puerta de la oficina.

Le pregunté que qué pasaba con ella. Joder, qué buena estaba, quería comerle las peras. El día anterior no se las había comido. Me dijo que cómo que qué pasaba. Le pregunté si no pensaba volver a comer a la una y media, y me dijo que ahora estaban con otra aplicación y había cambiado un poco su rutina diaria.

Le pregunté si disfrutaba puteándome. Se rió y me dijo que tan paranoico como siempre. Que su cambio no tenía nada que ver conmigo. Que no todo giraba en torno a mí. Me decían eso tantas veces que había dejado de significar nada para mí. Le dije que muy bien. Ya me estaba yendo cuando me llamó otra vez por mi nombre y volví a acercarme.

Bajó mucho la voz y me dijo que le había molado comerme el rabo. Se rió con esa risa de hiena que me calentaba y me jodía a la vez, y apoyó la cabeza en mi hombro. Me aparté rápidamente, no quería que nadie nos viera.

Pasé esa tarde con Santi. Le conté todo lo que tenía con Carmen y con Ainhoa. Me escuchó en silencio, contrariamente a su costumbre. Cuando terminé, me dijo que Ainhoa me estaba manipulando, que yo iba a bailar al son que ella quisiera. Le dije que ella era más lista que yo. Me dijo que las dos eran más listas que yo, cosa que me jodió.

Pero añadió que Carmen nunca haría nada que pudiera perjudicarme, mientras que con Ainhoa pasaba casi lo contrario. Sería difícil que hiciera algo por mi bien. Le dije que la estaba juzgando con severidad. Que, para empezar, se había ofrecido para que yo aprendiera a conducir.

Llegué a cenar antes de la hora habitual. Mi hermana estaba estudiando en su habitación. Había una lamparita encendida en alguna parte. Toda la habitación tenía un color dorado, como de postal navideña. Me sonrió al verme entrar. Me preguntó que qué tal con el libro que estaba escribiendo.

Le dije que ni siquiera tenía todavía idea de cómo lo quería hacer. Me dijo que de qué iba a ir, y le dije que no lo sabía. Intentó ser más concreta, y me preguntó si sería de terror, de aventuras, de risa, o qué. Le dije que no lo sabía. Entonces hizo un gesto de impaciencia y me dijo que tenía mucho que estudiar.

Me encantaba ir a su cuarto. Siempre me sentí a gusto allí. Era la única parte de la casa que me parecía acogedora. Durante años había sido mi auténtico consultorio. Ella sabía escuchar. Quizá me llamase tanto la atención esa cualidad porque yo jamás escuchaba. Me resultaba muy difícil mantener la atención, me distraía con mucha facilidad. En cuanto me empezaban a contar algo, mi imaginación volaba lejos, aunque mi cabeza seguía asintiendo y mi boca decía que sí, sí.

Capítulo V

Unos días después, Sofia me llamó por teléfono. Era la primera vez que me llamaba en todo el tiempo que llevaba colaborando con ella. Me dijo que tenía que darme una mala noticia. Que la dirección, de la que ella no era responsable última, había decidido realizar unos ajustes. Y que, como consecuencia de los mismos, algunas secciones de la revista iban a desaparecer. Entre ellas, la de cine.

Le dije que qué le íbamos a hacer, que confiaba en que más adelante pudiésemos volver a colaborar. Para mí fue una putada en cierto modo, porque lo de los reportajes de cine me obligaba a escribir con regularidad, cosa que de lo contrario me resultaba realmente difícil.

Pero también era verdad que, tal y como había pronosticado en su momento, estaba terminando por hacerlo con un desapego acojonante. Me limitaba a tirar de oficio, podría haberlos dictado mientras me hacían la manicura.

Se llegaba a desarrollar cierta habilidad para hablar sin contar nada. Me hice con unas dos mil palabras comodín que sonaban muy bien y que no significaban una puta mierda. Barajándolas con un poco de cordura, se podía hablar de cualquier actor.

Santi y Gérard se descojonaban cuando leían lo que escribía. Podían tirarse quince minutos leyendo y no encontrar un solo dato. Humo, morralla. Cualquiera de los textos hubiera servido para cualquiera de los actores.

Cuando se lo dije, ambos pensaron que en el fondo me iba a venir bien. Santi, en particular, siempre me instaba a exprimirme, a no conformarme con lo mínimo. Decía que si pasaban unos años más y no terminaba de enfrentarme a mí mismo, ya nunca lo haría.

Estaba algo obsesionado con lo de la caducidad del tiempo. Y también era un poco irritante que siempre pensase en que fuese yo el que había sido señalado con un don. Gérard decía que Santi disfrutaba por delegación, que era un mirón.

Durante las siguientes semanas, me encerré en mi habitación para escribir. Todo el tiempo que estaba en casa, lo pasaba en mi habitación.

Cada vez que salía de ella, para ir al baño o para cenar, me encontraba a mi madre por el pasillo o en la cocina con cara de pena. Me decía que qué vida tan rara llevaba, que qué pena, que si no me encontraba bien. Yo le decía que estaba muy bien. Realmente salía electrificado de la habitación, encendido como una bombilla. Pero cuando la veía y me hacía ver la lástima que sentía por mí, por lo desorientado que me veía, me quedaba hecho polvo, deslomado. Volvía a mi rincón apaleado como un perro, cabizbajo, yermo. Era incapaz de escribir durante un rato largo.

Cuando se lo contaba a Carmen, siempre me decía que no fuera tonto, que mi madre me quería muchísimo. Que seguro que se alegraría mucho si yo conseguía abrirme un hueco como escritor, o como cualquier otra cosa que yo desease. Que eran tonterías mías lo de que me miraba de tal manera que me arrebatava la energía.

También se lo comenté en alguna ocasión a Ainhoa. Ella decía que los padres eran unos hijos de puta que sólo querían servirse del hijo para cumplir a través de él los sueños que no habían

podido alcanzar por sí mismos. Ella era huérfana de padre. Se había criado con su madre, una mujer con un carácter todavía más fuerte que el de la mía.

Sin embargo, yo no sentía que mi madre quisiese cumplir ningún sueño a través de mí. En realidad, no sabía muy bien qué cojones quería exactamente. Se me hacía tan difícil comprenderla. Todo lo que yo hacía parecía decepcionarla vagamente, y también confirmar sus peores temores de que no iba a ser el hijo que ella hubiera querido tener.

Cuando tuve unas cincuenta páginas, se las dejé a Carmen para que les echase otro vistazo. Confiaba ciegamente en su sentido común. Qué fácil le resultaba pensar con cordura, encontrar la respuesta más cabal. A mí eso siempre se me hacía imposible. Me parecía factible lo más descabellado, y viceversa.

A los pocos días, fui a pasar otra mañana de domingo a su casa. Allí estaba Emilio, sentado con un muñeco en cada mano. Las piernas le colgaban del sillón, no llegaban los pies al suelo. Me senté a su lado y le saludé sin mirarlo. Él me respondió, también sin mirarme. Sentía que tenía más complicidad con él de la que había tenido con la mayoría de las personas que habían pasado por mi vida. Le pregunté que quién ganaba. El muñeco de la mano derecha estaba, aparentemente, machacando al de la izquierda. No me contestó.

Entonces entró Carmen, que se había metido en el baño al entrar en casa. Me ofreció algo de beber. Le dije que cerveza. Volvió de la cocina con dos. En cuanto se sentó, me cogió de las manos y me dijo sonriente que había leído el principio de mi novela. Sorbí la espuma de la cerveza. No estaba seguro de si podría encajar una punzada sin perder la paciencia y levantar la voz.

Pregunté que qué le había parecido, afectando indiferencia, como si no me acordase casi de que le había dejado algo para leer. Me dijo que le había parecido que tenía posibilidades. Le pregunté que posibilidades de qué. Me dijo que podía funcionar, que parecía que me podía salir de lo convencional.

Me dio la sensación de que me estaba diciendo lo que yo quería oír. Cambié radicalmente de tercio y le dije que estaba algo preocupado porque había perdido el trabajo de los artículos sobre actores. Le sorprendió un poco. Me dijo que a mí eso nunca me había importado. Que, de hecho, a veces pensaba que a mí me parecía un rollo escribir esos reportajes.

Me dijo que ahora tendría casi todo el día para trabajar en mi novela. Que los otros dos extremos eran malos: tanto el tener un trabajo convencional que me ocupase todo el día, como el no tener nada que hacer en las veinticuatro horas. Pero que el tener que ir a mediodía a la oficina me vertebraría el horario, haría que no pudiese entregarme a una desidia absoluta, y a la vez dispondría de mucho tiempo para mí.

Me daba un poco de grima que hablase de mí como de un creador al que hay que respetar aunque no hiciese una mierda. Otra que suponía que yo tenía un raro talento, cosa que yo mismo dudaba. Y lo que era peor, una más que pensaba que yo tenía la obligación moral conmigo mismo de desarrollar ese talento, aunque fuera por no ofender a los que no lo tenían.

En realidad, me repugnaba el mismo hecho de que se alabase, de manera genérica, a escritores, poetas o pintores. Yo no encontraba ningún mérito en el arte. Me daba por saco que hubiese

personas que se consideraban a sí mismas especiales. Y encima, los de su entorno respetaban instintivamente su presunta sensibilidad, su manera peculiar de percibir el mundo, fomentando su cretinez.

Frecuentemente, eran seres ineptos para muchas cosas cotidianas, y hasta se pavoneaban de ello en algunos casos. Tendrían un área del cerebro muy desarrollada, y eso en el mejor de los casos, pero eran negados para muchas otras tareas. Me reventaban los artistas.

Me fastidiaba que tuviesen bula para zanganear porque se creyesen designados para más altas cotas. No me jodas. Como si luego no fuesen trozos de carne maloliente y atemorizada, como todo hijo de vecino.

Fingí que recordaba haber quedado con otra persona y me levanté aparentando precipitación. Carmen entró en el dormitorio a por mi manuscrito. Me miré en el espejo. La misma mirada crispada e insatisfecha de tantas otras veces, el rencor hacia la vida, la cólera mal exteriorizada. De pronto escuché la voz de Emilio a mis espaldas. Dijo que no tenía que impresionar a nadie. Me volví reprimiendo un escalofrío. Vaya niño tétrico. Me miró a los ojos y me dijo que tenía que olvidarme del lector y escribir para mí. Sólo así impresionaría.

Entró Carmen con los folios y me ayudó a ponerme el abrigo. Aún estaba un poco asustado con la mirada de Emilio. No recordaba que me hubiese mirado a los ojos en ninguna ocasión anterior. Una mirada de cristal, como de muñeca vestida de primera comunión. Salí a la calle. Hacía fresco. Me encantaban los días grises y lluviosos. El otoño era lo mejor.

Era verdad. Yo estaba demasiado preocupado por impresionar. Pero también era verdad que sentía que tenía algo que decir, algo que ofrecer. Se precipitaba inconteniblemente por mi boca, qué le íbamos a hacer. Y expulsarlo no tenía que ver únicamente con la posibilidad de dejar a todos con los ojos como platos.

De hecho, si se me hubiera ofrecido la oportunidad de apabullar al personal sin recurrir a nada artístico, sino, por ejemplo, con una píldora que les provocase ese efecto, no lo hubiese aceptado. Definitivamente había algo legítimo en lo que yo estaba tratando de hacer, por mucho que yo me detestase a mí mismo.

Capítulo VI

Un día de la semana siguiente me senté en una cervecería con Gérar y vi unas mesas más allá a Nuria. Estaba con un chico. Me acerqué a saludarla. Me miró con una sonrisa burlona. Le pregunté que qué tal y me dijo que muy bien. Me preguntó que qué tal yo. Le dije que bien. El chico no levantaba la vista de su plato, así que yo tampoco le dije nada.

Me preguntó si sabía algo de Anne. Le dije que la había acompañado hasta el autobús el día que se había ido, pero que no la había vuelto a ver. Me dijo que estaba otra vez por aquí. Sonrió y dijo que qué raro que no me hubiera llamado. Pero que seguro que me llamaría.

Le pregunté que por qué decía eso y me dijo que yo le había dejado mucha huella. Que siempre hablaba de mí. Lo dijo con ambigüedad, no supe si me estaba tomando el pelo o no. Dejé pasar un segundo en silencio y luego dije que bueno, que hasta luego.

Volví a mi mesa y estuve tomando unas cuantas cervezas con Gérar. Estaban a punto de despedirlo a él también de su trabajo, pero le importaba tres cojones. Hacía tiempo que no vivía con sus padres, pero no parecía tener ningún miedo a quedarse sin trabajo. Tenía una fe en que las cosas se solucionaban por sí solas que me dejaba de piedra. Y luego, siempre se le solucionaban por sí solas.

Veía a Nuria por el rabillo del ojo desde donde estaba sentado. Me miraba todo el tiempo. Me extrañaba que al chaval que estaba con ella no le molestase. Él seguía hablando sin parar, pero ella apenas parecía reparar en él. A mí me hubiera molestado muchísimo.

Esa noche la llamé por teléfono. Lo cogió su madre. Me dijo que ahora se ponía. En esos segundos de espera, me dije que tenía que ser franco con ella. Me dio un poco de canguelo, y antes de que llegara a ponerse, colgué.

Seguí pensando en ella los días siguientes. La relación con Carmen estaba muy bien. Ella tenía todo lo que yo le hubiera pedido a una chica. Y el hecho de que tuviera un niño no suponía ningún obstáculo para mí. En cualquier caso, ella nunca intentó que yo fuera un padre para Emilio, cosa que le agradecí siempre en mi fuero interno. Y, por otra parte, si me hubieran exigido que ejerciese de padre con un niño que no fuera mío, me hubiera gustado que fuera como él. En cierto modo, incluso lo sentía como mío, por absurda que fuera esa sensación.

Pero Nuria, amigo mío. Con nadie me lo había pasado en la cama como con ella. Qué puta de mierda. Qué guarra. Todo lo que se dejaba hacer, y todo lo que hacía. Y yo estaba recuperando mi mejor tono en la cama con Carmen, volvía a ser un pichabrava gracias a su confianza y su paciencia.

Unos días después, fue Nuria quien me llamó. Me puse con aire indiferente, como si no estuviese dando saltos de alegría porque me volviese a llamar. Me preguntó si era yo el loco que había colgado el otro día. Le dije que no. Bueno, que sí. Pero que no había colgado, que se había cortado. Me preguntó que por qué no había vuelto a llamar. Le dije que había tenido que salir.

Me preguntó si andaba con alguna ahora. Le dije que no, que qué va. Me dijo que le extrañaba, porque estaba para mojar pan. Energía positiva revitalizante. Le dije que gracias. Me sonrojé, me puse un poco tontorrón. Se empezó a reír. Me preguntó si me había puesto rojo. Le dije que qué

quería exactamente. Me dijo que sólo ver qué tal estaba, aparte de lo obvio. Le pregunté si el chico que estaba con ella en la cervecería era su novio. Me dijo que no, pero que follaban.

Me dijo que se lo pasaba mejor en otros tiempos, ya lejanos. Antes de que yo empezara con mis problemillas. Me di el gustazo de hacerle saber que aquello ya era historia. Se empezó a reír otra vez. Le dije que siempre me acordaba de ella, y que había lamentado muchas veces que ya no estuviéramos juntos. Me dijo que ajá. Le dije que, si en alguna ocasión se planteaba volver conmigo, que no se lo pensase. Me dijo que ajá. Le dije que tenía que colgar.

Unas noches después la tenía sentada frente a mí en una cafetería. Llevaba un vestido de campesina, cosa que no le pegaba nada, por lo menos a la Nuria que yo había conocido. También había cambiado de peinado, ya no llevaba aquella horrible trencilla. Me miraba risueña y sarcástica. Le pregunté si había dejado a su amigo, y me dijo que no. Le dije que entonces no podríamos hacer nada nosotros, y me dijo que como quisiera.

La misma historia de siempre con ella. Me adulaba cuando menos me lo esperaba y luego se mostraba crítica y no me daba margen para creer en mí mismo cuando yo lo necesitaba. Pero estaba enganchado a ella.

Cuando salimos a la calle, la rodeé por la cintura, y ella también me rodeó. Caminamos unos metros cogidos. Cuando llegamos a un semáforo en rojo, nos empezamos a besar. Qué bien lo hacía la tía.

Algunas de las personas que pasaban en esos momentos por la calle se detenían un par de segundos a mirar y luego se alejaban. La verdad era que la estábamos liando. Nuria estaba inclinada hacia atrás y yo tenía las dos manos dentro de sus bragas por detrás, sobándole las nalgas. Ella me acariciaba la nuca con una mano.

De pronto saqué una de las manos de su trasero y le empecé a sobar el chocho por fuera de la falda. Bajaba la mano con la palma extendida y, al subirla, el dedo corazón se perdía en la hendidura. Empezó a blasfemar y dijo que íbamos a entrar en un portal. Nos acercamos a uno de mala manera.

Yo estaba tan empalmado que apenas podía andar erguido, y ella se quitaba el pelo de la frente con la mano izquierda, mientras con la derecha se sacaba las bragas del culo. Empujé la puerta de madera. No se abría, pero era un portal muy antiguo y daba la sensación de que cedería ante un fuerte empujón. Me dijo que esperase y le metió un patadón a la puerta, que se abrió.

Eso me puso más cachondo todavía, la agarré por la cintura y la empujé hacia dentro. Ella entró con una risa entre nerviosa y gamberra en la oscuridad del portal. Le metí la lengua. Me empezó a tocar el paquete por fuera del pantalón. Me bajé los pantalones y los calzones y ella se agachó sin mirarme y empezó a comérmela.

Miraba a la picha con una mezcla de sorna y cariño que me encantaba. Se la sacaba de la boca, chupaba el capullo como si fuera un helado, me sonreía desde ahí abajo y se volvía a meter todo el tronco dentro. No chupaba dos veces igual. Sorbía, apretaba con los labios, le daba besitos, la cogía con la mano y la golpeaba suavemente contra su boca cerrada.

De pronto entornó los párpados. Me dijo con aire resolutivo que le apetecía que le follase el culo. Se incorporó, me metió la lengua en la boca. Sabía a carne. Se acercó a mi oído y me

preguntó si me apetecía darle por culo. Se dio la vuelta y se levantó la falda.

El culo seguía tal como lo recordaba. Redondito, grandote, sin un gramo de más. Agarré las bragas y les metí un tirón. Crujieron, pero no se rompieron. Se recostó contra la barandilla de las escaleras y su culo quedó más en pompa. Le di otro tirón a las bragas, que se rasgaron casi definitivamente.

Me eché sobre ella y las arranqué mientras le clavaba los dientes en la espalda. Exhaló un suspiro hondo. Pude sentir, literalmente, cómo se ponía más cachonda, cómo se mojaba viva. Me escupí en la picha, que se movía al compás de los latidos de mi corazón. Ella se estaba masturbando despacio.

Me puse en cuclillas. Separé sus magníficos glúteos y miré el ojo del culo. Una circunferencia perfecta con rayitas que convergían en el centro. Pasé la lengua como si lamiera mostaza derramada de mi hamburguesa. Sabía ácido. Le di un besito al agujero y pasé otra vez la lengua, despacio. Toda la lengua.

Ella pudo sentir el frescor al contacto con el aire. Se masturbaba ahora algo más rápido. Segregué un poco de saliva más blanca y espesa y la puse en el ano con la punta de la lengua. Al incorporarme me mareé un pelín y también me crujieron las rodillas. Coloqué el glande en el punto de saliva. Joder, vaya culo.

Me recosté sobre ella y la agarré fuerte del chopo. Agarré su vello y tiré suavemente. Me dijo que le diese caña, que me sobrase, que le diese lo suyo. Empecé a empujar. Entraba con dificultad, por momentos era más técnico que animal. Ella no dejaba de decir ordinarieces. El ano se dilataba y la cola iba entrando.

Ahora ella se estaba dando de lo lindo en la entrepierna. La cogí de las berzas. Tiraba fuerte de ellas, quería arrancárselas y arrojarlas contra la pared. Me dijo que las destrozase, que las deformase. El último trozo de polla entró del tirón, ahora estaba toda dentro. La rodeé con los dos brazos a la altura del ombligo.

Tenía un pelín de barriga, muy poco, lo justo como para transmitirme esa sensación de indolencia que hacía que fuese tan fácil follar con ella. Saqué la chorra hasta la mitad y la metí de golpe, de un solo empujón. Dio un grito que me alarmó un poco, porque podía oírnos alguien.

En ese momento, por pura coincidencia, se encendió la luz de la escalera y algún vecino llamó al ascensor desde un piso superior. En pocos segundos pasaría por donde estábamos nosotros. Sin sacarla, y sin incorporarnos del todo, empezamos a recular hasta debajo de la escalera con pasos cortos y una risa nerviosa y ahogada.

Desde nuestro escondite, vimos pasar a una mujer de unos cuarenta años con su perro. No tenía mal culo. Cuando se hubo ido, Nuria se dio la vuelta y me besó en los labios. Me empujó en los hombros para sentarme en el suelo. Estaba frío de cojones. Dio un paso al frente con cada pie, sus piernas quedaron a los lados de mi cuerpo sentado en el suelo y su chocho, a la altura de mi cara.

Podía olerlo a unos centímetros de distancia. Se puso en cuclillas delante de mí. Las tetas ya estaban fuera del vestido. Cogió la picha sin mirarme a la cara y se la metió en la vagina. Empezó a follar despacio, como nos gustaba a los dos, pero enseguida le sobrevino toda la excitación quebrantada, gimió profundamente y se empezó a restregar con fuerza. No se levantaba y bajaba,

sino que se frotaba con la picha todo el tiempo dentro.

Le estaba dando mucha tralla ahora, moviéndose tan rápido como le daba su cintura. A los pocos segundos sí empezó a salirse y entrar. Me daba con el culazo en los muslos. Las tetillas bailaban delante de mi puta cara. Me preguntó con agresividad si me gustaba. No contesté, no podía dejar de mirar y sentir.

Me dijo que podía correrme cuando quisiera. Yo seguía sin decir nada. Acercó la boca una vez más a mi oído y dijo que le daba morbo que me corriera dentro. Yo sabía que no debía hacerlo, pero lo que había dicho me había puesto más cachondo de lo que podía aguantar. La abracé fuerte y me desparramé como un gorila dentro de ella.

Respiramos profundo los dos a la vez. Enseguida nos incorporamos. Yo me subí en un mismo movimiento los pantalones y los calzoncillos. Me gustaba esa sensación de que ya no quedara rastro de lo sucedido, salvo en mi propia piel. Ella preguntó con aire divertido que dónde coño estarían sus bragas. Me dio un beso en la cara y me preguntó que por qué no íbamos a comprar unas.

Capítulo VII

Un par de meses después, llamé un día por teléfono a Carmen y le dije que había terminado el libro. Pareció hacerle bastante ilusión. Quedamos en vernos esa tarde para dejárselo ver.

Luego llamé a Nuria. Con ella nunca hablaba del libro, estaba seguro de que haría algún comentario sarcástico que me quitaría la esperanza de poder hacer algo con él. Me convencería de que el libro era una mierda, igual que me tenía convencido de que yo mismo era una puta mierda.

Había seguido follando con ella varias veces por semana desde la vez del portal. Nos despreciábamos mutuamente en cierto sentido, pero saltaban chispas cuando le dábamos al tema. Yo no sabía si ella tenía otros amantes, aunque estaba casi seguro. Por mi parte, le hacía a ella todo lo que me daba vergüenza hacerle a Carmen, a quien en muchos momentos me parecía amar.

Esta vez se puso la propia Nuria al teléfono directamente, cosa bastante poco habitual. Normalmente lo cogía alguno de sus padres. Me dijo que acababa de subir de sacar al perro cuando sonaba el teléfono. Le pregunté que qué planes tenía para esa noche, y me dijo que le había venido la regla. Me tiró para atrás la cuestión, pero le dije que no pasaba nada, que si quería podíamos ir al cine. Por suerte, me dijo que no me esforzara, que a ella tampoco le apetecía quedar. Que ya me daría un toque cuando estuviera otra vez a punto de caramelo.

Siempre me decía que me tenía que aceptar a mí mismo. Que a mí lo único que me importaba en la vida era follar, y que, por lo demás, era una persona sencilla, humilde, sin ambición, cosa que le parecía cojonuda. Pero que no entendía por qué me presionaba a mí mismo, si nada de lo que consiguiera me lo iba a llevar para el otro barrio. Y además, yo no era de ésos, lo quisiera ver o no. Que sólo me veía realmente tranquilo, en paz, cuando follaba con ella.

Que todos me llenaban la cabeza de pájaros con lo que tenía que conseguir o con lo que estaba llamado a ser, pero que eso eran gilipolleces. Y que ella creía que yo luchaba para darles la razón a los que apostaban por mí, y que estaba equivocado al hacerlo. Que al único a quien tenía que dar la razón era a mí mismo, y que les fueran dando por el culo tanto a los que esperaban mucho de mí, como a los que no me veían capaz de nada.

Me divertían sus análisis simplistas, nunca me azuzaban. Nunca conseguí verla más que como a un conejito mojado. Necesitaba humo, expectativas, sueños que perseguir mientras se me escapaba el presente.

Bajé a la calle con el libro. Estaba lloviendo bastante, me guardé los folios dentro del abrigo para que no se estropeasen. Iba a encontrarme con una de mis mujeres. No confiaba en su opinión sobre mi obra, pero ella tenía recursos para ayudarme a ponerla en marcha.

Apoyarte en éste para hacer esto, en este otro para conseguir aquello, en aquél para llegar hasta allí. Yo no sabía hacer la o con un canuto, pero estaba consiguiendo todo lo que parecía oportuno conseguir. Era un cabrón y un hijo de puta, pero ahora me echaba a la calle con mi primera novela bajo el brazo.